



*Curt Siodmak*

## **El Cerebro De Donovan**

*Título original*  
DONOVAN'S BRAIN

*Para Henrietta*

### 13 DE SEPTIEMBRE

Hoy pasó por Washington Junction un afilador mejicano. Llevaba consigo un mono capuchino que parecía un viejo acartonado. El animal estaba enfermo, a punto de morir de tuberculosis. Tenía la piel comida de polillas, color oliva leonado, lisa y llena de trozos sin pelo.

Le ofrecí tres dólares por el mono. El mejicano estaba ansioso por venderlo. Tuttle, el dueño del almacén, trató de que no lo comprara, pero no mucho, pues temía que dejara de comprarle a él y me transformara en cliente de los almacenes de Konapah o Phoenix.

Me metí bajo el abrigo al mono comido de pulgas y me lo llevé a casa. Tiritaba, a pesar del calor sofocante. Me mordió cuando me lo acerqué más al cuerpo.

El animal temblaba de miedo cuando entramos en mi laboratorio. Lo encadené a la pata de mi mesa de trabajo y me lavé la herida cuidadosamente con un desinfectante. Di después unos huevos crudos a la criatura y le hablé un poco. Se tranquilizó. Pero cuando le acaricié volvió a morderme.

Franklin, mi sirviente de color, me trajo una caja llena de cáñamo. Esto le aliviaría de las pulgas, me dijo. Mi mono saltó ágilmente a la caja y se escondió en ella. Dejé de prestarle atención y se durmió. Observé la cara casi sin pelo y la cabeza cubierta con esa piel corta que parecía la capucha de un monje capuchino. El animal respiraba con dificultad y temí que no sobreviviera esa noche.

### 14 DE SEPTIEMBRE

El mono seguía viviendo esta mañana y gritó histéricamente apenas intenté agarrarlo. Pero le di más huevos crudos y algunos plátanos. Entonces permitió que le acariciara un poco la cabeza. Debía conseguir que me tuviera completa confianza. El miedo provoca una secreción excesiva de adrenalina y esto afecta el estado normal del torrente sanguíneo. De lo cual puede resultar el fracaso de mis observaciones.

Esta tarde, el capuchino me puso sus largos brazos en el pecho y apoyó la cara en mi hombro. Confianza completa. Retrocedió lentamente y emitió pequeños sollozos de alegría. Le tomé el pulso: lo tenía bastante más rápido que lo normal.

Apenas se quedó dormido en mis brazos, le clavé una aguja entre el occipital y la primera vértebra cervical. Murió instantáneamente.

### 15 DE SEPTIEMBRE

El doctor Schratt, de Konapah, vino a visitarme a las tres de la tarde. A menudo no le veo durante semanas seguidas, pero nos comunicamos habitualmente por teléfono y por carta. Se interesa mucho por mi trabajo, pero, no puede ocultar su desconfianza cuando observa mis experimentos. No puede dejar de alegrarse cuando sabe que he fracasado en algún punto. Tiene el alma desgarrada entre la compulsión científica (efecto que yo también padezco) y la reacción pusilánime que llama «la invasión de la esfera de Dios».

Schratt vive en Konapah hace más de treinta años. El calor le ha quitado toda energía. Se ha vuelto tan supersticioso como los indios del distrito. Recetaría a sus enfermos amuletos de serpiente y polvos de sapo, si no se lo impidiera la ética profesional.

Es el médico de emergencia del campo de aviación de Konapah. El pequeño sueldo que recibe de la compañía aérea, impide que desfallezca de hambre. Por estos alrededores no hay demasiado campo para cubrir las necesidades de un médico. Los pocos blancos prefieren ir a hospital de Phoenix cuando enferman. Los indios sólo llaman al doctor blanco cuando les han fallado todos los sistemas místicos y el paciente ya agoniza.

Hubo un tiempo en que Schratt tenía el talante de un Pasteur o de un Robert Koch. Pero actualmente su capacidad de concentración estaba ahogada en tequila barata. Sin embargo, todavía un relámpago de genio iluminaba de vez en cuando la semioscuridad de su

conciencia. Pero se asustaba de estas visiones repentinas y deliberadamente volvía a entregarse al laberinto de esa vida desquiciada.

Esta tarde me observó con paternal odiosidad. Si pudiera, impediría lo que estoy haciendo. Pero en las ruinas de su vida en crisis brillaban a veces los ecos de deseos y sueños olvidados. Sentía haber traicionado su propio genio y esto explicaba su antagonismo respecto a mí y a mi trabajo.

Fumaba nerviosamente su pipa, sentado en un cómodo asiento cerca de la chimenea. Nunca pude averiguar cómo se las arreglaba para soportar el calor del desierto metido dentro del grueso abrigo que se trajo de Europa hace cuarenta años. Quizás es el único que tiene.

Estoy completamente seguro de que, cada vez que me deja, jura no volver a verme. Mas periódicamente suena el teléfono y pregunta por mí con su voz aguardentosa y cansada, o su antiguo Ford se detiene, hirviendo, frente a mi casa.

Había disecado el cuerpo del mono. Tanto los pulmones como los riñones estaban infectados de tuberculosis. Pero el cerebro se mantenía en buen estado. Para conservarlo, lo coloqué en un aparato de respiración artificial.

Situé arterias de goma en las carótidas externa e interna del cerebro y de este modo la sustancia sanguínea, bombeada con una bomba de pequeña potencia, circulaba perfectamente por el círculo de Willis e irrigaba el cerebro. Continuaba por las venas correspondientes de ambos lados y pasaba por tubos de vidrio que mantenía bajo los efectos de luz ultravioleta.

Resultaba fácil medir la fuerza y frecuencia de las cargas eléctricas de infinitesimal potencia que el cerebro producía. El electroencefalograma señalaba lentamente las curvas en el papel que continuamente surgía por la máquina registradora.

Tenía sumo interés en escuchar las opiniones de Schratt sobre mi experimento. Pero mi amigo se limitaba a mirarme fijamente, irritado. Contemplaba también la línea ondulada que se iba dibujando irregularmente en la cinta de papel.

Alzó la mano y golpeó con los tostados dedos el vidrio bajo el cual flotaba el cerebro. De inmediato, perturbados, los lóbulos cerebrales se alteraron, se levantaron y cayeron alternativamente con creciente rapidez. ¡El órgano aislado reaccionaba ante los estímulos externos!

—¡Siente! ¡Piensa! —dijo Schratt.

Me volví y noté el brillo de sus ojos, ese brillo que esperaba ver hace tanto tiempo.

Pero Schratt volvió a sentarse, pesadamente. La extraña piel morena que le cubría el cansado rostro alcohólico, se tornó pálida a medida que el hombre consideraba lo que había visto.

—Eres el padre divino de este fenómeno —le dije para alentarle.

Pero sabía que era imposible halagarle.

—No quiero saber nada ni tener que ver en absoluto con lo que estás haciendo, Patrick —me contestó—. ¡Estás reduciendo la vida a físico-química con tus experimentos fisiológicos! Este cerebro puede sentir dolor todavía; puede que sufra, aunque carece de ojos y de cuerpo y de todo órgano apto para expresar sus sensaciones. Es posible que se retuerza de dolor en su agonía.

—Sabemos perfectamente que el cerebro, en sí mismo, es *insensible* —le respondí tranquilamente—. Por lo menos, *creemos* saber eso —agregué para complacerle.

—Lo has dicho en pocas palabras, —me respondió Schratt.

Me di cuenta que temblaba, que el éxito de mi experimento le había enervado.

—Crees y reconoces solamente lo que eres capaz de observar y de medir —continuó—. Prosigues sin descanso tus investigaciones sin pensar para nada en las consecuencias.

Le había oído antes la misma opinión.

—Sólo trato de cultivar tejidos vivientes fuera de los cuerpos a que pertenecen —le contesté pacientemente—. Tienes que reconocer a pesar de tu recelo respecto a todo progreso científico, que mi experimento significa un gran paso adelante. Me dijiste antes que la fragilidad del sistema nervioso era demasiado grande como para estudiarse en vivo. ¡Pero lo he conseguido!

Toqué el recipiente que contenía el cerebro del mono capuchino y el encefalograma registró de inmediato la irritación de los tejidos afectados.

Observé cuidadosamente a Schratt. Quería conseguir que otra vez se comportara como el genio que era y me ayudara entonces en el experimento. Pero Schratt permanecía inexpresivo y distante.

—Eres sintético y conciso —me dijo, al fin, tristemente—. En ti no queda rastro de emoción humana. Te las has matado con tu pasión por las matemáticas y por las observaciones precisas. Patrick, eres incapaz, a pesar de tu inteligencia, de entender la vida. Estoy convencido de que la vida es una combinación de amor y de odio, de ambición y desaliento, de vanidad y bondad. Volveré cuando hayas conseguido elaborar bondad en un tubo de ensayo.

Se fue lenta y tristemente hacia la puerta, tal como lo hacía siempre que decía romper conmigo. Pero, desde el umbral, se volvió y agregó con la voz temblorosa:

—¡Hazme un favor, Patrick! Corta la bomba. ¡Deja que esa pobre cosa muera!

## 26 DE SEPTIEMBRE

Las deflexiones del encefalograma cesaron. El cerebro del mono murió a medianoche.

Cuando aún estaba trabajando en mi laboratorio, sonó el teléfono del salón, a las tres de la mañana. Sentí el sonido del timbre una y otra vez, débilmente. Hacía mucho que Janice se había acostado, después de traerme un poco de cenar.

Se habría tomado algún somnífero, si no, la persistencia del timbre la hubiera despertado. Franklin, que vivía en la casita de atrás, no se levantaba nunca en estos casos.

Por fin fui yo mismo a atender y apenas tomé el fono, escuché la excitada voz de White. Un avión se habla estrellado cerca de su estación de observación.

—¡No puedo comunicarme con Konapah! —gritó White, como si tuviera que hablar conmigo a través de la distancia sin la ayuda del teléfono—. El viejo Schratt debe estar borracho de nuevo.

Empezó a jurar y maldecir, fuera de control. Vivía solo, en un refugio en la cima de una montaña, a ocho millas de la población más cercana. Un avión se había estrellado en las cercanías.

Intentó comunicarse con Schratt durante diez minutos. Después pidió mi teléfono. Sólo tenía esas dos posibilidades: o llamar a Schratt o llamarme a mí. El operador dejaba abiertas esas dos líneas durante la noche, por si se producía una emergencia.

Tranqualicé a White y le prometí pronta ayuda.

Conseguí comunicarme con Schratt. Apenas podía hablar y menos entender lo que tenía que decirle. Repetí la información infinidad de veces.

—¡No puedo subir allí! —gimió cuando mis palabras penetraron al fin en su cerebro entumecido por la tequila—. No puedo. Estoy viejo. No puedo montar a caballo. ¡Estoy mal del corazón!

Tenía un miedo horroroso a perder su trabajo, pero el alcohol lo había paralizado.

—Muy bien. Me encargaré de este asunto —le dije—. Encontrémonos en mi casa esta noche.

—En tu casa, esta noche, Patrick —repitió entre gemidos—. Gracias, Patrick, gracias...

Costaba trabajo despertar a Franklin. Cuando lo conseguí, le ordené que llamara a los vecinos para que ayudaran. Volví al laboratorio y preparé mi maletín con todas las medicinas e instrumentos que me parecieron necesarios. Levanté la vista y descubrí a Janice en el umbral.

Se había puesto la bata y trataba de ponerse el cinturón. Tenía los ojos cansados y opacos. Se había drogado. Era evidente a simple vista.

No soportaba el clima, el calor del desierto, las súbitas tormentas de arena, el agua sucia bombeada desde millas de distancia. Disminuía poco a poco, se estaba disecando. Muchas veces le había dicho que dejara Washington Junction. Podía vivir perfectamente en Nueva Inglaterra, donde nació. Pero no pensaba dejarme solo.

—¿Una urgencia? —me preguntó.

Se acercó a mí, sobreponiéndose a los efectos de la droga.

Le conté lo del avión y la llamada de White.

—Déjame ir contigo, —me pidió.

Tenía la lengua seca, espesa.

—Puedo ayudar... —agregó.

Ya estaba despierta, descansada... Lo único que quería era estar conmigo, al lado mío. El accidente era un pretexto.

—No —le respondí—. No servirías en este caso. Vete a dormir.

Caí en la cuenta de que no hablaba con ella hacía varias semanas. Me seguía como una sombra, nunca me molestaba con preguntas innecesarias. Siempre tenía la comida a punto y la casa la limpiaba sin ruido. Esperaba que la llamara, pero había olvidado su fantasmal existencia.

Llegaron los hombres con los caballos y las mulas. Subimos por el sendero de la montaña.

## 16 DE SEPTIEMBRE

Cinco horas tardamos en llegar a la estación de White. Se trataba de una construcción de grandes troncos y de una torre desde la cual el observador dominaba todas las montañas. El trabajo de White consiste en vigilar constantemente por si se produce un incendio y comprobar el funcionamiento de las baterías de las luces giratorias. Esas luces son puntos de referencia para los aviones que vuelan hacia el norte y hacia el oeste.

White tiene unos cincuenta años. Vive acompañado sólo de su perro. Hasta los pocos habitantes de Washington Junction son para él una multitud insoportable. Hoy, por primera vez, le encontré deseoso de ver a alguien, de conversar con alguien. Su rostro, bronceado por el viento y la intemperie, estaba lívido.

—Qué bueno que haya venido —me dijo y me ayudó a desmontar.

Me guió hacia el avión.

—¡Es un verdadero desastre! —exclamó.

Quedaba muy poco en buen estado. El impacto desintegró las alas, la cabina y el fuselaje. Por todas partes había pedazos del avión diseminados en desorden. Abarcaban una gran extensión. Parece que el piloto calculó mal la altura del cerro.

—Se incendió, pero conseguí extinguir el fuego —habló White.

Me mostró el sitio, ennegrecido y todavía humeante, donde estallara el tanque de gasolina. Más allá, en el suelo, había dos hombres.

—Ojalá estén con vida todavía.

White, a pesar de la impresión, se había comportado con eficiencia.

Había instalado a los dos sobrevivientes a la sombra de un árbol. Eran un joven y un viejo cuyo rostro me parecía recordar. Aún respiraban. El joven tenía los ojos abiertos, pero no me veía. Estaba semiconsciente y los dientes se los clavaba en el labio inferior. Le corría sangre por las mejillas.

Le puse un poco de morfina y atendí al otro. Este tenía las dos piernas seriamente fracturadas. White había aplicado un torniquete en la parte alta de las dos piernas para evitar que se desangrara completamente.

Tuttle y Phillips se me acercaron, pero se quedaron a cierta distancia de los heridos. No divisé a Matthews, el otro hombre que nos acompañaba. Me había dicho, durante la subida, que no soportaba la vista de la sangre.

—Hay dos muchachos más, pero están muertos —me comunicó Tuttle.

Me volví en la dirección que me indicaba Tuttle y pude ver los restos de una hélice enterrada en el suelo. Una parte del motor estaba junto a ella.

—Quedaron decapitados, —dijo Tuttle.

Su voz era tan baja y temblorosa que apenas conseguí comprender lo que me dijo.

White encontró los cuatro cuerpos. El avión, aunque potente, no podía llevar más personas.

Ordené a White y a Phillips que llevaran al viejo al refugio. Seguí examinando al joven. Tenía el pecho destrozado y quebrados los brazos. Le dije a Tuttle que me cortara cuatro

ramas de un árbol.

El hombre estaba consciente, pero no podía hablar. La morfina le había aliviado. Transpiraba profusamente. El pulso le llegaba a ciento diez.

—Cálmese, trate de relajarse —le dije—. No luche. Se pondrá bien,

Parecía comprender y trató de decir algo. Pero la droga ya le hacía efecto y cerró los ojos.

Le moví los brazos cuidadosamente y se los puse sobre el pecho, uní las ramas que me trajo Tuttle con unas vendas, y se las puse a ambos lados del húmero en los dos brazos. Las até a sus muñecas y a sus codos. Le puse otra inyección de morfina para que siguiera durmiendo hasta que estuviera en el hospital. Ordené a Tuttle que le transportara a Washington Junction, donde le recogería la ambulancia.

Tuttle llamó a Phillips y ataron al joven inconsciente en una camilla. Volví a la casa sin esperar que partieran.

White había puesto al viejo sobre una mesa. Empezaba a estremecerse y a gemir. Le aflojé los torniquetes. Las piernas se le estaban hinchando rápidamente.

—Tendremos que amputárselas —le dije a White—, o se morirá de aquí a unas horas.

White me miró con su rostro lívido. Estaba de acuerdo. Sonrió, haciendo un esfuerzo para controlarse. Me dio la impresión que no soportaría la prueba.

Ahora sí que me hizo falta Janice. Matthews, el tendero, el único otro ayudante que me quedaba, estaba afuera, enfermo. Nunca había visto huesos quebrados ni cuerpos destrozados. Le hablé, pero fue inútil.

A White le di una pastilla de bromide para calmarle. Se portó con mucha eficacia, cumplió mis órdenes con rapidez y precisión. Pero no dejó de hablar un solo instante. Le dejé hablar, porque esto parecía aliviarle. Me explicó lo acontecido.

Escuchó al avión poco antes de la medianoche. Parecía haber perdido el rumbo. Las luces funcionaban normalmente, pero las nubes estaban muy espesas. White no tenía la menor idea sobre el origen del aparato. El avión comercial de Los Ángeles ya había pasado y no tenía ninguna otra información de Konapah.

White hablaba entrecortadamente. Sacaba y amontonaba sábanas y camisas blancas de un armario. Encendió la cocina y puso agua a hervir. Actuaba con eficiencia mecánica. Lavé la mesa de la cocina con jabón, cosa que afortunadamente el amigo White tenía en su refugio.

La voz de White era febril. Se movía silenciosamente por la habitación. Hacía ocho años que vivía en esta estación. Nunca había sucedido un accidente o una irregularidad. De vez en vez los pescadores le robaban un poco de gasolina para aprovisionarse. Esto es delito federal, pero White nunca se molestó en comunicarlo.

Se sentía extrañamente responsable y obsesionado con la idea de que le podrían acusar de negligencia. Procuraba ahogar su sentimiento de culpa envolviéndolo en un torrente de palabras. Consideraba una desgracia personal el hecho que el accidente ocurriera cerca de su estación.

El agua estaba hirviendo y esterilicé los instrumentos. Incluso si se hace una desinfección a fondo, es posible que, en un tipo de operación como ésta, no se pueda eliminar por completo el peligro. Nuestro paciente tenía pocas posibilidades de salir airoso de esta intervención. Durante un minuto estuve considerando la posibilidad de no operar y dejar que el destino decidiera.

Me acerqué más al hombre y estudié sus facciones. Me eran algo familiares esta boca fina y descolorida, estos pómulos salientes, la nariz corta y la frente prominente. Incluso me parecía reconocer la cicatriz que le atravesaba desde la oreja izquierda hasta la misma barbilla.

White le había quitado la chaqueta. La dejó en una silla. Saqué la cartera del bolsillo izquierdo. La sangre se había filtrado y mojado el borde del grueso fajo de billetes que contenía. ¡El hombre llevaba una fortuna consigo! La cartera era vieja y gastada. Tenía las iniciales W.H.D. ¡Warren Horace Donovan!

Tenía que salvarle la vida ahora que sabía quién era. Este hombre era demasiado importante. Dentro de pocas horas docenas de especialistas meterían la nariz en este caso y si no conseguía mantenerle con vida, se me acusaría de negligencia. Debía realizar un trabajo perfecto.

No dije a White quién era el hombre que reposaba en la mesa de su cocina. Si hubiera hecho tal, se habría puesto demasiado nervioso y excitado como para servirme de ayudante.

Le saqué a Donovan los pantalones y la ropa interior. Le inyecté un anestésico entre la tercera y la cuarta vértebra lumbar. Si el hombre recuperaba la conciencia, no sentiría ningún dolor.

Respiraba con dificultad. Puse unos libros bajo las patas traseras de la mesa y de este modo la cabeza le quedó más baja. La tensión sanguínea le disminuía de modo alarmante. Le puse medio centímetro cúbico de adrenalina intravenosa al 1-1000. Volvió a subirle la presión. Empecé a amputar y terminé antes de una hora.

Me vi obligado a cortar por el fémur porque este hueso tenía varias fracturas y las arterias estaban bastante dañadas. Apenas solté los torniquetes saltó un torrente de sangre arterial. Tenía los pies tan fríos como el hielo, violáceos. Nadie podría haber salvado las piernas de Donovan. Además, durante toda la operación, fui muy consciente de la inutilidad de mi empresa.

Era mediodía cuando le atamos a la camilla para que le bajaran por el sendero de la montaña. Instalamos la litera entre dos caballos y dejamos que la cabeza fuera lo más baja posible para que el cuerpo tuviera la posición más aconsejable. Empezó la tediosa bajada.

Dejé atrás a White. Matthews se recobró de su desfallecimiento y se le veía avergonzado por su debilidad y deserción. Quería portarse bien y caminaba junto a la camilla. Yo guiaba a los caballos.

A menudo debíamos detenernos para que yo controlara el pulso de Donovan. Llegaba a ciento cuarenta pulsaciones y se notaba muy débil. Le puse otra inyección intravenosa de adrenalina.

Llevábamos dos horas de camino y Donovan cesó de respirar. Debí tirarle la lengua y administrarle algo del oxígeno que llevaba conmigo en un tubo de acero. Necesitaba coramina intravenosa, pero no tenía. Hacía dos días que no dormía y me daba cuenta que estaba al borde del fin de mi resistencia. Varias veces perdí de vista el sendero. Tenía que aferrarme con todas mis fuerzas al cuello del caballo.

Mientras cruzábamos el paso, el sol parecía estar inmóvil y el calor era insoportable. Hubo un momento en que los caballos se tambalearon, pero Matthews los cogió por las riendas e impidió que se cayeran. Una serpiente de cascabel se asoleaba en medio del sendero. Contuve a los excitados animales y Matthews le dio muerte con un palo. En seguida intentó tirarla lo más lejos que le fuera posible, pero con tan mala fortuna que el cuerpo destrozado del ofidio se enredó en las ramas de un árbol y quedó colgando sobre el sendero. Nos costó bastante hacer pasar los caballos. Era el colmo, una especie de tortura, este descenso de un cerro con un hombre agonizante amarrado entre dos caballos.

Por fin oímos voces que nos llamaban y nos sentamos en el suelo agotados.

Cuatro hombres subían por el sendero a encontrarnos. Schratt telefoneó a Phoenix y el hospital envió una ambulancia. Pero Schratt rechazó la ayuda de un doctor de Phoenix. Era tarea suya el hacerse cargo de estos heridos. ¡Se aferraba a un trabajo que yo estaba ejecutando!

En Phoenix aún ignoraban que el dueño del aparato siniestrado era Warren Horace Donovan. En caso contrario, toda la ética profesional no habría impedido que el hospital enviara a todos los especialistas que hubiera en las montañas para salvar la vida de W. H. Donovan.

## 17 DE SEPTIEMBRE

Poco antes que llegáramos a Washington Junction, Donovan entró en crisis. La fuerza de su corazón habla impedido que cayera en coma, pero ya no podríamos enviarle a Phoenix: no habría llegado con vida.

Le hice trasladar a mi laboratorio y le puse en la mesa de operaciones. Los hombres contemplaron el conjunto con curiosidad. No esperaban encontrar un laboratorio tan bien montado. Ninguno sabía mi nombre ni nada sobre mí. Pero las personas que viven en el

desierto no son muy habladoras ni muy curiosas. El calor del desierto disminuye la actividad del cerebro y nadie piensa en otra cosa que no sea lo necesario para subsistir y para las funciones más primitivas de la vida. Vivía recluso: nadie me preguntaba lo que hacía. El desierto está lleno de anacoretas y de gente solitaria de hábitos extraños.

Mandé afuera a los hombres y me puse otra camisa que Janice me había dejado en el laboratorio. Encontré café helado y algo de comida sobre el escritorio. Me esperaba, silenciosa, en el dormitorio. Esperaba que la llamara. La monotonía de nuestra vida quedó rota con el accidente y ella esperaba que ahora querría hablarle.

Examiné al agonizante. Tenía el pulso muy rápido y el corazón tan débil que apenas podía escucharlo con el estetoscopio.

Llamé a Janice.

—¿Dónde está Schratt? —le pregunté.

Me di cuenta que no había dormido. Me estaba esperando.

—Se llevó al otro herido a Phoenix —me contestó.

—Llama al hospital y dile que venga aquí en seguida. Ven después a ayudarme.

Salió corriendo para cumplir mis órdenes.

Tenía que tomar una decisión. Debía decidirme en seguida. ¡Inmediatamente! Antes de que fuera demasiado tarde. No estaba cansado. Era una oportunidad sin precedentes. Tremenda. Este hombre se moría, pero su cerebro aún estaba viviendo. Se trataba de un extraordinario ejemplar, de cráneo amplio y perfecta forma, de frente extensa.

Comprobé las reacciones en el encefalógrafo. Aparecieron fuertes deflexiones delta.

El cerebro de un animal reacciona débilmente y es poco resistente. Cuando el animal está por morir, deja también de funcionar. El cerebro es elemento menor en el cuerpo de un animal; más importancia tienen en él las armas defensivas. Pero el cerebro del hombre que estaba en mi habitación se había ejercitado durante toda una vida, era fuerte, estaba entrenado. ¡Tenía el ejemplar más perfecto que podía desear un científico!

¡Si Schratt estuviera aquí!

Donovan era casi calvo. Esto facilitaba mi trabajo. Estaba ya en coma. No necesitaría anestésicos.

Encendí el esterilizador y puse en él un bisturí, un escalpelo y una aguja.

Apenas estuvieron a punto los instrumentos cogí el escalpelo e hice una incisión semicircular en la piel partiendo desde encima de la oreja derecha, pasando por la parte de atrás de la cabeza hasta llegar a la parte superior de la oreja izquierda. Empujé el escalpelo hacia adelante y dejé expuesta toda la parte posterior del cráneo. Apenas sangraba.

Tomé la aguja Gigli e hice una incisión en la bóveda craneana, corte que hice coincidir con el anterior. Tuve mucho cuidado de no dañar la dura mater. Levanté la parte superior del cráneo.

La brillante superficie de la dura mater estaba aún caliente cuando la palpé con los dedos.

Repetí el corte semicircular en la dura mater.

Retiré la dura mater y el cerebro de Donovan quedó a la vista.

Cesó de respirar. Donovan presentaba síntomas de asfixia por insuficiencia cardíaca. No hubo tiempo de aplicar estimulantes. Esto me habría quitado preciosos minutos. Debía abrirle el cerebro mientras estuviera vivo. Ya cometí ese error con el mono capuchino y no quería repetirlo.

Sentí que Janice hablaba por teléfono con Phoenix. Schratt venía en camino. Me repitió la información para asegurarse de que la había escuchado.

¡Que no fuera a fallar el Ford de Schratt!

Janice entró. Se detuvo al ver mi trabajo.

—Ven aquí —le ordené rudamente.

No quería dejarle tiempo para pensar. Estudió medicina para complacerme y ahora tenía la oportunidad de ayudarme. Era una enfermera ideal, concentrada, fría, precisa incluso en las emergencias. Pero, igual que Schratt, estaba profundamente en desacuerdo con mi trabajo. La separaba de mí; estaba celosa. Estaba casado con mis aparatos y mi escalpelo.

—¡La aguja Gigli, rápido! —exclamé.

Le pasé la mano sin mirarla. Vacilé, de pie en el umbral. Pero la escuché moverse. Se me puso a las espaldas y me pasó el instrumento. Apreté la aguja contra el hueso occipital. Estaba tan concentrado que no sentí entrar a Schratt...

Sentí que alguien me estaba observando. Schratt estaba dos metros detrás de mí, mirándome fijamente. Se le retorció el rostro, combatía consigo mismo, no se decidía ni a huir ni a ayudarme. Finalmente superó la impresión de verme robar el cerebro de un hombre.

Levanté el cráneo completo después de cortar la médula oblonga por encima del foramen magnum.

—Nos gustaría estar solos, Janice —pedí.

Se fue en seguida, aliviada. Me arrepentí de haberla llamado. ¡No quería testigos!

—Ponte esos guantes y la bata —ordené a Schratt.

Separé el gyrus frontal con un bisturí. Cuidadosamente, para no dañar los ojos.

Schratt, impulsivamente, se cubrió la cara con las manos y se quedó así unos segundos. Cuando volvió a descubrirse el rostro, había cambiado de expresión. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo apenas entró en el laboratorio. Estaba violando todas sus creencias, pero no se negó a ayudarme aunque no podía obligarle a ello.

El frustrado Pasteur se abrió paso y la vocación de Schratt resultó más poderosa que su conciencia. Sabía que después tendría serios remordimientos. Pero ahogaría en tequila esos instantes de arrepentimiento. Lo sabía perfectamente, pero me ayudó.

Se acercó a la mesa y se puso los guantes. No se puso la bata. Tomó el cuchillo. Sus manos, pesadas y sin entrenamiento, recuperaron sutileza. Trabajaba a gran velocidad.

—Tendré que cortar por aquí —murmuro.

Le indiqué que sí y cortó la médula oblonga.

Tomé suero sanguíneo, instalé la tubería de goma en la bomba rotatoria y encendí las luces ultravioletas.

—¿Listo? —preguntó Schratt.

Le indiqué que sí con la cabeza y tomé una toalla humeante del esterilizador y la puse sobre el cerebro que Schratt extraía desde el cráneo inferior. Lo instaló en el recipiente de vidrio y lo sumergió en el suero, puso la tubería de goma en las arterias vertebrales y carótidas internas y la bomba empezó a funcionar.

—Mejor que nos apresuremos —respondió Schratt y se sacó los guantes—. Llegarán en cualquier momento a recoger el cuerpo.

De súbito se puso gris y tembloroso. Me señaló el cuerpo.

—Mejor que le dejemos en forma. Metamos algodón en el cráneo. Se pueden hundir los ojos

Llené la cavidad craneana con algodón y tapé el cráneo. Lo pegué con cinta adhesiva. Puse la piel otra vez sobre el hueso y vendé cuidadosamente. Tuve la precaución de verter unas cuantas gotas de sangre en las vendas para que diera la impresión de ser otra herida del accidente.

Me volví ansiosamente para ver si el cerebro vivía pero Schratt me detuvo.

—Hemos hecho todo lo posible —dijo—. Saquemos el cuerpo afuera. Supongo que no querrás que ellos vean esto.

Me señaló el cerebro con un movimiento descontrolado de la cara.

—Si sacamos pronto el cuerpo al sol, se descompondrá rápidamente. No quiero autopsias.

La excitación me privaba de mi capacidad de pensar y obedecí a Schratt. Pero éste no parecía gozar de su nueva autoridad.

Hacía muchos años que Schratt permanecía inhibido en mi presencia. Perdió su ambición y su impulso y siempre envidió mi capacidad para continuar las investigaciones. Pero ahora que tenía más poder que yo, no se aprovechaba de él. Cobardemente dejó pasar la oportunidad para vengarse de todas las humillaciones que involuntariamente le había hecho padecer en todos estos años.

Pusimos el cuerpo de Donovan sobre una camilla, lo cubrimos con una sábana y lo llevamos afuera. El calor trabajaría rápido. Volvimos al laboratorio y nos lavamos.

—Redacta el certificado de defunción antes que llegue la ambulancia —le dije con

calma.

No me contestó y me di cuenta que le empezaban los remordimientos.

Debía escribir este crimen, ponerlo en blanco y negro, establecer una prueba que podría enviarle a la cárcel en cualquier momento. No temía a la cárcel, pero había perdido hasta la última gota de amor propio.

—Lo siento. Lo escribiré yo mismo. Pero yo no soy el médico oficial. Además, era tu deber hacerte cargo de los víctimas del accidente.

—Me estás chantajeando —me dijo sonriendo débilmente.

Pero quería decir lo que sentía. Era peligroso. Podía liquidarnos a los dos en uno de sus periódicos ataques de depresión.

—¿Quieres un trago? —le pregunté.

Me miró asombrado, adivinó, lo que pensaba, y se negó.

—No es necesario que me emborrache para que escriba ese certificado —murmuró y se acercó al escritorio

—¿Cómo se llama este hombre?

Palideció cuando le dije el nombre.

—W.H. Donovan, —repetía y repetía. Se sentó temblando.

Esperé que se recobrara.

—¡Hemos robado el cerebro de Donovan!

Repentinamente estalló en carcajadas, se volvió al escritorio, tomó una pluma y sacó una hoja oficial, en blanco, del bolsillo.

—Mejor que deje en blanco el nombre, —dijo—. Espero que el calor descomponga ese cadáver antes que todos los doctores del país vengán a meterse con él.

Redactó el informe y me pasó el papel.

—Muerte debida a la pérdida de sangre causada por la amputación indispensable de las dos piernas —leí.

—Podrán comprobar perfectamente la verdad de lo que he escrito.

Hablaba jactanciosamente para ocultar su incomodidad. Se fue a la puerta.

—Me ocuparé que la gente de Phoenix se lo lleve.

Se puso el gran sombrero y salió sin mirarme y sin despedirse. Otra vez se me escapaba.

Se detuvo un momento para hablar con Janice. Mantienen una extraña conspiración entre los dos y nunca me he mezclado en ella. No estaba interesado tampoco ahora en lo que se decían, pero entré al dormitorio y llamé a mi esposa.

Janice vino en seguida.

—Debes dormir un poco.

Me dijo esto como por casualidad. Por primera vez en muchos años, me decía lo que tenía que hacer. Golpeaba vacilantemente en mi conciencia, intentaba, tímidamente, que la recordara.

—La ambulancia de Phoenix se llevará el cuerpo. No me avises sea quien sea el que me llame.

Me metí en la cama. Realmente necesitaba dormir.

Alcancé apenas a volverme contra la pared y ya el sueño me ennegrecía la mente.

## 18 DE SEPTIEMBRE

Me desperté muy temprano por la mañana. Tenía la comida junto a la cama. Janice la había dejado en un termo para que no se enfriara. Comí a toda prisa y regresé al laboratorio. Sentí que Janice estaba en su cuarto, pero no salió.

Miré por la ventana y noté que se habían llevado el cuerpo. El diario de ayer y una carta estaban sobre mi escritorio. El hospital de Phoenix me había telefonado y solicitaban que fuera allí a informar personalmente. Tiré la nota a la papelera. Schratt era el encargado de este asunto.

Un gran título en el encabezamiento del *Phoenix Herald* decía:

"Muere un magnate. W.H. Donovan se mata en avión. Accidente en las montañas Snake".

Dejé el diario en un cajón del escritorio y me acerqué al cerebro de Donovan.

La bomba trabajaba perfectamente en la entrega de sangre a la arteria principal, y las luces ultravioletas brillaban a través de los tubos de vidrio por los cuales circulaba el suero.

Acerqué la mesa del encefalógrafo al recipiente que contenía el cerebro y situé los cinco electrodos en el tejido cortical. Uno cerca del oído derecho, dos en la parte de la frente y uno sobre cada cavidad ocular.

El cerebro de todas las criaturas vivientes tiene una carga eléctrica determinada que conducen las neuronas y no los vasos sanguíneos ni el tejido conjuntivo. Todas las células tienen diferentes grados de actividad térmica, eléctrica y química.

Di paso a la corriente que ponía en movimiento el pequeño motor que, a su vez, permitía el paso de una pulgada de cinta de papel por segundo en una frecuencia de sesenta ciclos. Una pluma trazaba una fina línea sobre el papel en movimiento. Amplifiqué la corriente infinitesimal que el cerebro estaba enviando hasta que su poder fue suficiente para mover la pluma.

La actividad del cerebro de Donovan se manifestaba en el papel con curvas exactas, precisas. Las curvas se repetían. El cerebro estaba descansando. No pensaba. La pluma dibujaba pequeñas curvas alfa, tan exactas como el ritmo respiratorio.

Examiné el conducto occipital. Las deflexiones eran continuas, de diez ciclos por segundo, con ondas bajas de siete a ocho ciclos por segundo.

Toqué el vidrio y las ondas alfa cesaron en seguida. ¡El cerebro del recipiente sabía que yo estaba allí de pie!

Aparecieron ondas delta en la cinta en movimiento. Esto era un indicio seguro de que el cerebro sufría una perturbación emocional.

Parecía fatigado, sin embargo. De súbito volvió a dormirse. Reapareció la línea regular. El cerebro dormía profundamente. Estaba agotado por la grave operación.

Contemplé su sueño tranquilo y alerta por medio de la línea que la pluma iba dejando en la blanca cinta de papel que se deslizaba entre mis dedos.

Le observé durante horas. Estaba seguro de mi éxito.

El cerebro de Donovan viviría, aunque su cuerpo había muerto.

## 19 DE SEPTIEMBRE

Me llamaron tres veces del hospital de Phoenix para que fuera allí a responder algunas preguntas sobre la muerte de Donovan.

Janice les dijo que estaba muy ocupado y que les vería más tarde.

Llamó también Schratt. Janice se llevó el teléfono a su habitación y conversó largamente con él. Generalmente prefería hablar poco por teléfono. Supuse, entonces, que la situación se estaba complicando en Phoenix.

Decidí atender personalmente la cuarta llamada del hospital para evitar suspicacias.

Janice quiso ir a la ciudad conmigo. Se sentó silenciosa y tensa en el auto. Me molestaba sentirla observándome de reojo.

Decidí aclarar todas las cuestiones pendientes entre nosotros tan pronto como me fuera posible. Me molestaba su tensión. Interfería la tranquilidad de mi trabajo. Debía acabar cuanto antes con esta desarmonía conyugal.

Janice decidió quedarse en el coche cuando llegamos a la ciudad. No le pregunté la razón por la que había cambiado tan rápido de opinión ni por qué se habla molestado en acompañarme. Entré al hospital.

A la entrada, un hombre flaco y andrajoso me tomó varias fotografías. No me gustó nada el detalle.

La enfermera de la recepción me envió directamente al superintendente, el doctor Higgins.

Schratt, demacrado y gris, estaba sentado en la sala de espera de Higgins. Le saludé,

pero sus ojos, movedizos, no dieron señales de reconocermelo. Iba a decirle algo, pero en ese momento me llamó Higgins y entré a su despacho.

Webster, encargado de la aerolínea, estaba con él. Webster no gastaba formalidades. Me dijo de inmediato:

—Dr. Cory, nos dijo Schratt que usted guió el grupo de rescate hasta el sitio del accidente.

—Sí —contesté—. Era lo que tenía que hacer, evidentemente. Si el doctor Schratt se hubiera encargado de eso, el grupo habría llegado mucho más tarde.

—Me parece, sin embargo, que usted no es médico en ejercicio en ese distrito...

Higgins habló cortante, pero estaba preparado para esa impertinente insinuación.

—Soy médico, señor Higgins. Todo médico debe cumplir con su deber en caso de una emergencia.

Hablé tan bruscamente como él..

Me volví a Webster. Asintió formalísimamente, como si le hubiera ordenado reforzar mis afirmaciones.

Webster estaba incómodo. El hombre que había muerto era demasiado importante como para certificar su defunción con un simple informe. Todos los periódicos del país hablarían del accidente. Se discutirían en detalle las actividades de Webster durante aquella aciaga noche.

No se podría haber salvado la vida de Donovan, aunque todos los especialistas de la clínica Mayo hubieran estado presentes en el sitio del accidente. Higgins parecía saberlo. Pero Webster *tenía* que maldecir que la noche del desastre estuviera de guardia un viejo doctor borracho y que un médico desconocido hiciera una operación grave a uno de los hombres más ricos de América.

El hecho de que Webster quisiera establecer urgentemente los datos exactos y cerrar lo más pronto posible el incidente, era asunto que me ayudaba mucho, sin duda. Pero Higgins, en esta batalla, iba tras la sangre. Hizo entrar a Schratt.

Schratt temblaba de pies a cabeza. En ningún caso se le podría haber supuesto el médico de emergencia de un aeropuerto. Webster le miró con desconfianza e Higgins se volvió a otra parte, molesto por la desmoralización de Schratt.

Dijo de prisa:

—¡Por favor, síganme!

Caminé junto a Webster. Higgins abrió paso. Schratt quedó atrás, ignorado y cada vez más desesperado.

¡Son tan imprevisibles las reacciones de Schratt! Temía que dijera la verdad en un raptó de arrepentimiento. Había intentado ahogarse la conciencia en alcohol, pero como la mayoría de los bebedores sólo había conseguido un aumento de los remordimientos.

Disminuí el paso para que Schratt me alcanzara. Caminaba tambaleándose, pero no me atreví a tocarle, para que no creyera que trataba de ayudarlo a caminar erguido. Incluso un gesto así de ínfimo, podía provocarle una crisis nerviosa.

Higgins nos llevaba a la "morgue"<sup>(1)</sup>. Schratt, en la puerta, hizo un esfuerzo para controlarse, se nos acercó e irguió los hombros.

En la pequeña habitación de azulejos sólo había un cuerpo cubierto con una sábana. Me di cuenta que era el cadáver de Donovan. En la parte baja de la litera había el hueco correspondiente a las piernas amputadas.

Higgins descubrió el cuerpo y todos contemplamos el rostro semicorrompido de Donovan. Un escalofrío me recorrió la espalda. Habían aflojado las vendas de la cabeza.

También Schratt se dio cuenta de que estaba vendado de otro modo. Retrocedió pero no cambió de expresión. Aceptaba siempre fatalmente cualquier desgracia.

—El doctor Schratt afirma, en el certificado de defunción, que el señor Donovan falleció a causa de la amputación de las dos piernas. ¿Ha traído consigo esas extremidades, doctor Cory? —me preguntó Higgins.

—Si duda de la necesidad de esa operación, puede solicitar la exhumación de esas

---

<sup>(1)</sup> Estancia donde se depositan los cadáveres en los hospitales.

piernas. Están enterradas en la estación de observación.

Hablé con frialdad, molesto por la insinuación.

Webster, cuyo único deseo era que no hubiera investigación médica, me interrumpió rápidamente.

—Ojalá Donovan hubiera muerto instantáneamente. Nos habría evitado estos trámites inútiles. Me parece inútil continuar discutiendo este caso. No devolveremos la vida a Donovan. Sólo suscitaremos controversias.

Le estaba indicando claramente a Higgins que quería acabar con el asunto de inmediato, pero Higgins ignoró la petición.

—El informe no menciona heridas en la cabeza —continuó impasible.

—También hay algunas costillas quebradas —respondí tranquilamente, viendo lo que pretendía—. ¿Quiere que precisemos eso también? ¿Intenta acusarme de negligencia? ¿De qué se me acusa exactamente? Estoy dispuesto a hacer lo que sea preciso.

Higgins consideró la situación. Se daba cuenta del pánico que invadía a Schratt. No sabía la causa, pero esto le tenía inseguro.

—Vamos —dijo Webster—. Me siento algo mal. No estoy acostumbrado a...

Abrió la puerta de la habitación y respiró profundamente, como tratando de no desfallecer.

Salimos. Un sudor frío me recorría la frente y no levanté la cabeza para no traicionarme. Volvimos al despacho de Higgins.

—Mejor que cambie el equipo de médicos, señor Webster.

Higgins tenía que conseguir una cabeza de turco.

—El doctor Schratt —continuó—, ha faltado indudablemente a su deber. Le correspondía acudir de inmediato al sitio del accidente y no debió enviar a nadie en lugar suyo. Pero, lo comprendo, el doctor Schratt está imposibilitado...

Schratt levantó el rostro lacio e hinchado. Estaba destruido.

—Me veo obligado a destituirle. Lo siento, doctor Schratt.

Webster habló de prisa, contento de encontrar un modo de agradar a Higgins. Me miró interrogativamente y me preguntó:

—Pero como necesito un médico que resida cerca del aeropuerto, quizás el doctor Cory esté dispuesto a asumir esas funciones.

Miró a Higgins como buscando apoyo. Pero yo sólo quería poner en su sitio a los dos hombres.

—No me interesa —contesté mientras me encaminaba a la puerta.

Higgins me siguió. Cambió completamente de actitud apenas se dio cuenta que no se me podía intimidar.

—Dr. Cory —dijo en tono conciliatorio—, lo siento. Pero debo investigar...

Le miré con frialdad.

—La familia Donovan está aquí, en el hotel De Anza. Hágame un favor. Vaya a visitarles. Están ansiosos de hablar con usted.

—Muy bien —le respondí.

Tomé el sombrero y me retiré sin despedirme.

Todavía me sentía incómodo. Higgins actuó de modo extraño. ¿Sabía que le había quitado el cerebro a Donovan?

¿Quién estuvo mirando debajo de las vendas de Donovan?

Sentí que alguien me seguía. Era Schratt. Pasó a mi lado sin mirarme, como si yo fuera el culpable de todas sus desgracias.

Salí del hospital y me fui directamente hacia el hotel De Anza. Pasé junto al coche y Janice no estaba dentro.

Pregunté por el señor Donovan y el camarero me trató como si yo también fuera un millonario.

Un botones me llevó hasta el cuarto piso. Me dijo, confidencialmente, que el administrador había dado orden de cerrar todas las habitaciones de ese piso, con la excepción de las que ocupaba el señor Howard Donovan y su hermana Chloe Barton.

Por la expresión de su cara al nombrar a Chloe Barton, pude deducir que era una mujer

hermosa.

Me recibió el hermano. Era un hombre de cuarenta y cinco años, pesadamente constituido, alto, con la misma forma craneana que su padre. Se puso de pie detrás del escritorio, revolvió unos papeles como si estuviera buscando algo y, repentinamente, me dijo a la cara:

—Me satisface que haya venido, doctor Cory.

Howard Donovan me estudiaba atentamente, como si estuviera allí para hacerme un interrogatorio y él fuera el fiscal. El dinero le había dado una concepción exagerada de su propia importancia y hacía que despreciara al resto de la gente. No hizo caso de mi molestia.

Sobre el escritorio tenía la cartera vieja y manchada de sangre de su padre, un reloj pasado de moda y el pequeño libro de notas que fue hallado en un bolsillo del viejo.

Howard Donovan hablaba casi sin mover los labios, como si fuera avaro hasta con las palabras. Estas parecían salir a empujones de su boca.

—Quería demostrarle mi agradecimiento, doctor Cory —habló lentamente—. Estoy seguro de que hizo todo lo humanamente posible por mi padre.

Estuve tentado de no contestarle afirmativamente, sólo para ver cómo reaccionaba. No le contesté nada. Se trasladó ágilmente, a pesar de su tamaño, hacía una puerta.

—Quiero presentarle a mi hermana —murmuró.

Se detuvo frente a la puerta, se volvió hacia mí con el puño levantado, golpeó con suavidad y llamó a su hermana por su nombre.

Entró Chloe Barton. Era una mujer de pelo largo, dientes muy blancos y hombros rectos, muy consciente de su apariencia. Me sonrió y se sentó con las manos sobre la falda en una postura poco natural pero graciosa.

Conocía muy bien a las mujeres de esta clase desde mis tiempos de estudiante en el hospital. Necesitaban de la admiración masculina antes de poder sentirse bien consigo mismas. Son eromaniáticas, sólo felices cuando están seguras de la adoración del hombre.

Tenía la nariz corta y respingada. El leve engrosamiento del cartílago inferior demostraba sin lugar a dudas el paso de una operación de cirugía estética.

Recordé su historia. Había sido una mujer fea y sin gracia con la nariz deformada. Se había casado tres veces en un período muy breve y siempre con hombres brutales. Después del tercer matrimonio, que terminó escandalosamente, se hizo operar la nariz y cambió completamente de carácter.

Adelgazó cuarenta libras y, apenas se notó hermosa, se encerró como en un concha, se tomó esquivo con sus amigos y egocéntrica hasta un punto cercano al desequilibrio mental. Dejó de verse en público y se concentró en sí misma de un modo tranquilamente narcisista.

—Queríamos agradecerle la ayuda que dio a mi padre antes de morir.

Chloe Barton hablaba como repitiendo una frase estudiada con antelación. No movió un sólo músculo del rostro. La transparente piel permaneció pálida.

—Queremos saber qué dijo antes de morir... qué mensaje dejó a sus hijos.

Howard Donovan estaba otra vez detrás del escritorio y me observaba intensamente. La luz de la ventana me caía directamente en la cara. En cambio, él permanecía en la penumbra. Chloe torcía los labios sonriendo con frialdad. No podía saber que querían averiguar, pero parecía serles de suma importancia.

—Siento desilusionarles dije—. No lo recuerdo.

La señora Barton pareció sorprenderse mucho con mis palabras y se volvió a Howard Donovan sin poder disimular su consternación.

—Ojalá pudiera recordar —dijo la muchacha, como si Howard fuera capaz de conseguir una cosa así.

—Nos es de máxima importancia. Trate de recordar aunque sean unas cuantas palabras —me dijo Howard.

Volvieron a clavarme la vista como para descubrir algún secreto que yo tuviera muy escondido. Sólo pude encogerme de hombros.

—Escuche, doctor Cory —insistió Howard Donovan—, vale la pena que nos cuente lo que sepa.

Parecía suponer que estaba ocultando algo voluntariamente. Cogió la cartera

manchada de sangre y me la alargó con gesto rápido, como para regalármela.

—No puedo decir nada —exclamé sorprendido—. Su padre estuvo inconsciente todo el tiempo. Si dijo algo entonces, era incomprensible.

—¿Está seguro? -me preguntó Howard en tono cortante.

La escena se ponía molesta.

—¡Completamente! Después de desangrarse, nadie puede hablar coherentemente.

Tomé el sombrero y me encaminé a la puerta. Pero Chloe me llamó

—Queremos pagarle por haber tratado de salvar la vida de mi padre.

—No me deben nada —contesté; y salí afuera.

Su conducta era muy misteriosa. Tenían miedo de que el viejo me hubiera confiado algo. Pensé en Donovan pero no pude recordar nada que me hubiera dicho.

Volví a mi coche y partí. Quería salir rápido de esta ciudad. Me turbaba esta colección de caras, esta colección de voces, esta colección de preguntas.

Mi trabajo necesitaba concentración. Estaba arrastrándome por el túnel oscuro de la ciencia, estaba desarrollando mi sentido del tacto. Esas perturbaciones me resultaban como luces hirientes que me espantaban y desconcertaban en la oscuridad.

Debía controlarme, tranquilizarme, detener la membrana móvil de mis poderes de concentración.

Quería borrarle de la cabeza a Higgins, Webster y Schratt, pero continuamente volvían a alojarse en el cerebro.

Después de conducir algunas millas, me di cuenta de que me había olvidado de Janice. ¡Debió quedarse en el auto!

A toda marcha por la recta carretera y concentrado en el punto en que la pista se confundía con el horizonte, repentinamente supe cómo observar más de cerca al cerebro.

Mientras descansaba, relajado, producía ondas alfa de diez ciclos. Apenas se le estimulaba, pasaba a emitir ondas beta de veinte variaciones por minuto. Si comunicaba las ondas alfa amplificadas con un circuito alterno que estuviera conectado con una bombilla eléctrica, cualquier cambio de frecuencia cambiaría el circuito y encendería la lámpara.

La bombilla se encendería cuando el cerebro pensara. Si la bombilla permanecía apagada, el cerebro estaba descansando. ¡Qué sencillo!

Seguí lo más rápido que pude, salté del coche y me precipité a la puerta del laboratorio. Pero entré silencioso, para no turbar el descanso del cerebro.

El encefalógrafo demostraba que estaba durmiendo.

Me puse a trabajar silenciosamente, conecté el amplificador al circuito alternador y una bombilla al circuito.

Di la corriente y observé la lámpara.

El cerebro descansaba y producía ondas alfa.

Golpeé encima del recipiente en el que estaba suspendido el órgano y éste sintió de inmediato la perturbación. El encefalógrafo registró ondas delta, los ciclos alfa desaparecieron, intervino el circuito y la bombilla se encendió.

Clavé la vista en el milagro y me senté a gozar.

La lámpara se apagó. El cerebro volvía a descansar. Pero apenas me levanté, percibió el movimiento y la lámpara volvió a encenderse.

Mientras regresaba a mi escritorio para registrar el momento de mi descubrimiento, se me ocurrió otra idea. Si era cierto que el cerebro tenía emociones y reacciones y percepciones, quería decir que pensaba coherentemente. Sin duda percibía las perturbaciones exteriores. En caso contrario las ondas alfa no se habrían convertido en beta y delta. Indudablemente se estaba produciendo un proceso sistemático de pensamiento en esta masa sin ojos y sin oídos.

Podría sentir la luz tal como un ciego o percibir el sonido tal como los sordos. Podría, sumergido como estaba en esa oscura y muda existencia, producir pensamientos inmensamente claros e inspirados. Por la sola razón de que estaba separado de toda distracción sensible, podría concentrar toda la potencia cerebral en pensamientos importantes.

¡Quería conocer esos pensamientos!. ¿Pero cómo me pondría en contacto con el cerebro?

No podía conversar ni moverse, pero, si lograba estudiar su pensamiento, podría

penetrar en grandes laberintos no resueltos de la naturaleza. Era posible que el cerebro creara, en plena soledad, las respuestas adecuadas para preguntas eternas.

Sentí llegar un coche. Era Schratt que traía de vuelta a Janice. Me molestó, por supuesto. Se me esfumó el estrecho camino de mis pensamientos con el ruido del auto, con los pasos de Janice, con el abrirse lento de la puerta principal.

Esperé que Janice se fuera al dormitorio, pero no pude concentrarme de nuevo. Salí del laboratorio y cerré la puerta con llave.

Janice me llamó y entré a verla.

Estaba sentada en la cama con el rostro vuelto hacia mí, con las manos en las rodillas, con el cuerpo doblado hacia adelante como si le pesara por todas partes lo que pensaba.

—Siento haberme venido solo de Phoenix —le dije para empezar la conversación que debía aclarar nuestra relación de una vez para siempre.

—Schratt me trajo —me contestó tranquilamente.

—¿Puedo sentarme? —le pregunté.

Hacía meses que no entraba en su habitación.

Asintió y continuó hablándome con la misma tranquilidad.

—Schratt perdió su trabajo.

Me miró como si yo pudiera haber evitado esa desgracia.

—Lo sé. ¿Qué puedo hacer? —inquirí. Volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez no para confirmar mis palabras.

—No has hecho nada para ayudarlo.

Me quedé asombrado un instante. ¿Janice me estaba retando?

—¿Eso dijo él?

—Está desesperado —me contestó.

—Como todos los bebedores ya da muestras de la psicosis de Korsakow. Supongo que recuerdas los síntomas. Disminución del poder de observación, falta de habilidad para relacionar las nuevas experiencias con la masa de recuerdos acumulados, conjeturas constantes, amnesia retrógrada, ¡polineuritis alcohólica, en suma!

Janice estaba triste.

—Le he invitado a vivir con nosotros —me dijo—. Espero que estarás de acuerdo. Puede vivir en la habitación de atrás. No te molestará lo más mínimo.

Su bondad no tenía límites. Habría llenado la casa de vagabundos siempre que yo lo hubiera tolerado.

—¡Y ahora quedamos amarrados a él mientras viva! ¡Muy inteligente! Tendré que comprar su discreción. Adivina que sabe demasiado y nos está cobrando por ello.

No me contestó, pero palideció. La boca se le puso muy blanca.

Era su casa. Podía hacer con ella lo que quisiera. Me pagó todos los aparatos y me ha pagado todos los experimentos. Dependía completamente de ella y nunca dijo nada al respecto. Quizá nunca lo había pensado. ¡Pero yo quería ser libre!

Janice no quería luchar. Se puso muy suave y se encerró en esa concha a donde no podía conmovérle ninguna palabra dura ni ninguna actitud violenta. Se rendía y triunfaba. Siempre era así. Triunfaba renunciando a defenderse.

—Muy bien —le dije—. ¿Te dijo Schratt que Webster me ofreció su trabajo? Quizá debí tomarlo y puede que lo haga.

Sonrió bondadosa, comprensivamente. Sabía que mi trabajo me consumía todo el tiempo. El ácido dominio de mi trabajo había disuelto hasta nuestro matrimonio. Sabía que no me iba a distraer en otra cosa.

Me senté enfrente de ella, exhausto. Ya sabía que no podía ordenarle que me abandonara. La orden me resultaría poco convincente. ¡Y era capaz de dejarse morir, disecada por los vientos ardientes del desierto, antes que abandonarme!

Había decidido quedarse conmigo y ni la falta de cariño ni el desprecio la separarían de mí. Habría tenido que matarla para librarme de ella.

Incluso eso último me sería inútil. Su recuerdo me perseguiría toda la vida. Mi vida era también su vida. Ella nunca renunciaría. Y ella sabía que yo era perfectamente consciente de todo esto. De aquí la inutilidad de mis ataques y la inextinguible fortaleza de mi mujer.

—De acuerdo. Que Schratt se quede aquí.

Me fui cansado. No había conseguido nada. Ella, en cambio, se había unido más que nunca a mi.

## 25 DE SEPTIEMBRE

Trasladé la cama al laboratorio. Quería vivir lo más cerca que pudiera del objeto de mis experiencias.

Como solo, nunca salgo del laboratorio, nunca veo a Janice ni a Schratt. De vez en cuando oigo llegar o salir a Schratt en su auto. Franklin me trae la comida, pero nunca me molesta o me distrae. Está bien entrenado.

Le ordené que me consiguiera todas las noticias sobre la muerte de Donovan y transmitió mi deseo a Janice. Casi todos los días me trae periódicos o revistas con relatos sobre Donovan. Los he leído todos y ya conozco tanto sobre la vida de Donovan como si fuera uno de sus íntimos.

Entre el cerebro del recipiente y yo se ha establecido una relación muy estrecha. El cerebro no es sólo una materia muda, sorda, que se mantiene en vida gracias a una bomba y que continúa existiendo en soledad. Es un órgano viviente, que reacciona con docilidad y que responde a los estímulos tal como todo ser humano.

Después que se agotó la curiosidad pública en torno a la noticia del accidente de Donovan, se empezó a murmurar y a publicar rumores sobre la vida privada del extinto.

Mientras más leo sobre él, más se oscurece su personalidad. Como todos los millonarios, carecía de escrúpulos hasta un grado verdaderamente criminal. Sólo se puede ganar honradamente un poco de dinero, una cantidad limitada. Es preciso carecer de conciencia o tenerla muy endurecida, para hacerse millonario en el curso breve de una vida.

Nadie sabe cuánto dinero llegó a reunir exactamente Donovan, pero era propietario de la mayor casa de envíos por correspondencia del mundo. La casa estaba presente, como un pulpo, en todos los estados.

Donovan tenía sesenta y cinco años cuando pereció en el accidente; una edad inadecuada para que muera un hombre de esa fortaleza. Viajaba con su abogado y con dos pilotos. Pocos días antes de morir, había entregado la dirección de su empresa a su hijo. A todos sorprendió esto, incluso a los directores, pero especialmente a su familia.

Los documentos y los periódicos no podían revelar la razón por la cual Donovan, un hombre cuyo único afán en la vida fue la acumulación de más y más poder, había renunciado a su autoridad de modo tan repentino. Partió en avión a su casa de Miami sin avisar a su familia ni a sus amigos. Se hacían especulaciones sobre desavenencias con los hijos. Un periódico insinuaba la posibilidad de una enfermedad, pero nadie estaba seguro.

Tengo suma curiosidad por averiguar más de la vida de Donovan. No se conocen las leyes de las emociones humanas, pero tengo aquí la oportunidad para penetrar en los misterios del cerebro; para descubrir, quizá, los factores que determinan sus capacidades.

¿Cuál es la reacción química que determina el éxito? ¿Cuál es la responsable de nuestros fracasos? ¿Cuál engendra felicidad? ¿Cuál la desgracia?

El cerebro de Donovan me daría las respuestas.

Durante muchas horas dejé correr el encefalograma entre mis dedos e intenté encontrar una relación entre la forma de las curvas y los pensamientos que podrían expresar.

Sabemos que cuando un cerebro imagina un árbol, las curvas son distintas que cuando piensa en un caballo o en un automóvil. Un estallido de rabia dibuja señales diferentes que un momento de placer.

Está dentro de las posibilidades científicas el establecer un código que permita correlacionar la lectura del encefalógrafo y las imágenes mentales. El cerebro se comunicará conmigo siempre que descubra esa clave.

No puedo hablarle porque carece de órganos de audición. No puede ver y carece de sentido del gusto. Pero, sin duda, es sensible al tacto. Basta que toque el recipiente de vidrio, para que el cerebro reciba las ondas sonoras y reaccione.



3 DE OCTUBRE

Esa misma noche, ayer, fui a visitar a Schratt a su habitación detrás del garage. Ya no daba más de mí; tenía que hablarle.

El cerebro obedeció mis órdenes y repitió las palabras que le dije que pensara. ¿Pero cómo podía traducir sus pensamientos, los que sin duda estaba imprimiendo en la cinta de papel? Estoy impaciente, temo que el cerebro pueda morir en medio de mis experimentos. Mi tiempo está limitado.

Eran las tres de la mañana. El cielo estaba claro. El frío hacía crujir la arena bajo mis pies.

Entré sin golpear en la habitación de Schratt. Dormía profundamente, con la boca abierta. Estaba más flaco, pero de aspecto más saludable. La piel se le había deshinchado y tenía algún color en las pálidas mejillas. Supongo que la benéfica influencia de Janice le había liberado del licor.

De súbito, abrió los ojos y los clavó en mí, como si estuviera viendo un fantasma. Le llamé por su nombre y se sentó en la cama. Pero siguió mirándome fijamente.

—Ven conmigo —le pedí.

La voz me sonó extraña.

Debo haber asustado a Schratt porque noté el temor y la sospecha en sus ojos. Contemplaba un pozo sin fondo: temía que le interrumpiera y le llevara a mis tubos de ensayo. Temía hasta que le matara para usar su cerebro. Me creía capaz de todo para poder continuar mis investigaciones.

—Quiero mostrarte algo —le dije.

No dejó de mirarme asustado, pero cogió la bata y se levantó. Frunció la frente. Parecía pensar seriamente. Por fin, volvió a sentarse y me habló con determinación desesperada.

—No estoy interesado en tus experimentos, Patrick.

Había decidido no participar en mi trabajo. Estaba más lejos de mí, ahora que vivía en mi casa a un paso del laboratorio, que cuando salía de él y prometía no volver a verme.

—Debes ayudarme, Schratt. No puedo continuar sin ti.

Era el modo más halagador que se me ocurrió para solicitar su ayuda. Se emocionó visiblemente. Pero se encerró en su ropa, se apretó la bata y se negó con la cabeza.

Para él, y también para mí, todo el mundo era un laboratorio. Pero yo lo utilizaba y él se apartó de los nuevos conocimientos conseguibles. Se retiró a una especie de claustro monástico y renunció a ser científico.

—Sabes, Patrick, que detesto tus investigaciones. ¡No servirán a la humanidad! ¡Todo lo que conseguirás será aumentar la infelicidad! Ayudarás a que todos volvamos a la barbarie.

—Soy un especialista y tú también —contesté para ayudarlo a escapar de esas ideas—. La civilización no puede existir sin la especialización.

—No me interesa la civilización. Sabemos tan poco de nuestras almas que nos refugiamos en la mecánica, la física y la química. Estamos perdiendo nuestra conciencia de dignidad humana, esa que nos distingue de los animales. Estás convirtiendo al ser humano en un hombre de las cavernas altamente especializado y que se guía por su egoísmo. Estás creando una vida mecánica y sintética que mata al espíritu, el espíritu que ha levantado a la humanidad por sobre las bestias. Crees solamente en tus tubos de ensayo. ¡Estás matando la fe! ¡Me alegro que sólo existan unos cuantos hombres como tú! Tus investigaciones te han puesto más y más racional hasta el punto de que no reconoces un solo hecho que no pueda ser demostrado en tu laboratorio. ¡Estoy asustado, Patrick! ¡Estás creando un alma mecánica que destruirá al mundo!

Escuché pacientemente. Era obvio que Schratt había pensado con profundidad en todo esto y decirlo le hacía sentirse mejor.

—Los grandes matemáticos y fisiólogos —le dije tranquilamente—, llegan inevitablemente a un punto en que topan con algo más allá de la comprensión humana, con

algo divino. Sólo pueden enfrentarse con esto si creen en Dios. La mayoría de los científicos se hacen religiosos cuándo llegan a este punto de investigación.

Schratt me miró asombrado. Esas podrían haber sido sus propias palabras. Cuando se dio cuenta de que no hablaba irónicamente, accedió, todavía con dudas, aún incrédulo en que me hubiera convertido a su manera de ver las cosas.

Seguí hablando apenas noté, por su cara suspicaz, que mis explicaciones no le habían satisfecho:

—Sin embargo —continué—, antes de llegar a este punto de sumisión al gran desconocido, los hombres deben recorrer la esfera que son capaces de explorar por sí mismos. En algún lugar, allí donde nuestra inteligencia llega a su límite, el camino de nuestra búsqueda termina. Evitamos lo incomprensible y nos acercamos a lo concreto. Utilizamos un símbolo para nombrar lo infinito, dividimos con él las cosas concretas, le agregamos un más o un menos, como si pudiéramos visualizar la forma de lo ilimitado. Usamos lo infinito para contar, como si fuera algo tangible. Pero nadie comprende su naturaleza. Penetramos regiones que están más allá de nuestra inteligencia y regresamos con soluciones para nuestros problemas. ¿A quién herimos? ¡Ni siquiera a nosotros mismos! No puedo renunciar a mis investigaciones porque el miedo me incite a dejarlas. Al final del camino que recorro está Dios, Él que habla en monosílabos y no en fórmulas. ¡Quiero estar lo bastante cerca de Él como para poder escuchar su sí o su no!

Schratt me miró con una expresión distante.

—La salvación se consigue con hechos positivos, no con negaciones —concluí.

Me acerqué a la puerta y esperé.

La luna brillaba clara y blanca como un sol en el cielo transparente, poblado de millares de estrellas.

Hacía años que no miraba el cielo.

Sentí murmurar a Schratt. Un minuto más tarde salió de su habitación.

Me siguió al laboratorio. Aún dudaba y seguía manteniéndose a la defensiva.

—¿Qué es lo que quieres que vea?

—El cerebro se está comunicando conmigo —balbuceé.

Le expliqué como había conectado los circuitos. El cerebro dormía, la lámpara estaba apagada.

Golpeé el recipiente y la lámpara empezó a destellar.

Schratt se quedó de pie contemplando la bombilla y sin querer manifestar su deseo de saber cómo había conseguido esto.

Le conté cómo me había comunicado con el cerebro y cómo le enseñé Morse. Schratt me escuchó inmóvil, como si se enfrentara con algo sobrenatural.

Golpeé el recipiente y le indiqué al cerebro que pensara tres veces en un árbol.

El encefalograma dibujó curvas inequívocamente congruentes y las repitió tres veces.

Schratt se instaló en mi cama y asintió. Olvidó su propósito de no interesarse en mi experiencia. Contemplaba reverentemente el encefalógrafo, los instrumentos y el recipiente. Schratt es un genio. Nunca ha dudado de las evidencias visuales. Sólo las mentes extraordinarias son capaces de aceptar de inmediato un hecho totalmente nuevo. El lo hizo. Comprendió.

Me senté. Le di tiempo para controlar su excitación. Finalmente se levantó, se acercó al recipiente y recorrió con el índice las conexiones eléctricas del encefalógrafo. Apenas destelló la bombilla, movió afirmativamente la cabeza y murmuró algo. Su rostro, hinchado y decaído, resplandeció de luz interior.

—El cerebro está vivo. ¡No cabe duda de que está vivo! Debemos encontrar un medio de conocer sus mensajes.

Dijo todo esto como quien ha descubierto una verdad cósmica. Volvió a dejarse caer en la cama, semicerró los ojos, pensó. No parecía descorazonado por la aparente imposibilidad de la tarea que se proponía llevar a cabo.

Miró cuidadosamente la cinta de papel. La examinó de cerca.

—Frecuencias alfa, beta y delta —murmuró—. Pero no se pueden descifrar.

Dejó caer la cinta. Descartó la idea de llegar a interpretar las curvas.

—No hay posibilidad de descifrar esto —dijo—. ¿Ya lo has intentado, verdad?

Asentí.

—Te fuiste por mal camino. Y lo sabías...

Empecé a defender mi teoría para que él me demostrara mis errores.

—Si se registran todas las ondas de pensamiento en una cinta de papel —dije—, y te familiarizas con las curvas, es posible que se pueda comparar el encefalograma de uno mismo con el del cerebro de Donovan. Suponte que registro mi encefalograma de la palabra *caballo*. ¿No producirá Donovan la misma curva al pensar la misma palabra? ¿No será posible deducir un significado por medio de comparaciones? ¿Por qué no vamos a poder descifrar los mensajes de Donovan con este método? Las ondas sonoras y las ondas cerebrales se parecen en la forma. Las cerebrales oscilan entre medio y 60 ciclos por segundo. Las sonoras, entre 10 y 16.000. El sonido tiene variación más amplia que el pensamiento.

Sabía que me equivocaba, pero quería escucharle refutar mi teoría.

Schratt negó con la cabeza antes de hablar.

—Las ondas sonoras tienen frecuencias estables, pero las cerebrales son distintas en cada individuo. Mi cerebro no produce las mismas que el tuyo. Incluso el estado diario de tu salud —cosa que siempre varía— influye en el microvoltaje de tus células. La fluidez de cada idea depende del microvoltaje que produce el cerebro y éste cambia de minuto en minuto. Cambia según estés alterado, te sientas enfermo o te sientas bien. ¡No! Debemos descartar la idea de leer el encefalograma como si se tratara de un telegrama.

Tenía razón. ¿Pero, que otro camino nos quedaba?

—Podemos ponernos en contacto con él por telepatía —anunció entusiasmado.

Me quedé asombrado. Nunca habría tomado en cuenta un método tan poco ortodoxo. A sabiendas, todavía, de que deberíamos usar un medium desconocido para entrar en relación con un componente desconocido.

Debió haber traslucido de algún modo mi escepticismo, porque continuó:

—¿Por qué no? ¡Utilicemos esta idea como un *a priori*, y no esperemos más la lenta acumulación de evidencias experimentales! El cerebro produce microondas. El aire ambiente está siempre cargado eléctricamente con una frecuencia de 9.000 ciclos. Nuestro cerebro envía ondas que perturban el campo eléctrico de la atmósfera, la cual, a su vez, conduce las ondas al receptor. El cerebro pensante es el transmisor, el otro es el receptor.

—¿Cuál otro? —pregunté.

—El tuyo —me respondió.

Se quedó mirándome, gruñó y asintió, frunció las cejas y volvió a asentir, como si ya hubiera demostrado su teoría.

—Lo único que has hecho es exponer un análisis teórico de la telepatía —le dije con sequedad—, y además un análisis primitivo.

—Hay claridad en la simplificación, —me contestó honradamente, sin ofenderse.

El amor propio siempre limita la sabiduría. Schratt carecía de amor propio hasta el punto de casi negarse a sí mismo.

Pensé la explicación.

El cerebro número uno, el transmisor, el cerebro número dos, el receptor, y la atmósfera circundante, el campo eléctrico.

Todo esto podía probarse. El encefalógrafo demostraba que el cerebro emitía microvoltajes. Podía medirse el campo eléctrico del aire circundante. ¿Pero cómo demostrar la capacidad del segundo cerebro, del receptor? ¿Cómo podíamos demostrar que sería capaz de transformar las microondas eléctricas en los pensamientos que se habían originado en el otro cerebro?

Había, sencillamente, un conjunto de testimonios públicos. Había también mi experiencia personal. La telepatía no es un mito.

Un pensamiento producido por la persona número uno puede ser recibido por la persona número dos. Es perfectamente posible que nuestro cerebro funcione como una estación de radio.

—Si damos por supuesto que tu tesis sobre la telepatía es verídica, ¿cómo la aplicaríamos a este problema? —pregunté.

—Intenta —dijo Schratt tartamudeando levemente—, intenta borrar tus propios pensamientos. Los de Donovan quizá se transmitan entonces hasta tu cerebro.

—Podría imaginarme cosas. Quiero una demostración perfecta —dije, impaciente.

—Hay muchos mediums famosos —sugirió.

—Podríamos encontrarnos, sin embargo, con un charlatán. Estamos en un laboratorio, no en sesiones de espiritismo, —le contesté.

Esperaba más de Schratt y no sólo esta sugestión enfermiza. Schratt se paseaba de un lado a otro, sacudía la cabeza y murmuraba para sí mismo. Buscaba la verdad y yo, en vez de ayudarle, rechazaba sus insinuaciones.

—Dame tiempo —me pidió—. Lo hallaremos.

Se fue hacia la puerta y me dejó sin despedirse.

Ya amanecía. El sol encendía el cielo.

Estaba agotado. No podía pensar coherentemente. Este estado de debilidad, lo reconocí, podía aumentar mi receptividad. ¡Quizá resultara la teoría de Schratt!

Acerqué una silla al cerebro. Estaba despierto. La bombilla brillaba.

Contemplé fijamente la masa gris de tejido nervioso cuya energía se estaba cambiando de electricidad a pensamiento. Intenté aclarar el camino para el mensaje que Donovan podría entregarme.

## 6 DE OCTUBRE

Después de varios días de experiencias he descartado la telepatía.

El cerebro de Donovan no se adapta a este método. El sistema nervioso central consiste en cerebro, cerebelo y espina dorsal. Pero el cerebro de Donovan carecía de apoyo de la espina dorsal y no podía producir bastante energía como para influirme.

Me encontraba en el límite temible en que los experimentos llegan a un punto muerto. Necesitaba de una nueva aproximación al problema. pero carecía de nuevas ideas. Mirara donde mirara, me encontraba siempre con una pared en blanco.

Schratt no había vuelto a discutir el problema conmigo. Como no tenía más sugerencias que hacerme, me tenía abandonado. Nada podía decirle yo tampoco. Nos evitábamos.

La incapacidad de Schratt le produjo una vuelta de los remordimientos y estoy molesto por su actitud negativa respecto a mi trabajo.

Janice se sintió mal anoche. Schratt la está cuidando. Estoy seguro de que el desierto la ha puesto anémica. Debiera marcharse de aquí antes de que tenga que pagar las consecuencias de su testarudez. Se lo he advertido muchas veces. No se me puede culpar.

Franklin trajo revistas y diarios con más noticias sobre Donovan.

Uno traía la fotografía del funeral en Forest Lawn. Detrás del ataúd iban sus hijos Howard y Chloe.

Ya han incinerado a Donovan y la última pista está destruida. Estoy a salvo.

Donovan nunca creyó que moriría tan pronto. No dejó testamento.

Un hombre nunca abandona el poder que tiene para retirarse a la soledad insípida. Los hombres se retiran porque desean gozar de la vida o porque saben que morirán pronto. Donovan no dejó la administración de cien millones de dólares para jugar al golf en Florida o para leer libros. Era un hombre para el cual el trabajo era la vida y no podría haber seguido viviendo sin un trabajo que hacer. Esto lo sabía, pero renunció a todas las cosas para las cuales había vivido. Tiene que haber un secreto detrás de todo esto.

Los periódicos especulaban en torno a la ocultación de muchos millones de Donovan. Durante los últimos días de su vida, retiró grandes sumas de dinero contante y sonante que nunca se pudo hallar posteriormente en sus cuentas bancarias.

Un relato de una de las revistas se llamaba "La Casa de los Millones Perdidos". Mostraba la casa que Donovan tenía en Florida, una edificación enorme y alargada en la que se suponía que el dinero estaba escondido. Había en esta publicación una caricatura que mostraba a Howard destrozando unos paneles de madera con un hacha mientras Chloe —dibujada con gran énfasis sexual— observaba la escena con ojos desorbitados.

Un periódico traía mi fotografía al salir del hospital en Phoenix y otra de mi casa de Washington Junction. Había también una fotografía de Janice y del auto. Recuerdo al andrajoso fotógrafo, el que vino también aquí para informarse.

"El doctor Patrick Cory, misterioso médico que operó a W.H. Donovan y en cuyos brazos murió el millonario", decía el texto.

Y luego venía una caricatura de mi en la cocina de White, con el agonizante dramáticamente en mis brazos. Abajo decía:

"¿Susurró el millonario sus secretos al oído del doctor?"

Al lado aparecía White apuntando con el dedo al sitio donde estaban enterradas las piernas de Donovan. Otro dibujo, sobre el accidente, señalaba con flechas los lugares donde se encontró a los cuerpos. Pocos trucos le quedaban ya a la prensa. Tiré los periódicos. No me interesaba la vida de Donovan. Me preocupaba el futuro de su cerebro.

Me llamaron por teléfono para que hiciera un informe del accidente a la comisión técnica de la aerolínea, en Phoenix. Como quería acabar con esas investigaciones, envié rápidamente el informe.

Quería que se olvidaran de Donovan.

## 7 DE OCTUBRE

Anoche se me ocurrió conectar la radio en el salón. No sé lo que me impulsó a hacerlo: nunca escucho la radio. En realidad, me molesta ese instrumento. Solamente me distrae. Pero los impulsos que nacen en el subconsciente, muchas veces son motivo de acciones aparentemente sin objeto. Reconozco la existencia de esta capacidad extrasensible y nunca me resisto a ella.

Janice aún estaba de pie, arreglando una camisa de Schratt. Me conmovió otra vez su aspecto anémico. Había perdido mucho peso. Dejó su trabajo cuando entré. Pensaba que quería hablarle. Pero conecté la radio.

Di con una radio española de onda corta, cambié de emisora y sintonicé una francesa que transmitía música. Las interferencias borraban a veces el sonido. Volví a mover el dial y di con una emisora americana muy potente. De súbito, supe lo que estaba buscando. La inspiración me hizo enrojecer.

Me precipité a la habitación de Schratt a comunicarle lo que habla descubierto.

Se sentó, saltó en seguida de la cama, estremeciéndose. Cogió la vieja bata.

—¿Le ha sucedido algo a Janice?

—Está bien —le respondí.

Schratt dejó de mirarme asustado, pero aún estaba nervioso.

—Ya sabes que está bastante mal —sentenció.

No soporté seguir hablando de Janice. Estaba impaciente.

—Le he dicho que se marche a Nueva Inglaterra. ¡Quizá tú puedas convencerla!

Schratt me miró de un modo que no me gustó nada. No le correspondía criticarme. Pero yo le necesitaba.

—Creo que he dado con la pista apropiada —le contesté sencillamente.

No quería emborracharme con mi propio entusiasmo y correr así el riesgo de llegar a una conclusión errónea.

Schratt no hablaba. Tuve la sensación de que le molestaba profundamente mi indiferencia para con Janice.

—Intenté trabajar con la telepatía, pero el cerebro de Donovan no es bastante fuerte —dije—. Los pensamientos no pueden amplificarse con medios eléctricos. Pero hay un medio de hacerlos más fuertes.

Noté que se interesaba y tuve la seguridad de que iba por buen camino. Continué:

—Te daré un ejemplo: Si utilizas un transmisor de pequeña potencia, el receptor no puede amplificar esas ondas más allá de cierto límite. Y de nada sirve aumentar la potencia del receptor. Debe aumentarse el poder del transmisor.

Esperé a ver si Schratt digería mis ideas, pero aún no se daba cuenta del sitio a que

quería llegar. Continué.

—Debemos aumentar las descargas cerebrales eléctricas de Donovan hasta que ese cerebro sea capaz de ponerse en contacto con otro cerebro sensible.

Schratt cogió la idea, pero aún no percibía el método que le estaba insinuando para conseguir mi propósito.

—Si podemos cargar las células grises con diez mil o más microvoltios en vez del centenar que ahora deben tener, el alcance telepático de este cerebro aumentará diez veces. Conseguiría una potencia suficiente, quizá, para influir en todo ser viviente.

Schratt asintió, pero lleno de miedo.

—Puede que tengas razón, Patrick —dijo lentamente, pero...

Vaciló. No podía soportar su reticencia, su actitud negativa. Necesitaba ayuda, no inconvenientes.

—No empieces a poner problemas de mono otra vez al trabajo —le dije furioso—. Debo continuar. No tengo tiempo para preocuparme, además de mis investigaciones, de ideales.

—Estás metiéndote con unos poderes que quizá no podrás controlar —dijo Schratt con expresión de mono—. El poder del cerebro es ilimitado, imprevisible...

—¿Tenemos que detener los experimentos porque son peligrosos? -le pregunté cansado de él y de su cobardía—. Puedo acabar esta investigación cuando lo crea conveniente.

—¿Cómo?

—Cerrando la bomba. Si corto la circulación de la sangre, el cerebro de Donovan morirá.

—Deja que lo piense un poco más —me pidió, pero salí de su habitación.

## 10 DE OCTUBRE

Instalé otra lámpara ultravioleta, agregué más suero sanguíneo fresco a la sangre arterial para expulsar más rápido el anhídrido carbónico. Preparé nuevo plasma sanguíneo, lo enriquecí con bases concentradas, ácidos, sales, aminoácidos, grasas, proteínas, etc., para tenerle con una buena concentración de hidrógeno.

Quería sobrealimentar al cerebro. El aumento de sustancia nutricia afectaría el metabolismo, incrementarían los cambios químicos y tisulares.

## 12 DE OCTUBRE

La capacidad y el potencial eléctricos han aumentado hasta quinientos diez microvolts.

Se ha agregado más tejido celular a la materia gris. Me pregunto qué funciones pueden tener estos nuevos lóbulos, toda vez que todos los lóbulos normales del cerebro humano están identificados, tienen nombre y sus funciones se conocen.

## 16 DE OCTUBRE

Schratt vino a verme. Le mostré el cerebro superdesarrollado y le demostré las reacciones. La potencia eléctrica ha aumentado hasta más de mil microvolts. Pronto se la podrá medir con un voltímetro ordinario.

Schratt ha pensado una manera mejor de alimentar al cerebro. Trajo trozos de cerebro humano de la "morgue" de Phoenix. Esto contiene todos los elementos necesarios para la vida de este órgano. Es mucho más eficaz que agregar toda clase de secreciones glandulares al suero sanguíneo.

Lo debiera haber pensado yo mismo.

Le di las gracias a Schratt y él aprovechó la oportunidad para hablarme de Janice. Se iba a Los Ángeles y me pidió que la viera antes de la partida.

Me habló con mucha seriedad, como si sólo se hubiera ocupado de pensar en mis problemas a cambio de eso que quería pedirme.

Le prometí ver a Janice antes de que se fuera.

## 17 DE OCTUBRE

Me descuidé criminalmente y se produjo un corte eléctrico. Dejé caer un par de pinzas y se produjo un cortocircuito en la línea de 110 volts. que alimenta a la bomba.

Saltó una chispa junto al recipiente, se detuvo la bomba y el encefalógrafo dejó de funcionar. La pluma dibujaba una recta.

Reparé el desperfecto tan pronto como pude y la bomba volvió a trabajar. Pero el cerebro no reaccionaba.

¡Quedé petrificado de miedo creyendo haberle matado!

Agregué medio centímetro cúbico de adrenalina al suero.

Pocos minutos después, la bombilla empezó a destellar y la pluma empezó a describir temblorosas ondas delta.

Estaba agotado, exhausto.

Tenía que reforzar el sistema eléctrico. Debía instalar otra bomba para el caso de una emergencia. ¡De inmediato!

## 18 DE OCTUBRE

¡Encontré un mensaje en la libreta que uso para mis notas! Era un garabato ilegible escrito con tinta.

La puerta de mi laboratorio estaba cerrada con llave. Tenía los dedos de la mano izquierda manchados de tinta.

Daba la impresión de que me levanté durante la noche, de que tomé la pluma y escribí esos garabatos incomprensibles. Pero nunca camino dormido. ¡Y no escribo con la mano izquierda!

Estudí los trazos sin conseguir dar con un significado. Di vuelta al papel y, por fin, logré discernir una D, una V, una A, una N y dos letras solas delante. Una de ellas era sin duda una H, la otra una M o una W. Toda la palabra estaba encerrada dentro de una línea semicircular.

W.H. Donovan.

Era, sin duda, el nombre de Donovan. ¡Había escrito la firma de Donovan, con la mano izquierda y mientras dormía!

Me acerqué al encefalógrafo. Lo había dejado funcionando toda la noche. El cerebro dormía, pero parte de la cinta de papel estaba marcada con recios trazos de pluma que llegaban hasta el borde de la cinta y que sólo, se podían haber producido en un estado de extrema agitación.

Repentinamente me sentí débil y me senté.

Recordé que Donovan era zurdo. Lo había leído en una de las revistas.

Cansado como estaba por el trabajo, quizá caminé en sueños e inconscientemente imité la firma de Donovan. Mi deseo febril de entrar en contacto con el cerebro pudo producir este fenómeno. Si se tiene en cuenta lo concentrado que estoy en este experimento, no me parece del todo extraño que sucediera tal cosa.

¿Pero si Donovan me hubiera ordenado hacerlo? La resistencia mental es muy débil, está a su nivel más bajo, durante la noche. Es el momento preciso para influir en otro cerebro. La conciencia se mueve entre el sueño y la realidad y, a veces, se le puede ordenar la ejecución de movimientos como caminar o escribir.

¡No! ¡No puedo creerlo!

Pero el corte de energía eléctrica puede haber forzado al cerebro a la acción, tal como el cerebro de un paciente nervioso se afecta con los shocks eléctricos.

19 DE OCTUBRE

No dormí en toda la noche, quizá porque esperé demasiado. Dejé papel y pluma a mano sobre el escritorio, pero no recibí ninguna orden. Varias veces sentí urgencia de levantarme y de tomar la pluma, pero me rebelé contra ese impulso por temor de que fuera efecto de mi estado nervioso y no de la influencia de Donovan.

¡Tenía que asegurarme!

Mientras más pienso en los garabatos de la otra noche, mas me convengo de que fue simple sonambulismo.

Estoy bastante desesperado. Casi convencido de que he fracasado.

20 DE OCTUBRE

Janice salió esta noche para Los Ángeles.

Conversé con ella antes de que Schratt la llevara a la estación. Pero no recuerdo de qué hablamos.

Mi cerebro se revuelve en torno al problema del de Donovan. Estoy impaciente. Quiero dormir y dar una oportunidad a Donovan para que se ponga en contacto conmigo.

Esta noche tomaré un somnífero. Esto puede acabar con mi resistencia.

21 DE OCTUBRE

¡Qué estupidez haber tomado Veronal! Paralizó mi mente e impidió toda respuesta.

Estoy tan nervioso que escucho voces. Debo controlarme. Un doctor nervioso no puede ser un científico.

Lo mejor es no forzar el experimento. Esperar.

25 DE OCTUBRE

Nada ha sucedido en estos días. El potencial eléctrico del cerebro ha llegado hasta mil quinientos volts y sigue aumentando.

He perdido peso. Franklin me hace la comida. Ahora me he dado cuenta de que Janice, sabedora de lo poco que como, agregaba vitaminas concentradas a mis alimentos. Me mantenía en buen estado de salud gracias a una dieta reforzada que ahora me hace falta. Mi repentino desfallecimiento y debilidad general se debe a una falta de vitamina B<sub>1</sub>.

Estoy agotado.

27 DE OCTUBRE

He recibido el mensaje. Lo escribí yo mismo, pero fue Donovan, sin duda, quien me ordenó claramente que lo hiciera mientras yo dormía.

El nombre de Donovan quedó escrito con trazos temblorosos, como la firma de un enfermo. O los trazos quedaron así porque escribí con la mano izquierda, tal como Donovan. Es, exactamente, la firma de Donovan. He visto su reproducción en una revista. La misma rúbrica. Todo el nombre queda dentro en un óvalo muy típico, la H está trazada con firmeza, la N de modo más fluido al final de la palabra. No se parece nada a mi escritura.

El cerebro se las ha arreglado para ponerse en contacto conmigo. Es probable que la corriente eléctrica le hiciera entrar violentamente en actividad, quizá cargó las células hasta el punto de la combustión mental.

Me senté al pie de la cama y permanecí varias horas sin moverme, demasiado cansado como para pensar.

¡Quiero más pruebas, más pruebas!

### 30 DE OCTUBRE

Hoy conseguí la prueba que me faltaba.

No había vuelto a administrar un shock al cerebro. El voltaje ya era de dos mil microvolts. No sé cuánta resistencia tiene el cerebro.

Estaba sentado en mi escritorio. Repentinamente me sentí fatigado. Se trataba de un cansancio extrañamente suave, que no penetraba en mi cuerpo, sino que se apoderaba de mi cerebro. Continuaba pensando, pero de manera apresurada y confusa. Entonces vi que se movía mi mano izquierda, que tomaba la pluma. Y que escribía.

Escribí el nombre con más seguridad esta vez. Warren Horace Donovan. La larga rúbrica volvió a encerrarlo, como para probar la autenticidad de la firma.

Mi mano dejó la pluma y lentamente mis pensamientos regresaron desde el fondo de mi mente. Reaparecieron como si salieran del agua: temblorosos al principio y después bien formados, claros, firmes.

Me acerqué al recipiente. El cerebro de Donovan estaba despierto. "¿Me ha pedido que escriba su nombre?", dije golpeando el recipiente con el sistema Morse.

Esperé. Repetí el mensaje más lentamente. Lo hice por tercera vez consecutiva.

Volví al escritorio.

De súbito, volví a sentir la misma sensación. La mente se me volvió a sumergir en el vacío. Estaba completamente al tanto de lo que hacía. Pero el impulso motor quedaba fuera de mi control.

Volví a ver que mi mano izquierda cogía la pluma y escribía con trazo firme: ¡Warren Horace Donovan!

### 3 DE NOVIEMBRE

El cerebro humano no puede trabajar continuamente sin descansar de cuando en cuando para transformar su potencial en energía eléctrica. Mientras más intensa es la actividad que desarrolla, más sueño necesita para recuperarse. El cerebro de Donovan duerme más de la mitad del día.

Alrededor de los tejidos se está formando más materia gris y más materia blanca. El cerebro de Donovan está adquiriendo nueva forma y nuevo tamaño. Se está formando aquí, en mi laboratorio, una nueva especie de criatura, algo que nunca existió en el mundo. Se trata de una bola de tejido nervioso cuya vida depende de una bomba eléctrica y de alimentación artificial, pero que es capaz, al mismo tiempo, de desarrollar una energía muy superior a nuestras fuerzas limitadas. Cada día aumenta en poder.

Puede imponer su poder sobre mis pensamientos. Cuando quiere.

Primero tengo la extraña sensación de que otra voluntad moviliza a mis pies y a mis manos, de que otra voluntad dirige todos los movimientos de mi cuerpo.

Después entran a mi mente pensamientos distintos a los míos. El cerebro, sin cuerpo, utiliza el mío, sin mi consentimiento, para conseguir independencia por su cuenta, a pesar de ser mudo, ciego y sordo.

Vivo una existencia doble. Mis pensamientos se retiran y puedo observar, distanciado, los fenómenos que dirige el cerebro de Donovan. Soy un esquizofrénico, tengo dividida en dos mi personalidad. Sin embargo, y al revés de los que sufren de ese trastorno psíquico, soy perfectamente consciente de mis actos.

Soy dueño de mí cuando el cerebro de Donovan duerme. Utilizo este tiempo precioso para continuar el relato de mi experiencia.

Los pensamientos de Donovan son todavía incoherentes. De vez en cuando me da la impresión de que recibo una respuesta lógica a las preguntas que hago golpeando el recipiente en Morse. ¿Transmiten mis mensajes las vibraciones del recipiente? Actúa como un hombre

semidormido o con fiebre. Siempre me ordena escribir los mismos nombres. Y éstos parecen no tener relación entre sí.

Uno de los nombres es Roger Hinds. Otro es Anton Sternli. Suele nombrar a su hijo Howard, pero ninguna mención de su hija he podido registrar hasta la fecha. Katherine aparece con frecuencia. Era la esposa de Donovan según pude averiguar leyendo revistas. Fuller era su abogado.

He podido reconocer muchos de los nombres que escribe mi mano por orden de Donovan.

Pero son una multitud. Parece que su memoria estuviera azotada por una tempestad de rostros.

## 5 DE NOVIEMBRE

Quise averiguar si tenía poder sobre mi a distancia. Intenté dejar solo al cerebro. Me marché a Phoenix en coche.

A quince millas de mi casa recibí una orden del cerebro. Regresé a casa a toda velocidad.

Este incidente demostraba otra cosa. El cerebro sabe lo que hago, aunque estemos muy separados uno de otro.

No podía saber dónde había ido, pero estaba seguro de que había abandonado la casa y la habitación.

Supongo que la relativa potencia de los microvolts emitidos por mi cerebro, informa al de Donovan de mi cercanía o distancia.

Pero esta teoría es muy vaga. Sólo puedo fiarme de cierto tipo de conclusiones, de las pruebas empíricas. Pero los límites son grandes: todo este asunto es desconocido.

## 6 DE NOVIEMBRE

La descarga eléctrica del cerebro ha llegado a 3.500 microvolts.

No sé cuanta sustancia seguirá agregándose al cerebro. ¿Habrás un imite? ¿O es teóricamente infinita, tal como el proceso canceroso?

## 10 DE NOVIEMBRE

Schratt entró hoy en el laboratorio mientras el cerebro me estaba ordenando que escribiera. Le sentí hablar, pero no me volví para contestarle. No quería interrumpir la delicada línea que me unía al cerebro. Mi mano izquierda, tal como la de un niño pequeño, iba formando lentamente las palabras.

Schratt me llamó de nuevo. No le contesté y se quedó, vacilante, en medio de la habitación. Al principio creyó que me interrumpía en plena meditación. Después, asustado por mi extraña conducta, se acercó y miró por encima de mi hombro.

Continuaba escribiendo en el papel. Escribí por quinta vez el nombre de Hinds. Luego empecé a escribir letra por letra: Banco Mercantil de California. Y volvió a aparecer el nombre de Hinds.

Schratt empezó a alarmarse. Se inclinó para mirarme cara a cara. No me podía ver el rostro pues estaba completamente recostado sobre la mesa. Era buen médico y trató de no tocarme para no producirme un shock.

Cogió el pequeño espejo de la pared, lo puso al frente mío y me miró a los ojos. Se dio cuenta de que estaba en trance. Me giraban los iris, me temblaba la boca. Parecía no notar su presencia.

El cerebro cesó de darme órdenes. Me levanté. Schratt dejó el espejo y me preguntó, temeroso:

—¿No me oías?

—No.

—¿Por qué no me contestaste?

Le pasé el papel con los garabatos infantiles dictados por el cerebro. Clavó la vista en ellos y miró de reojo, lleno de miedo, al recipiente del cerebro.

—Me comunico con él —le expliqué—. Más bien; él se comunica conmigo.

Le conté todas mis experiencias, contento de poder comentarlas con alguien. Comprendería, pensaba. Pero Schratt se asustó más de lo debido. El rostro hinchado se le tomó lívido y sacudió la cabeza desalentado.

Hice un último intento de razonar con él.

—¿Por qué no te libras de una vez de tus inhibiciones? —le dije—. Las emociones humanas debieran apartarse completamente de la investigación científica. Oscurecen las observaciones. No podemos permitirnos el miedo. La razón, la observación y el valor hacen el científico, pero tú parece carecer de dos de esos elementos esenciales.

—No seas alambicado —me respondió trabajosamente Schratt—. Hace mucho que discutimos los pro y los contra de este experimento. Te pido ahora que lo abandones, ahora que estás a tiempo de hacerlo. ¡Por favor, Patrick, corta la bomba y deja morir ese cerebro!

Repentinamente, le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas. Se le estremeció el corpachón emocionado. Un espectáculo desagradable. Se ponía más viejo, más incapaz cada día.

Me acerqué a mi mesa de trabajo y me ocupé con algunos instrumentos. No me volví cuando salió del laboratorio.

## 11 DE NOVIEMBRE

Me había dormido completamente agotado, con el sistema nervioso y toda mi energía minado por la doble vida que estoy llevando.

Me despertó un grito velado, agudo que repercutió en mi sueño. Venía del salón. El grito se convirtió en un alarido de loco, como si alguien estuviera a punto de perder la cabeza aterrorizado. Nunca antes había escuchado esa voz.

Salté hasta la puerta. La bombilla parpadeaba, como si el cerebro también sufriera la misma conmoción. Pasé junto al recipiente y puse en movimiento el encefalógrafo para estudiar después las reacciones del cerebro.

El grito de locura cesó tan rápido como empezara. Lo reemplazó un ruido sordo, como si un cuerpo enorme se arrastrara o rodara por el suelo y golpeará los muebles.

Encendí la luz del salón y descubrí el pesado cuerpo de Schratt sobre la alfombra. Se estaba estrangulando a sí mismo con sus gruesos dedos. Estaba a punto de sofocarse. Respiraba entrecortadamente, tenía rojo el rostro y los ojos se le salían de las órbitas.

Intenté soltarle las manos, pero no lograba separarle los dedos.

Inesperadamente, mientras trataba de liberar a Schratt, una mano me lanzó hacia atrás y me quedé mirando el rostro espantado de Franklin. Me sorprendió el ataque y me levanté para defenderme. Franklin vaciló y se protegió la cara con las manos.

Me volví a Schratt que se había desvanecido. Las manos le colgaban, lacias, al costado. Ordené a Franklin que me ayudara a llevarle a la cama.

El pulso de Schratt era casi el doble del normal, el corazón le latía con fuerza desmesurada. Temí que pudiera morir de un ataque. Le desabroché rápidamente el cuello y le dije a Franklin que me trajera hielo.

Franklin trajo la bolsa con hielo y la puse sobre el corazón de Schratt. Las palpitations disminuyeron y el pulso empezó a volver a la normalidad. Schratt suspiró y abrió los ojos. Me miró aterrorizado. Le hablé con suavidad y le obligué a beber un poco de leche. Pero le temblaban los dientes y derramó más de la mitad.

Schratt había estado a punto de marcharse. Tenía el equipaje junto a la puerta y el abrigo sobre una silla. Me desconcertó este modo de escaparse por la noche. No lograba adivinar por qué motivo había recorrido la mitad de la casa cuando el modo más sencillo de

salir era directamente desde su habitación al jardín.

—¿Qué ibas a hacer? —le pregunté señalando el equipaje.

Me puse en pie y las facciones de Schratt se torcieron de terror.

No podía adivinar qué le atemorizaba; no se trataba de un ataque cataléptico. Seguí su mirada y comprendí.

La caja de los contadores eléctricos que alimentaban toda la casa estaba abierta. El sombrero de Schratt estaba en el suelo, cerca.

Comprendí todo súbitamente y se apoderó de mí una especie de rabia asesina.

Casi perdí el control de mí mismo.

Me clavó la vista más asustado que nunca.

—Trataste de estrangularme —me respondió temblando.

Nunca le había visto tan fuera de control.

Me sorprendió. Creía que yo le había atacado.

Con tranquilidad y precisión le expliqué como le había encontrado. ¡En realidad le había salvado de suicidarse!

—Nadie puede estrangularse a sí mismo —me dijo despectivamente Schratt—. Sabes que es imposible, Patrick.

Schratt se levantó y se sostuvo apenas sobre los pies.

—Te veré en la mañana —murmuró confusamente.

Traté de ayudarlo y me rechazó.

Volví al laboratorio. La bombilla estaba apagada y el cerebro dormido. El encefalograma tenía curvas delta extremadamente irregulares.

Me senté a reconstruir el incidente.

Me despertó un grito de auxilio. Recordaba claramente el sonido de esa voz. No era la de Schratt. Sin embargo, es muy difícil reconocer una voz atemorizada. Tenía que ser forzosamente la de Schratt. ¿Quién otro podía ser?

Para apartar una sospecha cuyas consecuencias eran demasiado complejas como para que me detuviera a considerarlas en ese momento, me fui a la habitación de Franklin.

Le encontré haciendo sus maletas. Metía dentro todas sus viejas pertenencias. Mi aparición le atemorizó.

Su repentina decisión de partir después de servirme durante tantos años, me hizo sentirme más inseguro todavía.

—¿También te marchas, Franklin? ¿Y también en plena noche.

Franklin se sentó en la cama mirándome con el mismo terror que antes manifestara Schratt.

Para tranquilizarle, le dije que era libre de dejarme cuando quisiera, pero que esto me apenaba mucho. Se calmó un poco y le pregunté si había escuchado el grito de Schratt.

Asintió. Pero cuando le pregunté por qué me había separado de él, me confesó, espantado, que me había encontrado atacando a Schratt.

—El doctor Schratt sufría un ataque —le dije de modo cortante—. Sólo trataba de ayudarlo.

Franklin hizo como si comprendiera, pero me di cuenta de que no me creía. Regresé al laboratorio. Me sentía incómodo, desconcertado.

Intenté aclarar las complicaciones. También Franklin había oído los gritos de auxilio de Schratt. Me apartó con tanta violencia que aún sentía dolor en el hombro. Nunca se atrevería a atacarme, salvo que se tratara de una emergencia.

Un hombre no puede estrangularse a sí mismo.

Schratt tenía razón al afirmar que mi explicación era absurda.

Parecía indudable que yo le había atacado.

¿Acaso el cerebro tenía ya tal poder que podía ordenarme matar? Si es así, ¿cuál es el límite de su poder? Las energías humanas llegan a su cumbre en los momentos de extremo peligro. El cerebro, es concebible, pudo utilizar toda su fuerza para llamarme en este caso.

Se dio cuenta de que Schratt quería cortar la electricidad. Toda la maquinaria que he montado y la energía eléctrica son elementos tan vitales para este cerebro como lo son para

uno normal el corazón y los pulmones. El cerebro sintió la amenaza apenas Schratt se acercó a los contadores.

Apenas comprendemos los imprevisibles fenómenos relacionados con el poder de un cerebro humano. Sólo sabemos que la potencia eléctrica viaja a través de los millones de células que forman la materia gris del cerebro.

Las células aisladas tienen la capacidad de reproducirse y las funciones de las nuevas nos son desconocidas. No podemos explicarlas con nuestros actuales conceptos.

Mientras dormía, mis neuronas recibieron un fuerte estímulo de parte del centro nervioso de Donovan. Su potencial, aumentado por las nuevas células, era lo bastante fuerte como para influir en mis neuronas motoras y hacerme ir en su ayuda. Desperté de mi sueño asesino sólo cuando Franklin me retiró.

El cerebro no pudo influir a Schratt, porque en ese momento él no dormía. Esto me lleva a la conclusión de que el cerebro sólo puede dirigir a los que están dormidos o a los que quieren someterse.

La voz que escuché en sueños era la de Donovan, inaudible para todos menos para el secreto oído de mi mente.

## 12 DE NOVIEMBRE

Schratt vino al laboratorio al atardecer. Se le veía descansado, se había afeitado cuidadosamente y su expresión manifestaba un entusiasmo juvenil que me sorprendió.

Cosa más sorprendente aún; me saludó con una gran sonrisa.

—Franklin ha desertado. Tendremos que conformarnos con cocinar uno para el otro —me dijo alegremente.

Le hablé deliberadamente, sobre los acontecimientos de la última noche y le pedí excusas por haberlo atacado mientras estaba bajo la influencia del cerebro de Donovan. Le prometí evitar la repetición de una cosa así.

Se manifestó de acuerdo con sobriedad, no le noté ningún rastro de desagrado y me pidió perdón por interferir en mi experimento.

Repentinamente, empezó a extenderse en explicaciones y consideraciones en torno a las posibilidades de mis experiencias. Me felicitó por mi éxito de la última noche y agregó, en broma que pronto esperaba verme convertido en premio Nóbel.

No pude comprender perfectamente este súbito cambio de actitud.

Expliqué mi desgracia mediante mi teoría sobre los nuevos poderes del cerebro. Subrayé el hecho de la formación de nuevas células que estaban deformando el cerebro y mi convicción de que en ellas residía el poder telepático.

Schratt se manifestó de acuerdo conmigo y racionalizó su repentino cambio de actitud.

—Pasé mala noche, Patrick —me contestó—, pero no me importa. No tengo derecho a interferir tus experimentos. Me estoy poniendo viejo y tengo tantos remordimientos como una ramera anciana. Tienes genio y serías un loco si no lo utilizaras al máximo. La envidia me hacía combatirte. Perdona a un viejo celoso.

Todavía no me explicaba su repentino cambio de actitud, a pesar de esas palabras. Sin embargo, me alegré de tenerle como colaborador, cosa que siempre había deseado y acepté lo que me dijo.

Especialmente, porque Franklin se había marchado.

## 21 DE NOVIEMBRE

Estoy en el hotel Roosevelt de Los Angeles.

Schratt se ha hecho cargo de la alimentación del cerebro. Se le veía muy entusiasmado en su ocupación. Se me acabaron las aprensiones.

Puedo confiar en él. Estudiará minuto a minuto las reacciones del cerebro. Hablaré todos los días con él por teléfono.

Antes de abandonar Washington Junction me comuniqué por Morse con el cerebro y le indiqué mis propósitos.

Me había entrenado para recibir su respuesta de inmediato. Era capaz de dejar rápidamente mi mente en blanco y a nivel sólo receptivo.

El cerebro parecía ansioso de que partiera. Ignoro todavía el propósito de este viaje, pero la orden de ir fue muy clara.

Durante varias noches se me repitió el mismo sueño. Estoy seguro de que contenía el mensaje de Donovan, el mensaje que quería que yo comunicara.

Donovan nunca me vio. Le encontré en estado de coma. En consecuencia, el cerebro no podía retratarme ni yo verme en el sueño. El cerebro sólo puede fiarse de su memoria. No recibe impresiones visuales. Y yo no existo en su memoria.

Pero Donovan conocía el Banco Mercantil de California. En sueños yo había entrado varias veces allí y hablado con el cajero, un hombre de aspecto introvertido y mostacho breve. Había pedido un cheque en blanco, me había sentado en una silla, rellenado el talón anotando una suma enorme y firmado con el nombre de Roger Hinds, persona de la cual nada sabía. Antes de entregar el cheque al cajero, dibujaba un as de espadas en el ángulo superior derecho del documento.

El sueño se me repitió muchas veces sin la más mínima variante, como si se tratara de un cuento para niños.

Cada vez que despertaba me encontraba con un mapa, groseramente dibujado, sobre el escritorio. El mapa indicaba varias calles de Los Ángeles y, claramente, el Banco Mercantil.

El mensaje era bastante categórico, pero no tenía sentido. Le pedí consejo a Schratt y éste me dijo que partiera de inmediato.

Estaba en una encrucijada de mi trabajo. Si obedecía las órdenes del cerebro, dejaría de ser un científico que observa y me transformaría en una herramienta que sirve.

El cerebro no podía forzarme a marchar. Mi voluntad aún estaba al margen de su poder y aún conservaba la suficiente fuerza personal para enfrentarme ventajosamente con ese fragmento de tejido viviente que estaba cultivando en un recipiente de vidrio.

Una vez Donovan casi me forzó al asesinato, pero una erupción de tan grande potencia no se produce todos los días. Sólo se genera en circunstancias extraordinarias.

Me hacía falta dinero. Encontré unos cuantos dólares que Janice me dejó y se los entregué a Schratt. Estaba actuando para el cerebro, según un plan que éste había concebido en su materia inerte.

Sus experiencias habían terminado con el accidente y el destrozado del avión. En esos momentos debía alimentar un plan, el mismo que continuaba pensando hasta ahora.

## 22 DE NOVIEMBRE

Esta mañana tuve una interferencia muy molesta. Estaba a punto de dejar el hotel para dirigirme al banco. Pero un empleado me informó que un tal señor Yocum quería verme urgentemente. No conocía a nadie de ese nombre. Pero dije al empleado que le dejara esperando en el recibidor.

Apenas salí del ascensor reconocí a Yocum. Era el andrajoso fotógrafo que me retrató al salir del hospital de Phoenix. El hombre fingía no verme. Llevaba una vieja cartera de cuero bajo el brazo. El empleado me señaló con la mano y él se me acercó tanto que casi me rozaba el rostro.

—¿Doctor Cory? —preguntó con voz cascada.

Me miraba fijamente, como pretendiendo intimidarme. Le devolví la mirada y bajó los ojos.

Estaba seguro de que había planeado cuidadosamente esta presentación, pero le faltaba valor para llevarla a cabo por completo. Todo su aspecto le retrataba como un hombre incapaz de contener sus emociones y, además, parecía temeroso, asustado. Era evidente que pretendía algo. Su ansiedad traicionaba el deseo que tenía de llevar adelante sus planes.

No dije nada. Seguí mirándole fijamente. Los neuróticos pierden pronto el valor. Era

obvio que necesitaba dinero. Me había perseguido desde el accidente mismo, en el hospital, en mi casa. De súbito, me imaginé lo que pretendía. Debía haber fotografiado el cadáver de Donovan en la "morgue" y haber examinado los vendajes.

Debí manifestar cierta preocupación, porque repentinamente recuperó el ánimo y me dijo:

—¿Puedo hablar a solas con usted?

Nos sentamos en el bar.

—Le tomé una fotografía en Phoenix. Esta.

Empezó muy nervioso. Abrió la cartera. Me mostró la fotografía con sus dedos largos, delgados, manchados de tabaco. No la miré. Esperé en silencio. Volvió a perder ánimo y pasamos otro minuto en silencio.

—No me importa ni me interesa comprar esa fotografía.

Mis palabras le dieron una pista.

Se dio por entendido y sacó otra fotografía de su cartera.

Era de Donovan en la "morgue". No pude dejar de mirarla. El rostro de Donovan casi se me había borrado en la memoria. Me pregunté si podría identificar esos rasgos, si podría relacionarlos con el cerebro, con ese cerebro con que ya tenía tanta intimidad.

Yocum observaba mi marcado interés con creciente inquietud.

—Sabía que le gustaría —me respondió con una expresión que me alarmó—. Pero aquí tengo otra que le interesará muy en serio.

Había fotografiado el cráneo de Donovan. Pero sin vendas. Tenía levantado el cuero cabelludo y podía verse perfectamente el algodón con que yo había rellenado esa cabeza. Era un buen trabajo fotográfico.

En un principio, me quedé paralizado por la impresión. Luego, cogí la fotografía y la puse al revés sobre la mesa.

—Puedo facilitarle el negativo —me propuso tranquilamente Yocum.

Me incliné un poco hacia adelante y se puso inmediatamente de pie, asustado de que fuera a pegarle. Me las arreglé para permanecer impasible.

—No los quiero. ¿Qué haría con ellos? —le dije.

Sonrió. Le temblaba la barbilla. Había preparado tanto tiempo este momento. Necesitaba dinero urgentemente. Lo tenía, al parecer, al alcance de la mano.

Evidentemente le hacía mucha falta. El traje le brillaba por todas partes y la camisa apenas era más que un cuello y un trozo de pechera. Cuando se movía, podía apreciarse claramente que estaba casi desnudo bajo el abrigo.

Se puso pálido al verme sonreír tranquilo. Los ojos le brillaban desesperados, rojos, hambrientos, hundidos.

—¿Quién le dio permiso para fotografiar el cuerpo? —le pregunté.

No me contestó, se sentó otra vez y me dijo apasionadamente:

—La familia de Donovan pagará un gran precio por todo esto. ¡Les interesará saber que usted robó el cerebro de W. H. Donovan!

Me recliné en mi asiento, emocionado por esa explosión temperamental. ¿Qué sabía este hombre sobre el cerebro de Donovan?

—Aquí tiene otra fotografía —me dijo, aliviado.

Me tenía acorralado y gozaba de su ventaja.

Puso la fotografía sobre la mesa. La había hecho de noche, a través del vidrio de la ventana de mi laboratorio. Usó un flash. El reflejo del mismo se apreciaba claramente en la ventana. Había revelado muy bien la instantánea y el cerebro se apreciaba con bastante claridad.

Yocum suspiró. Le corría saliva por un lado de la boca. Tal como todos los neuróticos, había avanzado hasta un extremo en que no podía retroceder sin grave perjuicio.

Me pregunté qué habría hecho Donovan con un imbécil de esta clase. No estaba acostumbrado a tratar con chantajistas y este loco podía arruinar todo mi experimento.

No tenía objeto tratar de comprarlo. Si me daba los negativos, podía trasladarse donde la familia Donovan con otras copias. Se veía que no pensaba perder sus posibilidades. Su estado nervioso aumentaba el peligro. Estas personas no se detienen ante nada.

No tenía dinero.

—¿Cuánto quiere por los negativos? —le pregunté.

Sonrió. Se llevó un pañuelo sucio a la nariz y a los labios.

—Cinco mil dólares.

Me levanté. Apretó contra sí la cartera. Sus ojos imploraban. Perdió todo el aire de seguridad. Se puso lamentable.

—De acuerdo —le dije—. Pero no tengo tanto dinero en este momento. Y usted no me aceptará un cheque.

Si conseguía postergarle durante un día, era posible que hallara una solución. Donovan tenía que hacer algo para salvarnos. ¡Si sólo pudiera entrar en contacto con él!

—Me encontrará en la Cafetería Ontra, en Hollywood con Vine, a las ocho de la noche —me respondió.

Me miró con una expresión entre desesperada y nerviosa, se volvió abruptamente y salió con los hombros hundidos hasta las orejas.

Estaba a doscientas millas de mi laboratorio de Washington Junction. Me sentí incapaz de cumplir la misión encomendada. Ahora sí que presentaba dificultades aparentemente insalvables.

Me senté en una de las sillas del recibidor y traté de organizar una estrategia. Apenas entrecerré los ojos, sentí de inmediato la extraña sensación que precede las órdenes y el contacto del cerebro.

Se me oscureció la mente. Todavía me resultaba posible reconocer mis propios pensamientos, pero quedaban ocultos bajo una especie de pantalla interior transparente que los separaba de la plena conciencia.

Sentí urgencia de levantarme. Dócilmente, me levanté y salí del hotel, bajé a la calle, me detuve con las señales de tráfico, me moví de modo automático. Me dirigía la voluntad de Donovan.

No pude resistir el poderoso impulso que me empujaba.

El cerebro de Donovan no vacila. Estaba cerrado a las impresiones nuevas, privado de nuevas ideas, carente de todo aquello que recorre una mente común y siempre la distrae. El cerebro de Donovan pensaba en línea recta e iba siempre al grano, a su única ocupación. Su único pensamiento me conducía irremediablemente.

Me detuve frente al Banco Mercantil de California, el banco que antes viera en sueños. Abrí la puerta y hablé con el cajero que, tal como le viera en sueños, era pálido y de bigotes negros. Pedí un cheque en blanco, me instalé en una mesa y tomé una pluma con la mano izquierda.

Dejé abierto el cheque al portador, lo hice por cincuenta mil dólares, firmé como Roger Hinds (con la letra de Donovan) y, cuidadosamente, dibujé un as de espadas en el ángulo derecho superior.

No dudé absolutamente nada: el cajero me daría el dinero. Tomó el cheque. Se sorprendió.

—¿Señor Hinds? —me preguntó.

—En billetes grandes —le contesté sin hacerle caso.

—Por favor, firme el cheque por detrás, señor —me pidió para averiguar mi nombre

Escribí mi nombre con mi propia letra.

Me miraba fijamente, indeciso.

—Démelo en billetes grandes —me escuché decir.

El hombre desapareció en el interior murmurando una excusa.

El policía de la puerta se me acercó para vigilarme. Me di cuenta que podía despertar sus sospechas, pero hasta ese momento no se me ocurría la menor explicación que dar, no sentía la más mínima aprensión.

Era Donovan el que actuaba. Me sentía perfectamente cómodo. Le dejaba actuar a él.

—El director quiere verle, señor Cory.

El hombre del mostacho había vuelto y ya me conducía a un despacho pequeño.

Un hombre calvo estaba sentado detrás de un escritorio marrón. Se levantó, dijo su nombre, preguntó:

—¿El señor Hinds?

—Soy Patrick Cory, médico —le contesté.

El hombre se volvió a mirar el cheque y movió la cabeza afirmativamente. Me ofreció una silla, esperó en silencio hasta que volvió a abrirse la puerta. Entró otro hombre.

—Señor Cory, le presentó al señor Mannings.

El recién llegado tenía todo el aspecto de un detective privado. Nos dimos la mano.

—¿Le importaría responder a algunas preguntas, doctor Cory?

—¿Pasa algo con ese cheque? —pregunté.

El director miró al detective, pero al mismo tiempo me respondió con un gesto.

—No. Hemos comparado esta firma con la original del señor Hinds. Es la misma, sin duda. Incluso está el signo en la esquina, el as de espadas. El señor Hinds nos pidió que asistiéramos solamente los cheques que llevaran esa señal.

Hablaba rápidamente, ansioso de convencerse de que no se equivocaba.

—Si es cierto que usted mismo llenó este cheque; tiene que ser el señor Hinds y no el doctor Cory—, habló el detective, que se introdujo así en la conversación.

En vez de responderle, puse delante suyo mis credenciales de médico.

—¿Estoy obligado a informarle sobre mis asuntos particulares? —le pregunté tranquilamente.

—Por supuesto que no —se apresuró a decir el director—. Pero sucede que esta cuenta corriente tiene características muy especiales.

Esperó que yo le dijera algo, pero como continuara en silencio, agregó:

—Recibimos una gran suma de dinero y una carta del señor Hinds. El no dejó su dirección y nos ha sido imposible localizarle, a pesar de la investigación que hemos hecho al respecto. Una cuenta comercial. Sin intereses.

Subrayó el hecho de que encontraba sumamente extraño que se depositara una suma tan grande sin intereses. Esto atentaba contra sus principios de hombre de negocios.

—Eso fue hace cerca de veinte años. Por primera vez se firma un cheque contra esa cuenta y es usted, precisamente, quien lo extiende. Si usted no es el señor Hinds, nos gustaría mucho poder saber algo sobre ese señor, porque el banco gusta conocer los cuentas a quienes sirve.

—¿Se refiere a los posibles casos de robo? —le pregunté.

—Oh, no. Sabemos perfectamente de qué banco procede cada nota que recibimos. Siempre comprobamos esos términos. Pero el señor Hinds...

El director hablaba con evidente orgullo profesional.

—Soy el doctor Cory. ¿Querría pagarme el cheque ahora mismo? ¡Tengo prisa!

Me levanté.

—Tiene derecho a exigirlo, doctor Cory. No tiene por que contestar nuestras preguntas —respondió el detective.

Pero noté una velada amenaza en el tono de su voz.

Media hora más tarde salí del banco con los bolsillos repletos de dinero. Regresé al hotel. Me sentía muy cansado. Siempre me sucedía así cuando el cerebro se comunicaba conmigo. Subí para descansar y esperar nuevas órdenes.

Janice estaba en la ciudad. Me dejó una nota para que la llamara al hospital Lebanon. Schratt le había dicho mi hotel.

No lograba comprender que quería hacer el cerebro. Aparentemente, pretendía enfrentar las exigencias de Yocum. De otro modo, ¿para qué me envió al banco? El cerebro parecía desear que me reuniese con Yocum y consiguiera los negativos. Pero aún no me enviaba ninguna orden precisa.

Descansaba en la cama de mi habitación. Esperaba que Donovan se comunicara conmigo. Noté que estaba llegando al punto en que la salud mental se desvanece, más allá del cual el terreno racional cede bajo nuestros pies.

Cogí el teléfono para llamar a Schratt, pero debo haber telefoneado al hospital, porque me contestó el Lebanon. Como tenía algo que ver también con esto, pregunté por Janice.

Sentí su voz, distante, llena de sorprendida alegría. De inmediato me calmé.

Le prometí a Janice verla lo más pronto posible y colgué.

Debía localizar a Yocum y regresar después a casa para continuar mis investigaciones. Nada ganaba permaneciendo más tiempo lejos del cerebro. Ya sabía que la distancia no disminuye su poder. Una vez más demostrado este punto, mi viaje carecía de sentido.

Le dije al empleado que dejaría el hotel al día siguiente. Abrí mi cartera y puse la mitad del dinero en mis bolsillos. Yocum pidió cinco mil dólares. Podía pedir más. No me importaba cuánto le pagaría. No usaba dinero mío y quería librarme de él lo más pronto que pudiera.

Nunca tuve tanto dinero en mis manos. Era demasiado papel para mí. Me molestaba. Mi sentido de la propiedad se limita a los instrumentos que manejo en el laboratorio. Janice compra y se hace cargo de todo lo demás: mis trajes, mis camisas, mis zapatos, mi comida, la casa.

Tenia cincuenta mil dólares en los bolsillos, dólares que pertenecían a cierto personaje llamado Roger Hinds. ¿Existió ese tal alguna vez o se trataba de un truco de Donovan ordenado a la ejecución de asuntos privados?

¿Por qué me hizo retirar cincuenta mil dólares cuando el chantajista sólo pedía cinco mil?

Dejé guardada la cartera con el resto del dinero en el hotel y salí apresuradamente.

Tenía curiosidad por saber cómo trataría Donovan a los chantajistas. Debía tener mucha experiencia al respecto. Fundó su éxito en el fraude, la amenaza, el soborno y el juego sucio. Este hombrecillo no sería problema para él.

Bajé por el boulevard Hollywood hacia Vine. Eran las ocho y Donovan no me había dicho qué hacer.

Llegué a la cafetería. Era un lugar grande lleno de gente. No tenía la menor idea sobre qué decir a Yocum. Durante unos minutos anduve de un lado a otro, frente a la entrada, pero no recibí ninguna orden.

Quizás el cerebro estaba durmiendo. ¿Telefoneaba a Schratt y le pedía que le despertara?

—Doctor Cory —me susurró una voz por detrás.

Era Yocum. Mantenía su cartera apretadísima contra el pecho. A la luz amarilla que se filtraba por las ventanas del restaurante, se notaba perfectamente que tenía las mejillas hirviendo de fiebre.

Me llevó a un viejo automóvil que estaba aparcado cerca de la cafetería. La licencia era de California y muy fácil de recordar.

Movió los labios como tratando de hablar. Tenía tuberculosis en la garganta. Los ligamentos glotales estaban afectados y estaba a punto de perder la voz. Pero, en medio de su agitación, no se daba cuenta de que no podía escucharle.

Saqué el dinero del bolsillo y él dejó caer la cartera para tomarlo con las dos manos.

Cogí su cartera y la abrí... Había tres negativos y varias copias. Todo envuelto en papel de diarios.

Yocum no trató de seguir hablando. Saltó al coche, cerró la puerta y la ventana. Me sonrió con sus grandes dientes amarillos, movió otra vez los labios y partió.

Tan pronto se fue me subí a un taxi. Donovan me llamó. Con voz excitada, di orden al conductor de que siguiera al otro coche. Pero no me imaginaba los propósitos del cerebro.

Yocum bajó por el boulevard. Había mucho tránsito. Sonaban los frenos y los coches se detenían abruptamente para dejar pasar a Yocum.

—¡Este tipo conseguirá una multa! —exclamó el taxista,.

Doblamos por Laurel Canyon. El coche amarillo había desaparecido. Dejé el taxi en Kirkwood Drive. No se veía a Yocum. Empecé a caminar.

No tenía ningún plan. Sólo dejaba "que Donovan me guiara". Al fondo de una calle sin pavimentar y llena de fango, descubrí el coche de Yocum. Estaba con la puerta abierta, enfrente de una pequeña elevación. Treinta metros más allá había una cabaña destartalada medio escondida entre altos eucaliptos.

Subí el cerro y me asomé por la ventana de la cabaña. Yocum estaba de pie en medio de una sucia habitación, frente a una chimenea llena de papeles, diarios viejos y fotografías inútiles. En una esquina había un colchón cubierto de sábanas sucias y destrozadas. Pude ver también una mesa y dos sillas de cocina. Las ventanas estaban tan sucias que parecían

pintadas de mugre.

Yocum actuaba de modo muy extraño. Había repartido cuidadosamente todos los billetes por el suelo y se había quitado los zapatos. Caminaba en calcetines por encima de los billetes, tratando de no romperlos.

Se paró en las manos como un avestruz. Lanzó los pies al aire. Saltaba y golpeaba el suelo con las rodillas y se quedaba así un momento, como un pájaro que moviera las alas. Todo el tiempo emitía gritos breves asimismo, con los ojos brillantes en éxtasis febril.

Se creía solo y se dejaba llevar por su estado neurótico.

Abrí la puerta de par en par. Yocum se quedó paralizado, cayó luego de rodillas y recogió el dinero.

Se volvió hacia mí, con la cara lacia y la boca abierta de terror, se refugió detrás de la mesa, apretó el dinero contra el pecho. Se le corrió el pedazo de camisa que llevaba puesto y su huesudo tórax quedó al aire.

—¿Qué quiere? —me preguntó temblando. Recuperó la voz.

—Los otros negativos —exigí—. Y el resto de las copias. Yocum se retiró, asustado, a un rincón de la habitación.

—No tengo más negativos —me dijo con voz opaca. Pero estaba calculando mis intenciones.

Le empezó a temblar la barbilla y debió apoyarse en la pared.

—Diez mil —dijo lentamente.

—¡Entonces hay otros negativos! Me acerqué más y volvió a retroceder.

Sobre el mantel había fósforos y los restos de una pipa. Encendí un fósforo y lo arrojé a la chimenea. El fuego prendió rápidamente en los papeles y en las fotografías.

Yocum se me quedó mirando, petrificado. No se atrevía a salir corriendo, aunque lo único que quería era escapar.

—Le doy todo por cinco mil —exclamó.

El fuego, alimentado por el celuloide de las fotografías, se extendió rápidamente. Tiré unas brasas ardiendo sobre la cama, con el pie.

Yocum saltó a un lado tratando de huir. Le cogí por el cuello y le apreté contra la puerta. Se le cayó el dinero. No intentó luchar. Paralizado por el miedo, se desvaneció. Se le fue la voz de nuevo y empezó a emitir gritos sin sonidos con la boca completamente abierta.

Le saqué de la casa. Arrastraba los pies por el polvo. Detrás de mí, las llamas devoraban la vieja cabaña. Las llamas crepitaban.

Caminé arrastrando a Yocum. Le metí en el coche. Me puse al volante y partimos.

Al terminar Kirkwood Drive doblé a la izquierda y seguí por Laurel Canyon hacia arriba. A lo lejos se escuchaban las sirenas de incendios y se levantaba una blanca columna de humo por sobre la calle.

En el cruce de Laurel y Mulholland Drive debí detenerme para dejar pasar algunas bombas. Continué después, lentamente, por una calle sucia.

Yocum no se movía. Tenía la cabeza entre las rodillas.

Alzó al fin el rostro. Estaba completamente desencajado.

—Quemó el dinero —me susurró.

Contemplé el valle abajo y las montañas detrás de Burbank. De súbito, me sentí incómodo. Donovan ya no me daba órdenes. Estaba solo.

—Toda la vida quise tener un poco de dinero —murmuró Yocum—. Y ahora usted lo ha quemado.

La desesperación era más fuerte que el temor. Empezó a acusarme.

—Míreme. Estoy podrido.

Se abrió el abrigo y me mostró su cuerpo descarnado.

—No quiero morir. Quería vivir, al fin. ¡Y usted quemó mi dinero!

Ya no recordaba el chantaje. Tuvo el dinero en sus manos y habérselo quitado era un robo.

Se deslizó fuera del coche y se quedó temblando al borde del camino. Ya no daba más.

—Tengo treinta y ocho años —me dijo inclinándose sobre mí para acusarme—. Hace muchos años que no como decentemente. ¡Tengo que conseguir dinero! No saco nada con

trabajar. Estoy enfermo y nadie desea a un hombre que tose y pierde la voz. Los necesitan fuertes y saludables. ¡No como yo!

Me clavó la vista. Tenía los ojos descoloridos.

—Lo único bueno que me ha pasado fue tener tifus. Me llevaron a un hospital y me tuvieron tres meses. Me pusieron junto con veinte más, pero así y todo lo pasé muy bien. Me alimentaban, me cuidaban. Siempre he pensado lo agradable que debe ser estar enfermo solo en una habitación, con una campanilla para llamar a la enfermera y todo muy tranquilo y silencioso. No es tan malo morir en primera clase. ¡Lo he pensado durante muchos años!

Sonrió, con sus dientes sucios. Parecía gustarle contar sus miserias.

—La muerte de Donovan me proporcionó la gran oportunidad. ¡Era el único fotógrafo de Phoenix! ¿Y sabe cuánto me dieron? ¡Diez dólares!

Podría haber exigido más, pero ellos saben que necesito dinero. ¡Y cuando saben que necesitas dinero, te pagan una porquería por una joya de oro!

Parecía agradecerle que la vida fuera constitutivamente cruel.

—Fotografé el cráneo vacío de Donovan para demostrar cómo había muerto. No tenía ningún plan cuando hice esa fotografía. Quizás siempre le quitan el cerebro a los muertos. No lo sabía. Después tomé fotografías de su casa, de su esposa y de su coche. Tomé otra por la ventana de su laboratorio y, al ampliarla, vi a cosa flotando en el recipiente de vidrio. Me pareció el cerebro de Donovan. Até cabos y me supuse que usted estaba haciendo algo. ¡No se llevan por casualidad los cerebros de la gente a peceras de vidrio!

Se rió, como si le gustara la broma.

—Después empecé a averiguar todo lo que pude sobre usted. No tiene mucho dinero, pero cuando le vi ir al banco, le vi también llenarse la cartera con billetes grandes. No me parecía cosa muy inteligente eso de andar con tanto dinero encima. Le había pedido cinco mil. ¿Pero qué habría importado que le hubiera pedido un millón? ¡Y cuando tenía el dinero usted me lo quemó!

Empezó a sollozar. Pero ya no le quedaban lágrimas. Continuaba con la boca abierta y los sonidos se le estrangulaban.

Yo estaba seguro de haber quemado todos los negativos y las copias. Salí del coche. Tenía miedo de que le dejara allí con el coche en Mulholland. Cuando la esperanza se acaba, se acaba necesariamente el mundo.

Habría sido un hombre honrado por el resto de su vida si sólo hubiera tenido éxito la única vez que trató de no ser honrado, ya que las cosas iban tan mal. Pero esto tampoco le resultó. Estaba desesperado. Todas las experiencias de su mundo confirmaban su pesimismo sobre ese mundo que conocía. Y había perdido su loco optimismo sobre el mundo en que no viviera nunca. Estaba desilusionado.

—Me quemó la cámara —me acusó—. Una Graflex. Me costó setenta y cinco dólares. De segunda mano. Un año pasé pagándola.

Bajaba a la tierra. La miseria se le concretaba en hechos. Perdió su cámara. Los cinco mil dólares eran un sueño. La cámara era real.

Moriría pronto. No le calculaba más de seis meses. ¿Por qué no iba a morir con dinero de Donovan? Tomé un fajo de billetes y se los di. No advertí ninguna interferencia. Donovan no se oponía.

Yocum contemplaba el dinero en mis manos sin atreverse a tocarlo.

—Cómprate una cámara de oro. Alquila una habitación en un hospital —le dije—. ¡Vuelve a recuperarte!

Tomó los billetes y movió convulsivamente los labios.

Empecé a caminar. Prefería ir a pie hasta el boulevard Ventura, una milla larga, antes que soportar sus estallidos sentimentales.

En Wilson Drive tomé un tranvía que me llevó hasta el hotel.

Telefoneé a Schratt antes de partir para anunciarle que me ponía en marcha. La operadora debió llamar varias veces antes de obtener respuesta.

—Estaba durmiendo. ¿Cómo estás, Patrick? —me explicó Schratt.

Pero la voz sonaba perfectamente despierta.

Le dije que llegaría a casa al día siguiente. No manifesté ningún entusiasmo. Me dio la

impresión de que mi vuelta le molestaba. Temí que algo andara mal en el asunto del cerebro.

—Oh, no —me dijo rápidamente Schratt—. Todo va bien. Acabo de medir la descarga eléctrica. Aumenta mucho de potencia. Ya está cerca de los cinco mil microvolts. El cerebro ya tiene doble tamaño que en estado natural. Si esto continúa, deberemos ponerle en otro recipiente. Tengo bastante alimento para el suero. ¡No te preocupes, Patrick!

Le importaba tranquilizarme, pero no le entusiasmaba mi regreso. Quería que permaneciera en Los Ángeles y que fuera a donde el cerebro me mandara. Hablaba como si él llevara el experimento y yo fuera el aprendiz.

—Pero no tengo por qué permanecer aquí.

Me sorprendió notarme a la defensiva.

—Ya he encontrado todo cuanto necesitaba saber. No tiene objeto seguir examinando hechos que ya están claros.

Schratt se opuso con mucha sutileza, como si hubiera estado pensando esto con antelación.

—¡Pero si todavía no sabes por qué te envió Donovan a Los Angeles! ¿Piensa con lógica ese cerebro o no piensa? ¿Has comprobado si trabaja conforme a un plan preconcebido? ¿Son sus órdenes sólo explosiones ocasionales, vacías de razón, o está procediendo sistemáticamente hacia una conclusión fija? Creo que estás obligado a comprobar si este crecimiento exuberante de las células cerebrales destruye o aumenta el proceso organizado del pensamiento. Sólo entonces podremos saber si es el cerebro solo el que lleva todo el proceso pensante o si todo el sistema nervioso colabora en él y es interdependiente.

Casi no podía responder una cosa así. Schratt me habla llenado de preguntas. Un interés tan ferviente me desconcertaba y no pude dejar de pensar de que tomaba esta actitud para alejarme.

—A propósito —continuó—, ¿cómo está Janice? ¿La has visto? ¿Está en el Lebanon?

—Hablé con ella —le contesté—. Pero todavía no la he visto.

—Debes hacerlo —me dijo.

Esta vez sí que se notaba que estaba preocupado honradamente.

—Quizá lo haga —e dije—. Pero estaré de todos modos aquí mañana por la mañana.

Nada podía responderme. Colgamos.

Era casi medianoche. Antes de acostarme dejé papel y lápiz a mi alcance. Estaba amodorrado. Los ruidos de la calle apenas me llegaban. Alguien hablaba por teléfono en la habitación contigua. Pero muy pronto la voz perdió animación y las palabras su significado.

Entre sueños repetí un nombre que había oído antes en alguna parte: Anton Sternli. Ese pensamiento me persiguió hasta lo más hondo de mi sueño.

## 28 DE NOVIEMBRE

Hoy, por primera vez en la semana, puedo continuar el relato. La noche siguiente a aquella en que quemé la cabaña de Yocum, no soñé nada que pudiera recordar, pero la voz de Schratt repitió una frase sola, insistentemente y sin fin. La frase no me significaba nada, pero todo el tiempo se me repitió durante el sueño. Se apoderó de mí una especie de terror helado, como si esa frase escondiera una amenaza mortal. "Entre la niebla y la más fría escarcha daba puñetazos contra los postes e insistía en ver fantasmas."<sup>(1)</sup>

Era sin duda la voz de Schratt: me perseguía hasta de día.

Me levanté. Encontré un mensaje que había escrito durante la noche. Anton Sternli, Pasadena, 120 Byron Street. La escritura era claramente de Donovan.

"Quinientos dólares". Eso venía después del nombre. Seguía el número 142.235.

Me vestí y salí en busca de ese hombre.

No vivía en el número 120, pero en el 210. Esto demuestra que la memoria de Donovan no es infalible. Puede equivocarse como todo ser humano común y corriente.

---

<sup>(1)</sup> La frase original en inglés tiene un sentido y unas reiteraciones imposibles de traducir directamente. (N. del T.)

Toqué el timbre y me abrió una jovencita de catorce años aproximadamente. Pregunté por el señor Sternli y me hizo pasar a una pequeña biblioteca en la que estaba sentado un anciano de pelo blanco.

Estaba casi ciego. No podía enfocarme, pero no usaba gafas. Miraba vagamente en la dirección de dónde provenía mi voz. Se afirmó en el borde del escritorio para acercarse.

—Soy el doctor Cory —le dije—. W.H. Donovan me envía.

Mis palabras tuvieron curiosas consecuencias. Dejó de avanzar. Se le movieron nerviosamente los ojos casi ciegos.

—El señor Donovan ha muerto —me respondió muy nervioso.

—Por supuesto —le contesté—. Murió en mi casa de Washington Junction.

Sternli me ofreció asiento y regresó con lentitud a su escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor?

—Donovan me pidió que me pusiera en contacto con usted. Quería que le trajera quinientos dólares.

Saqué el dinero del bolsillo y lo puse sobre la mesa, pero Sternli veía tan mal que no notó mi movimiento. Me miró irritado, como si no comprendiera y repitió:

—Quinientos dólares.

Me levanté y puse el dinero enfrente suyo. Se inclinó, para mirarlo de cerca. De súbito, sonrió y dijo en tono humorístico:

—Llega justo a tiempo. A propósito, el dinero siempre llega a tiempo o atrasado. Nunca llega adelantado. Se me han quebrado los vidrios y difícilmente podría comprarme otros. Son muy caros. Estoy casi ciego.

Recogió un pedazo de lente que guardaba en el escritorio y me miró a través de él.

—¿No le importa si le miro con esto? Es todo lo que me queda. ¡Me senté en ellos!

Se rió lamentablemente.

Nos quedamos en silencio hasta que me preguntó amablemente:

—¿Pensó en mí W.H. Donovan antes de morir? Entonces quiere decir que me equivoqué respecto a él.

Sacudió la cabeza y depositó cuidadosamente los fragmentos del lente.

—¿Qué otra cosa le dijo?

—Nada. No estaba en condiciones de hablar.

—¿No le dijo quien soy yo? —me preguntó y agregó para no confundirme:

—Fui el secretario del señor Donovan durante muchos años. Para ser más preciso, durante todos los años en que un hombre puede trabajar antes de hacerse viejo.

La habitación estaba amoblada muy pobremente. Sólo había algo de más valor: una fila de libros de gran precio instalados en un estante. Las paredes manifestaban a las claras su vejez.

—¿No le dejó nada en compensación? —le pregunté cortésmente.

Sternli sonrió.

—Los recuerdos de un tiempo muy interesante. Sí. ¿Pero dinero? ¡No! ¡Nunca! Por eso me sorprende que pensara en mí en un momento en que todos los hombres deben pensar sólo en sí mismos. La muerte era la última palabra que podía pronunciarse en presencia de Donovan. Sólo una vez hablamos de ella y dijo: "Hacer testamento es renunciar a la vida. Mejor no meterse esa idea en la cabeza. De lo contrario sólo te molestará tal como las termitas en una casa. Comen en secreto y, cuando menos te lo esperas, el techo de la casa se hunde. ¡Nunca me mencionéis la muerte!"

Sternli me miró de frente y comprobé que no era tan viejo como había creído. No podía tener más de cincuenta años, pero su aspecto de erudito, sus modales suaves, su pelo blanco, hacían que aparentara veinte años más.

—¿En qué puedo servirle, doctor Cory? —me preguntó.

Vacilé, pero pudo más mi curiosidad.

—Bueno, ¿me puede decir algo sobre Roger Hinds?

Levantó la vista y me miró con dureza. Una mirada extraña para esos ojos miopes. Después sonrió.

—Roger Hinds es el nombre que utilizaba W.H. Donovan para una cuenta bancaria

—dijo—. He depositado dinero a su nombre. Todavía recuerdo el monto del primer depósito. Mil ochocientos treinta y tres dólares con dieciocho centavos. A. W.H. le gustó siempre esta memoria que tengo para recordar detalles sin importancia.

—¿Me quiere insinuar que Roger Hinds no ha existido nunca?

—No lo sé. Es probable que existiera, pero nunca le he visto y W. H. nunca mantuvo correspondencia con él. Solía interesarse mucho, sin embargo, en las personas de nombre Hinds. Siempre acumulaba todos los datos que podía sobre ellas. Uno de ellos es un caso de actualidad. Aparece en las primeras líneas de los periódicos. Se le acusa de asesinato. Un caso sumamente cruel. Sucedió el uno de agosto a las nueve y media de la noche.

Se tocó la frente con las manos delgadas.

—No puedo olvidar las cosas que leo o que escucho —dijo como para disculparse—. ¡Cyril Hinds! Está en la cárcel del condado, por si le interesa.

Nunca sabía cuándo empezaban las órdenes de Donovan, ni dónde estaban mis propios pensamientos. La mezcla de realidad y cosas casi sobrenaturales resultaba superior a mis fuerzas.

—No mencionó el nombre de Hinds —contesté muy claramente.

Sternli se quedó mirándome y se puso, lentamente, el pedazo de lente en los ojos. Me di cuenta que me había contradecido. Donovan tenía que haberme hablado, porque de otro modo no podría haberle nombrado a Sternli, antes, el nombre de Hinds.

Me levanté.

Sternli me alargó la mano, casi con timidez.

—Gracias, doctor Cory. Gracias por traerme el dinero. ¿Debemos informar a Howard Donovan de este regalo? Es el heredero y puede oponerse a que lo reciba.

Era lo que menos me interesaba. No quería que Howard Donovan y sus abogados empezaran a averiguar la procedencia de ese dinero.

Mentí:

—No le pertenece. Estaba dentro de un sobre. A nombre suyo. Donovan me lo dio antes de morir.

La explicación no era muy plausible, pero nadie podía probar que estaba mintiendo.

—Muchísimas gracias —dijo Sternli—. Si puedo servirle en algo, quedo a su disposición. Desgraciadamente, tengo demasiado tiempo libre.

Me cogió del brazo para acompañarme a la puerta. Repentinamente, noté que Donovan intentaba comunicarse conmigo.

—Me gustaría saber de la llave —le dije en el umbral. Sternli aguzó la vista para mirarme. Le sorprendía que dejara asuntos importantes para el momento de la despedida.

—La llave... ¿Qué llave? —me preguntó, incómodo.

Saqué el pedazo de papel donde había anotado el nombre de Sternli y el número de serie de la llave. Se lo mostré. Se acercó el papel a los ojos. Casi le tocaba la cara. Bajó su mano y noté que estaba rojo de confusión.

—Es la escritura de W.H. Donovan —murmuró.

Regresó a su habitación y volvió con la llave. Era pequeña, plana, típica de una caja de caudales.

Regresé a la ciudad alarmado por la forma discontinua con que el cerebro me daba instrucciones. Donovan se equivocaba. Le fallaba la memoria. Indicó correctamente el número de la serie del depósito, pero olvidó mencionar la llave. Seguramente quiso referirse a ella: el número era correcto. Pero algo fallaba en su proceso de pensamiento. Antes funcionaba mejor.

Anoté la hora y fecha de las últimas instrucciones recibidas. Antes de medianoche del 23 de noviembre. Debo preguntar a Schratt si ha enotado alguna irregularidad en las reacciones del cerebro. ¿Está enfermo? ¿Sufre de descomposición mental?

Me molestaba que el cerebro sólo se hubiera acordado de completar el mensaje en los momentos en que estaba por dejar la casa de Sternli.

Pasé junto a un grupo de obreros que reparaban el pavimento de la calle. Las máquinas provocaban un estrépito ensordecedor, rompiendo el suelo y dejando caer los trozos en una correa transportadora que los llevaban a los camiones.

No me fijé por dónde andaba. Iba concentrado en Donovan, trataba que me precisara

las instrucciones pertinentes a la llave y al número en clave.

Donovan podía comunicarse conmigo cuando quería, pero el proceso no funcionaba a la inversa. Sólo habla comunicación en un sentido. Pero si el cerebro continuaba creciendo a ese ritmo, pronto habría contacto en ambas direcciones.

Caminaba en trance. Trataba, con todo el poder de concentración de que era capaz, de que el cerebro de Donovan me escuchara.

Repentinamente, sentí un estrépito de frenos al lado mío. De manera instintiva, me detuve y me tambaleé. Algo pesado me golpeó en la espalda. El ruido rugiente de la excavadora estaba junto a mis oídos.

Caí y me invadió una enorme ola de temor. Perdí el conocimiento.

Desperté cuando ya era de noche.

Antes de abrir los ojos, el olor a antisépticos me hizo advertir de que estaba en el hospital. Las paredes me resultaron familiares. Estaba en el Cedars de Lebanon, donde trabajé antes como interno.

Janice estaba sentada en la cama, sin moverse, mirándome. Apenas me moví, se me acercó. Tenía el tórax envuelto en veinte libras de yeso. Examiné mi cuerpo, inmóvil, centímetro a centímetro, mentalmente. Me convencí que el daño no era irreparable.

Podía mover un poco la cabeza, doblar los dedos, levantar los brazos.

Janice me observaba ansiosamente. No estaba segura de si yo estaba consciente. Todavía no abría los ojos.

—¿Te duele? —me preguntó suavemente.

Volví a prestar atención a mi cuerpo. Me sentía suspendido en el aire, como si mi espalda no estuviera comprimida por un montón de yeso, sino sostenida suavemente en brazos de alguien.

Tuve la extraña sensación de no tener cuerpo.

No sentía los efectos de ninguna droga. Pensaba claramente y no sentía el gusto seco de la anestesia en la boca.

—No siento nada —dije finalmente.

Estas palabras la asustaron más que si hubiera gritado de dolor.

Janice habló en voz baja:

—Tienes quebrada la columna vertebral.

Cerré los ojos. Si el diagnóstico era cierto, debía estar sufriendo como en el infierno. Janice se levantó para llamar al doctor. La detuve.

—Puedo mover los dedos de las manos y de los pies —observé—. No estoy paralizado. Si no sufro debe ser por alguna razón. ¿Me han drogado?

Sabía que me diría que no. Así fue.

—Sufrías mucho en estado inconsciente. Muchas horas.

Me hablaba tranquilamente, exponiéndome los síntomas, como si se tratara de la conversación de dos doctores. Sabía lo bastante de medicina como para alarmarse tanto como yo. El daño de la columna vertebral siempre va acompañado de mucho dolor.

—¿Qué me ha sucedido? —le pregunté.

—Lo más idiota —me dijo cariñosamente—. Caíste en la zanja y una pala mecánica casi te aplastó.

Se veía muy bien. Me pareció muy atractiva con su uniforme de enfermera. Ya no parecía anémica y casi me convencí de que nunca estuvo enferma verdaderamente. Nuestro fracaso matrimonial la había liquidado.

—¿Con esto reciben a los pacientes? —le hablé mirando su uniforme.

—Me dieron permiso para venir a cuidarte personalmente.

Hablaba con una seguridad fruto de largas meditaciones.

La miré a la cara. La luz amarilla de la lámpara del rincón la hacía verse blanca y transparente. Y sus ojos quedaban agrandados, negros.

Todo me parecía mayor que en la realidad, todo se me movía lentamente. Las luces y las sombras creaban una especie de gran velo oscilante. Las sábanas me crecían como montañas.

Las ligeras manos de Janice las arreglaron de modo que pudiera ver la pared de

enfrente.

No me resultaba desagradable tenerla cerca. No me importaba que se quedara.

Volví a cerrar los ojos.

Entonces el dolor me hizo retorcerme.

Intenté romper el enyesado que, súbitamente, me pesaba como toneladas de acero. Las manos se me agarrotaron y empecé a destrozarme las palmas con las uñas.

—¡Morfina!

Traté de que comprendiera. No podía escucharme a mí mismo. La voz se me perdía en un laberinto de ruidos que parecían provenir de mi columna vertebral y me llenaban el oído con un alarido creciente.

Sé que los dolores como éste no se pueden evitar refugiándose en el inconsciente. Penetran toda la realidad física. Sabía que durante todo el ataque, sin embargo, la conciencia aumentaría la tortura.

Algo extraño me sucedió entonces. La misma frase misteriosa que antes escuchara se me presentó al mismo tiempo que los dolores y aumentándolos. Entre la niebla y la más fría escarcha daba puñetazos contra los postes e insistía en ver fantasmas".

Los dolores desaparecieron tan pronto como habían empezado. Vi que Janice se inclinaba ansiosamente sobre mí. Me quitó la transpiración de la frente. Otra vez me sentía flotar en el aire. Ni recordaba el dolor.

Se abrió la puerta y entró el doctor. Detrás suyo entró una enfermera con vasos e instrumentos.

—Hola —dijo el doctor con la típica cortesía profesional—. ¿Todavía le duele?

Preparaba una inyección de morfina.

—Gracias, no la necesito —le respondí categóricamente. El hombre quedó asombrado.

—No se le puede haber acabado el dolor tan rápido —me dijo.

—Estoy sorprendido —le contesté. Contemplé mi cuerpo tendido.

No sentía nada. Como si fuera sólo un cerebro, no tenía conciencia ni de mis brazos ni de mis piernas. Ni siquiera de mi espalda herida.

—¿Le importaría comprobar mis reacciones nerviosas? Me pinchó en el brazo con una aguja, pero no experimenté sensación alguna.

Parecía un paciente sometido a anestesia total.

—¿Está seguro del diagnóstico? —le pregunté. Me señaló que no le cabía duda al respecto.

Cerré los ojos. Quería meditar en lo que me había sucedido exactamente. Sentí que el doctor murmuraba algo a Janice y salía.

Apenas salió, le pedí a Janice que telefonara a Schratt. Vaciló y le repetí la orden.

—¿Cómo estás, Patrick? —me preguntó, aliviado—. Janice me contó el accidente.

—Quería preguntarte —le dije lentamente porque suponía que los dolores me volverían muy pronto —si el cerebro ha actuado de modo raro en las últimas veinticuatro horas.

No me respondió de inmediato.

—No quería asustarte. Está enfermo... —dijo al fin—. Pero parece tener fiebre. No sé por qué. Le ha subido rápidamente la temperatura. Pero cuando duerme recupera la normal.

De súbito, los dolores me volvieron y con furia desastrosa. Creí que no aguantaría. Me dolían hasta los huesos del cráneo, como si me los empujaran desde adentro.

—¡Despierta al cerebro! —grité por teléfono—. ¡Despiértale! ¡Golpea el recipiente! ¡Asústale! ¡No le dejes dormir!

Se me cayó el fono de las manos. Me mordí los labios hasta que brotó sangre.

Janice tomó la aguja hipodérmica, pero en ese momento se me acabaron los dolores, se me evaporaron.

Volví a coger el teléfono. Schratt regresaba también al fono.

—El cerebro está despierto, Patrick. La bombilla destella. ¿Qué te ha hecho?

Dejé caer la cabeza en la almohada. Sabía lo que sucedía y traté de explicárselo a Schratt.

—Cuando está despierto sufre por mí —le dije—. Sufre los dolores en vez de mí.

Parece que ha penetrado en mi tálamo<sup>(1)</sup>. Su cortex recibe ahora los reflejos de mi sistema nervioso. Los dolores de mi cuerpo los experimenta el cerebro de Donovan. Se está apoderando más y más de mí. Antes sólo controlaba mi sistema motor, pero ahora domina la parte del cerebro que registra los dolores.

Schratt respiraba con tanta fuerza que podía escucharla perfecta-mente.

—Si esto continúa así —me dijo—, pronto va a controlar tu voluntad.

—¿Y qué importa? —le pregunté como si no le diera importancia a su observación—.

Muchos hombres han entregado más que su identidad a la ciencia.

—Sí —me contestó, y colgó.

Me erguí un poco y dejé el auricular otra vez sobre el aparato.

-Ahora estaré perfectamente —tranquilité a Janice.

Olvidé que había escuchado nuestra conversación. La voz de Schratt era lo bastante potente como para que la escuchara.

Janice me miraba fijamente, con los ojos abiertos de terror y desesperación. Ignoraba cuanto sabía, pero ahora que comprendía algunas de las consecuencias, estaba adivinando el abismo a que este experimento me arrastraba.

En los últimos días los dolores me han molestado menos, pero aún me encuentro encarcelado en yeso. Incluso cuando me levanto me veo obligado a transportar veinte libras conmigo.

El cerebro me ha dado algunas direcciones: de un tal Alfred Hinds, en Seattle y de una tal Geraldine Hinds, de Reno. Me repitió insistentemente esos nombres la última noche.

Una vez, impulsado por telepatía, traté de levantarme, pero Janice, que escuchó mis quejidos, me puso morfina. Esto cortó de inmediato mis contactos con el cerebro. Fue igual que cortar una conversación telefónica. Cuando estoy drogado el cerebro no puede comunicarse conmigo. Parece quedarse muy confundido porque no le obedezco entonces.

No sabe que he tenido un accidente. Traté de decírselo. Me tendí en silencio, me concentré al máximo como un yoga, traté de transmitir el mensaje. Fracasé.

Una y otra vez se me repite esa extraña frase, tanto en sueños como en estado de vigilia: "Entre la niebla y la más fría escarcha..."

Su constante repetición me tortura más que los dolores mismos. Tiene que tener un significado. El cerebro debe repetirla con una intención precisa.

Telefoneé a Schratt y le referí el asunto. Le sorprendió mucho la frase, pero insistió en que nunca la había escuchado.

Le pregunté a Janice. Finalmente, después de pensarlo un día entero, llegó a la conclusión de que debía tratarse de una rima que se dice a los niños para enseñarles a pronunciar bien.

Parecía probable, pero ¿por qué tenía que repetirla el cerebro?

Janice y yo evitábamos nombrarle. Ella espera que yo hable primero, pero no tengo la menor intención de tocar el tema. Ya sabe demasiado: me perturba verla considerar el asunto. Todo lo que piensa se le refleja en la cara. Sería el peor agente secreto del mundo.

Pero me estoy acostumbrando a verla todo el tiempo a mi alrededor. En realidad, las pocas horas en que me atiende otra enfermera las paso incómodo. Como si algo me fuera a suceder y sólo ella pudiera ayudarme.

Cuando no la tengo cerca, muchas veces me he puesto a recordarla sentimentalmente. Recuerdo el día cuando me ayudó a caminar desde Santa Bárbara al hospital, el día en que me torcí un tobillo. Recuerdo las veces en que me esperó en su coche, pacientemente, a la puerta del hospital, en esos días en que debía subsistir con las limitadas entradas (veinte dólares) de un interno.

Siempre parecía estar dispuesta a ayudarme. Era su única actuación en la vida.

Es paciente. Siempre lo fue. E insistente.

Decidió casarse conmigo. Lo hizo. Quería sacarme de Washington Junction. Aquí estoy. Ahora espera reconquistarme para ella.

Sabe perfectamente cuando conviene estar cerca y cuando le conviene dejarme solo.

---

<sup>(1)</sup> *Tálamos ópticos*. - Nombre de los dos lóbulos del cerebro.

Se parece a esos buenos voltímetros que registran las más mínimas variaciones de la corriente eléctrica. ¡Cuánto felicidad podría dar a tanta gente en vez de malgastar sus fuerzas conmigo!  
Le hablaré de esto algún día.

## 29 DE NOVIEMBRE

Me visitó Anton Sternli. Primero me telefoneó desde la recepción. Janice atendió la llamada y salió fuera a recibirle.

Estuvo conversando cerca de una hora con él en el corredor antes de hacerle pasar a verme.

Janice limitaba sus actividades al cuidado de la casa cuando vivíamos en el desierto. Ahora, aprovechando mi debilidad, había extendido su campo de acción a la gente relacionada conmigo. Siempre tuvo a Schratt en la palma de la mano. Sternli le resultó fácil.

Sternli parecía más profesor suizo que nunca cuando entró en mi habitación. Me miró a través de unas gruesas gafas que transformaban sus ojos en enormes nueces. Su abrigo nunca debió tener la talla adecuada. Los pantalones estaban deformados. Usaba bastón como los ciegos.

Sternli supo de mi accidente por los periódicos. Iba a venir antes, pero sólo el día anterior le entregaron las gafas. Venía a acompañarme un momento y a manifestarme sus sentimientos al respecto.

Habló de cosas sin importancia hasta que Janice nos dejó. Ella se dio cuenta, por el rostro ansioso del suizo, de que quería hablar a solas conmigo.

—Me desconcertó mucho con ese memorándum escrito por Donovan —empezó Sternli—. Verá usted; antes de partir a Florida me entregó la llave y me escribió el número. Durante toda su vida fue muy cuidadoso con todas las cosas. Incluso al firmar se cubría la mano izquierda con la derecha para que nadie supiera lo que estaba escribiendo hasta que terminara. ¡Me asombra que pensara en mí en la hora de su muerte! ¿Y cómo es posible que tuviera mi nombre en un sobre junto con dinero y todo en el bolsillo? ¡Nunca fue generoso a menos que de su generosidad aparente sacara ventajas para sí mismo! Todo esto me inquieta, doctor Cory.

—Usted le juzga con excesiva dureza —le dije.

Sospechaba complicaciones.

—Oh, no.

Sternli se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con un paño especial. Se las acercaba de vez en cuando hasta los ojos.

—Donovan fue toda mi vida. ¿Cómo puedo odiar algo que es parte de mi mismo? Cuando me expulsó, me quedé sin saber qué hacer. No tenía ni amigos ni familia. Para hacer amigos hay que ser tolerante y tener intereses. A medida que uno se pone viejo va dejando de ser adaptable. Se tiene que saber dar para tener amigos y mis alforjas están vacías. Hay dos clases de hombres: los creadores y los imitadores. Soy de éstos últimos. Y esta clase de personas a que pertenezco siempre se ven muy frenadas si carecen de estímulos exteriores.

Hablaba tranquilamente. Esa era su filosofía. Se expresaba sin amargura.

—Una editorial ofreció publicarme unas memorias referentes a W.H. Donovan. Me ofrecieron una gran suma de dinero si las escribía y lo necesito para mi futuro. Mi salario fue siempre muy pequeño y nunca pude ahorrar.

Sternli necesitaba conversar. Se daba cuenta de que mi relación con Donovan era mayor que la breve producida por un desastroso accidente. No lograba definir el lazo existente entre mí y su difunto amo, pero se sentía impulsado a hablarme para liberarse de muchos silencios.

Nunca había hablado con Donovan tal como lo estaba haciendo conmigo. El temor y la vergüenza natural que sentía ante su amo le impidieron hacerlo. Sin embargo, siempre Sternli tuvo la esperanza de poder hablar de hombre a hombre con Donovan. De que tendría el valor suficiente para hacerlo. Nunca lo hizo.

Ahora que Donovan había muerto, también se le murió esa esperanza. Pero al

hablarme a mi se aliviaba como confesando unos crímenes en los cuales sólo fue el instrumento de otro, pero, en algún sentido, también el villano.

Me contó su vida, típica de un estudioso retirado y enclaustrado, separado del mundo.

Sternli admiró a Donovan hasta tal punto que destruyó su propia personalidad. Donovan había aceptado esta devoción y, sin ninguna clase de escrúpulos, procuró sacar el máximo provecho de un hombre que no quería o no podía vivir por su cuenta y riesgo.

Sternli conoció a Donovan en Zürich en un hotel de lujo. Estaba estudiando. Quedó fascinado irremisiblemente la primera vez que le vio. La poderosa personalidad del millonario sedujo por completo al estudiante.

Esa tarde, Sternli había ido a tomar un café al hotel Baur-au-Lac, sólo para contemplar una vez más el sitio donde viven los ricos de este mundo. Mientras bebía lentamente su café, Sternli escuchó la poderosa voz de Donovan que rugía solicitando alguien que le tradujera al portugués algunas líneas. Escuchó también las patéticas explicaciones del empleado del hotel.

Sternli, en un raptó extraño de valor, rasgo que marcó el cambio definitivo de su vida, le ofreció sus servicios.

Donovan le mantuvo a su alrededor todo el tiempo que permaneció en Zürich y, al partir, le ofreció que fuera su secretario. El joven no perdió esta oportunidad de ver mundo.

Sternli se transformó en la sombra de Donovan, se le hizo tan íntimo como un par de anteojos. Dormía en la habitación contigua a la de Donovan, le seguía de conferencia en conferencia, de ciudad en ciudad, de país en país, de continente en continente.

Sternli se hizo en su trabajo de secretario de Donovan. Le servía de intérprete, escribía sus cartas, etc., pero nunca llegó a ser su amigo. Se convirtió así en la memoria viviente y caminante de esa intrincada máquina que era el cerebro de Donovan.

Nunca tuvo vacaciones: no habría sabido qué hacer. Solamente una vez, cuando enfermó su madre, pidió un breve permiso para visitarla.

Donovan le dio permiso con bastantes reservas. Sternli le pidió dinero para el viaje a Europa y Donovan le hizo firmar un recibo por los quinientos dólares.

Sternli se separaba de una parte de su propia vida al contarme esta historia. Y ocultaba otras partes. Sólo podía deducir vagamente cuáles eran éstas.

Una vez se enamoró. Irónicamente, de la esposa de Donovan, Katherine. Ella debió ser una mujer hermosa, pero desgraciada. Nunca dio pie al joven para que se enamorara de ella; me da la impresión de que ni siquiera sospechó de esa secreta adoración.

Pero un día Sternli ya no pudo soportar por más tiempo el conflicto que le destrozaba la conciencia. Notó que no trabajaba honradamente. Le pareció desleal estar enamorado de la mujer de su jefe.

Le pidió a Donovan que le despidiera.

Donovan, de inmediato, le ofreció un ascenso. Los descontentos sólo se curan con dinero. Pero Sternli quería confesar.

—¡Está enamorado de Katherine! —le dijo tranquilamente Donovan—. ¿Qué dice ella de todo esto?

Sternli, por supuesto, jamás lo había hablado con la señora Donovan. Para él, enamorarse de una mujer casada era violar claramente uno de los mandamientos de Dios.

—Si no le ha dicho nada a ella, entonces no hay razón para que se vaya, —dijo Donovan discretamente, y agregó—: Y tampoco hay razón para subirle el sueldo.

De este modo, Donovan solucionó el asunto a su entera satisfacción. Sternli no se fue. Su mente se le había adaptado a la de su jefe hasta en lo más íntimo, hasta en lo más importante, hasta en su amor. Esto dejó a Sternli más dependiente que nunca.

Pocos meses después moría Katherine Donovan.

Mientras Sternli me hablaba de todas estas cosas, nunca dio la impresión de ser un hombre naturalmente hablador. Sencillamente relataba hechos, sin la más mínima vacilación o emoción en el tono de la voz. Sólo de cuando en cuando, para subrayar una revelación más grave, sonreía, se quitaba las gafas y las limpiaba cuidadosamente.

Hablaba con calma, sin pretensiones. Quería acercarse interiormente a mí. Lo estaba consiguiendo con su relato.

Estoy seguro de que no se daba cuenta exacta de la razón por la cual estaba abriendo

su corazón a un extraño. Pero, poco a poco, su personalidad y la de Donovan se me iban dibujando con más claridad. Aprendí, en realidad, más cosas de Donovan mismo al escuchar su relato, que sobre Sternli, el relator.

Me interesó mucho. Había desestimado esta pista tan evidente. La vida de Donovan estaba desnaturalizada, exagerada, falsificada, en los relatos periodísticos. Sternli mostraba más lo real.

Empecé a comprender los esfuerzos del cerebro. Si conseguía aclararme exhaustivamente la personalidad de Donovan, si exploraba cada emoción de su corazón, cada reacción de su conciencia, entendería entonces la mayoría de las paradojas del cerebro.

Le exigí a Sternli que continuara. Como buen psiquiatra, procuré descifrar los supuestos escondidos bajo sus palabras. Reuní así los aspectos que inconscientemente desdeñaba porque le parecían irrelevantes y fui reconstruyendo el gigantesco puzzle de una personalidad poderosa, que resolvía cada problema de conciencia y todo momento de debilidad convirtiéndolos en violento asalto al adversario, tal como esos boxeadores que atacan con más furia cuando se ven arrinconados.

Sternli idealizaba a Donovan. Era ciego para los fallos de su jefe. Ni siquiera se imaginaba la destrucción de su existencia, la distorsión que el otro le había provocado con astucia, paciencia y agudeza.

Se me hizo evidente que, desde el momento en que Sternli confesó a Donovan su amor por Katherine, éste tramó su destrucción. Donovan no era celoso. Era demasiado ambicioso para permitirse esa debilidad, pero alguien se había metido en sus propiedades. Donovan se sintió robado y escarnecido, aunque el crimen sólo se cometió en pensamiento.

Sternli me habló de la costumbre de su jefe de hacer espionar a las personas por detectives privados. Todos sus allegados estaban controlados en secreto. El primer sospechoso era Katherine. Estoy seguro de que Donovan conoció cada uno de sus pasos, supo cómo empleaba cada minuto. Había espiado también a Sternli, por costumbre. Sus cancerberos siguieron al hombrecillo.

Sternli empezó a quedarse ciego. Perdía la vista rápidamente y ya no servía para tomar el rápido dictado de Donovan. Debía contratar otro secretario.

Para lo único que le servía Sternli, desde ese momento, era para recordatorio infalible de hechos pasados. Su utilidad disminuyó a la mitad. Lógicamente, Donovan le recortó el sueldo a la mitad. Así, un buen día empezó a recuperar los quinientos dólares que antaño le prestara, en pequeñas cuotas de cinco o diez dólares que quitaba mensualmente al sueldo disminuido de Sternli.

Sternli empezó a sentir las consecuencias. Donovan se sorprendió incrédulo.

—¡No me diga que no tiene dinero! ¡Seguro que será rico! —le acusó—. ¡Debe haberme escamoteado bastante!

Sternli, muy herido, se defendió como pudo.

—No estoy insinuando que me sacara dinero de los bolsillos, —le dijo Donovan—. Pero seguramente me sacó algunos cientos de dólares entre todas las compras de capitales, ¿verdad?

Sternli ni siquiera había pensado en tal cosa. Eso se oponía por completo a su estricto código moral.

Sólo una vez vio Sternli debilitarse y descontrolarse a Donovan. El día en que murió Katherine. Se escapó del dominio de Donovan. Se deslizó silenciosamente de sus manos. Muriendo, le privó de su victoria final: haberla sometido definitivamente. Para controlarla la había forzado a tener un hijo tras otro. Sólo le sobrevivieron el primero y el último. Howard y Chloe.

Cuando murió Katherine, Donovan obligó a Sternli a permanecer constantemente con él en la habitación. Durante varias noches, Sternli contempló a Donovan. Caminaba de un lado a otro de la habitación, murmurando sin detenerse.

—Ver a Donovan en un momento de debilidad era una sentencia de destrucción, tal como si un esclavo averiguara el sitio donde su rey escondía sus tesoros. Enfrente mío se sentaba un hombre que parecía tener setenta años, medio ciego, indefenso, sin esperanzas. Ignoro por qué Donovan me ha enviado esos quinientos dólares, Dr. Cory. ¡Es exactamente la suma que

me prestó y que después me pidió! Quinientos dólares. ¿Tendría alguna intención particular al devolverme precisamente esa cantidad? ¿Querría hacerme creer que lamentaba muchas cosas que pudo hacerme inconscientemente y que me hirieron? Estoy seguro de que siempre quiso ser bondadoso. ¡No murió sin recordarme! No se trata del dinero. Me hace feliz pensar solamente en eso.

—No sabía que se iba a morir -le dije.

—Oh, sí —me respondió tranquilamente Sternli—. Hacía más de un año que sabía que sus horas estaban contadas.

Esta revelación me sorprendió. Vi, repentinamente, a Donovan, desde otro punto de vista. Tuve otra perspectiva, desconocida por mí hasta entonces, de su personalidad.

—¿Cómo podía saber de su accidente por adelantado? —le pregunté.

—Oh, no, no lo sabía —me contestó Sternli sonriendo apenas—, pero conocía su enfermedad. No tenía esperanza. Los doctores le habían dado un año más de vida como máximo.

—Nefritis —diagnostiqué.

Recordé el color del rostro de Donovan, blanquecino, con leve tinte amarillo. Sufría de degeneración nefrítica de los riñones con una leve complicación en el hígado.

—Sí —asintió Sternli—. Eso dijeron los médicos. W.H. Donovan solía beber a escondidas. Los bebedores solitarios son peligrosos. Muchas veces pensé que prefería beber para borrar sus pensamientos. No le gustaba hacerlo. Le agotaba la consideración de tantos proyectos nuevos e importantes. Le perseguía su propia inteligencia. A menudo, me llamaba en mitad de la noche y pasaba varias horas dictándome. Le regalé un dictáfono el día de su cumpleaños, pero siempre me llamaba a las horas más inoportunas. Después, durante sus últimos años, empezó a beber en secreto. No le gustaba que los demás lo supieran y jamás me invitó a compartir un trago, Creo que no soportaba el alcohol, en realidad.

Repentinamente, Sternli se sumió en meditaciones contemplativas y se olvidó de mí. Yo le saqué de ellas rompiendo el silencio:

—Así que Donovan estuvo huyendo de sí mismo. ¿Tenía algo de conciencia, entonces? ¿Y qué trataba de olvidar?

—Obligó a los médicos a que le dijeran la verdad. Nadie podía mentir a Donovan. Cambió mucho apenas supo que sus días estaban contados —me dijo Sternli.

—Se hizo más bondadoso, supongo —le dije a Sternli para ayudarlo a continuar, pero el hombrecillo me indicó que no.

Se limpió las gafas y sonrió. Abrió completamente los ojos miopes.

—No. No lo que se entiende generalmente con la palabra *bondad*. Lo primero que hizo fue despedirme y sin sueldo. Entregó la dirección de la empresa a su hijo. Entregó todas sus pertenencias a sus familiares. Sólo se quedó con las casas que solía visitar y donde solía vivir. Tenía una red de mansiones por todo el país y un departamento en cada ciudad. En cada residencia los servidores debían servir todos los días el desayuno estuviera o no el jefe. Poco más tarde los servidores debían esperar un momento y si no aparecía nadie retirar las cosas. Lo mismo sucedía a las horas de comer. En cada casa, cada día, se servía comida completa para ocho personas. A Donovan le gustaba aparecer por sorpresa, justo cuando el primer plato empezaba a servirse. Supo de esta costumbre por un libro sobre la España de Felipe II. Esto despertó sus afanes señoriales. "Soy omnipresente" —solía decir—, "y si pago, espero que me sirvan a punto". Cuando supo que iba a morir pronto, cerró todas las casas. Tenía un plan muy exacto para los días que le quedaban.

—¿Qué plan? —le pregunté.

Mc sentía muy cerca de los secretos de Donovan, al fin.

—Dijo que quería hacer un balance de toda su fortuna. No sé que quiso decir exactamente con esto.

Sternli movía los ojos por detrás de las gruesas gafas. Estaba nervioso. Repentinamente, miró la hora.

—No debo seguir hablando —me dijo.

Parecía que sólo en ese momento se diera cuenta de que me había contado una historia que nunca contara a nadie. Se sintió tan confuso que empezó a darme explicaciones.

—Perdone a un viejo hablador.

Tenía prisa por marcharse, pero le pedí que se quedara. De súbito, recibí órdenes del cerebro más fuertes que nunca. Como si el cerebro lo hubiera escuchado atentamente todo y ahora quisiera participar en la conversación.

—Usted no tiene trabajo, ¿verdad? —le pregunté a una orden del cerebro—. ¿Le importaría trabajar para mí? Le puedo pagar tanto como Donovan.

—¿Trabajar para usted?, ¿pero de qué modo puedo serle útil?

Sternli enrojeció de contento y sorpresa.

—Quiero que abra una cuenta corriente en el Banco Mercantil del boulevard Hollywood. Encontrará un fajo de billetes en el bolsillo de mi abrigo... Depositelos, por favor.

Sternli miró miopemente hacia el armario. Mientras abría la puerta, cogí el talonario de cheques y escribí en uno, "a la orden del Señor Anton Sternli, \$100.000, Roger Hinds".

Sternli volvió con los billetes en la mano.

—¿Cuánto llevo? —me preguntó.

—Todo. Ni lo cuente. Pague. Y llévese ésto.

Le alargué el cheque.

Cesaron las órdenes del cerebro. Otra vez sentí que arreciaban los dolores y agarré la aguja hipodérmica que Janice tenía preparada para el caso de otro ataque.

Sternli tomó la llave y el cheque. Se acercó el papel a los ojos y se quedó mirándolo con la boca abierta. Reconoció la escritura de Donovan.

## 2 DE DICIEMBRE

Hoy me he levantado por primera vez. Deberé llevar el yeso durante varias semanas todavía. Me duele aún la espalda y, al moverme, me siento como una verdadera tortuga.

No puedo quedarme más en cama. Donovan me ordena levantarme. El cuerpo apenas se resiste a sus mandatos.

Janice tiene que vestirme. No puedo inclinarme. Me ha comprado camisas enormes y una americana apta para un verdadero gigante.

El cerebro cada día aumenta de poder increíblemente. Sus órdenes me llegan tan claras como si me hablara en voz alta y firme cerca del oído.

Si sólo pudiera informarle que estoy fuera de formas. Le pedí a Schratt que se lo comunicara mediante el sistema Morse, pero no estoy seguro de que Schratt conozca bien este sistema.

Quiero regresar al desierto. Quiero observar yo mismo el desarrollo del cerebro. Pero él me ordena que permanezca aquí.

Me ha dicho que me ponga en contacto con el asesino Cyril Hinds, cuyo juicio está por empezar.

## 3 DE DICIEMBRE

Sternli abrió la cuenta a su nombre y me trajo un poder. Ahora puedo firmar cheques y no debo esperar la firma de Donovan. Le pregunté a Sternli qué le parecía esto de ganar cincuenta dólares a la semana y estar firmando, al mismo tiempo, cheques por valor de miles de dólares.

Esta broma inofensiva pareció conmoverle mucho y se quedó mirándome atónito por detrás de sus gafas. Balbuceó unas cuantas frases y debí tranquilizarle de nuevo. A menudo me mira con desconfianza cuando estoy "forjando" la escritura de Donovan.

A Sternli le brillan los ojos cuando Janice entra en la habitación. La adora. No sé qué hace mi mujer para conseguir que todos estos hombres la admiren tanto.

Es desinteresada. Nunca se toma en cuenta a sí misma, haga lo que haga. Quizás en esto reside el secreto.

## 4 DE DICIEMBRE

A veces el cerebro me paraliza. Antes cuando me ordenaba algo, siempre le obedecía gustosamente. Al principio, necesitaba concentrarme para averiguar qué quería. De otro modo mi propia personalidad habría interferido en la recepción. Ahora ya no puedo ni resistir.

Lo he intentado. He luchado. En vano.

Hoy me ordenó que tomara la pluma y escribiera. Janice estaba en la habitación y no quise que me viera actuar como en trance hipnótico.

Me había traído la comida y conversábamos sobre Sternli y sobre la admiración que le tenía a ella. Janice se reía y protestaba. En ese momento intervino el cerebro. Sentí endurecerse la lengua. Me vi obligado a levantarme y dirigirme al escritorio. Contemplaba mi propia actuación con el mismo distanciamiento de un espectador que me mirara desde lejos. Quería detenerme. Pero seguí moviéndome de modo mecánico.

Janice nunca había visto esta clase de acontecimiento. Esta manera de manifestarse la voluntad de Donovan. Tuvo miedo. Era lo bastante inteligente, sin embargo, como para no llamar al médico de turno.

Me senté al escritorio y empecé a escribir. Janice me habló primero asombrada y después más rápido y a]armada al ver que no respondía

Nada raro tenía mi actitud, a excepción del aspecto de mi rostro. Durante estos períodos de contacto telepático, los ojos se me inmovilizan y mi cara pierde toda expresión, queda como de madera.

Janice me conocía muy bien. Cayó en la cuenta, de inmediato, de que era presa de un trance hipnótico.

Escribí en el papel dos nombres: "Cyril Hinds, Nat Fuller".

Cyril Hinds era el asesino. Fuller aparecía por vez primera.

La operación terminó tan rápido como empezara y recuperé otra vez el control sobre mis movimientos.

Janice estaba pálida como la cera. Todo su aspecto denunciaba el terror que sentía.

—Has escrito con la mano izquierda —murmuró temerosa—. El cerebro...

Regrese a la mesa y empecé a comer. Traté de actuar con toda la calma que pude. Aún estaba conmovido por el descubrimiento: por primera vez no podía desobedecer una orden del cerebro.

—¿Y qué hay con eso? —le pregunté—. Sabes que el cerebro está vivo. Se comunica de vez en cuando conmigo. Este paso adelante que doy con mis experimentos hará historia. El cerebro humano nunca alcanza su pleno desarrollo durante la vida de un ser humano. Alimentándolo artificialmente, puedo conseguir que llegue a madurez. Los contactos telepáticos son sólo el comienzo. ¿Acaso ignoras que los que hacemos experimentos de esta clase debemos arriesgarnos a veces personalmente en ellos? El mundo debe el descubrimiento de muchas cosas a científicos que se trasformaron a sí mismos en conejos de indias.

—¡Pero él te está controlando a ti... tú ya no lo controlas!

Estaba a punto de perder la cabeza.

—Te equivocas —le contesté.

Quería acabar con una discusión que temía y preveía. Si sólo se tratara de una enfermera nunca me habría desafiado. Pero era mi esposa.

—Me estóv sometiendo deliberadamente a su control. Puedo interrumpir esto cuando quiera.

Janice me miró con sus grandes ojos oscuros, muy pálida. Leía en mi interior y sabía que le estaba mintiendo.

—¡Donovan ha muerto! —exclamó.

—¿Muerto? —dije lentamente—. La definición de la muerte que da un médico es distinta de la que da un abogado. Incluso cuando legalmente se le declara muerto, un hombre puede seguir emitiendo ondas eléctricas cerebrales. A veces los médicos declaran muerto a un hombre, por más que éste todavía respire. ¿Dónde empieza y dónde termina la vida? A ojos del mundo, Donovan ha muerto. Pero su cerebro vive todavía. ¿Quiere decir eso que Donovan

vive todavía?

—No —me dijo—. Pero está viviendo por tu intermedio. ¡Te fuerza a actuar en lugar suyo!

—Eso es contradictorio —observé—, no resistiría un análisis.

Janice me miró. Parecía más demacrada. La piel se le veía tan transparente como seda de la china. Se había preocupado muchos años de mí. Se convenció de que este experimento me estaba perdiendo definitivamente. Perdió el control. Sabía que gustaba de evitar cualquier discusión sobre cualquier asunto serio, pero esta vez su preocupación fue más fuerte que su voluntad.

—Donovan está muerto e incinerado, —me respondió—. Lo que llamas su cerebro viviente es una monstruosidad científica, una creación peligrosa que alimentas en un tubo de ensayo.

—Donovan vive aún —le contesté—. Incluso envía y escribe mensajes.

—Tú deduces tus convicciones a partir de la ciencia, —me dijo—. Las mías nacen de la fe.

—Vaya, vaya, una discípula de Schratt —ironicé—. ¡Tienes miedo! El miedo destroza la integridad personal. Pero es bueno que tú y otros tengan cierto grado de angustia, cierto temor a las consecuencias, cierto grado de conciencia de sí mismos. Esto disminuye tus relaciones con los demás. Pero no juzgues mi tarea según los cánones comunes de la vida. Estoy más allá de ellos.

—¿Hasta cuándo? —inquirió.

—Hasta que comprenda el funcionamiento de ese cerebro, de su voluntad, de sus deseos, de sus motivaciones —le dije—. Estoy reuniendo datos. Si consigo averiguar la posición relativa de todos los fenómenos que ocurren en el cerebro de Donovan, podré hacerme un cuadro paralelo sobre nuestro modo habitual de pensar y aclarará muchas cuestiones hoy día insolubles. Pienso penetrar en la conciencia humana más a fondo que ningún otro ser humano hasta la fecha.

Janice no me contestó.

No la soportaba en ese momento. Me cargaba su expresión distante, su expresión de auditora de voces para mí inaudibles. Se guiaba por su intuición, no por su inteligencia. Sus conocimientos los obtuvo a un nivel inalcanzable para la ciencia.

Mi potencia intelectual se funda en razonamientos precisos. No podía discutir con Janice. Estaba en desventaja.

Nos quedamos sentados frente a frente y en silencio.

—Tiene demasiado poder sobre ti. No podrás resistirle mucho tiempo —dijo Janice finalmente.

—¡Puedo detener el experimento cuando quiera!

Me estaba defendiendo. Me molestaba esta situación.

—No puedes. Acabo de ver con mis propios ojos lo que sucede.

Me levanté, me acerqué al escritorio y recogí el mensaje que me dictara Donovan.

—Ojalá me dejaras solo. No tiene objeto seguir discutiendo. No te he pedido que te metas en mi trabajo. Me estás perturbando. ¿No te das cuenta?

Era bastante claro. Debía herirla para que me dejara en paz.

Se volvió sin mirarme y salió de la habitación.

Estoy lo bastante bien como para vivir tranquilo en un hotel sin que me molesten con interferencias de esta especie.

4 DE DICIEMBRE

La inútil discusión con Janice me trastornó. Y continuó la agotadora repetición de esa frase: "Entre la niebla..." No pude dormir más de la mitad de la noche. Me levanté tembloroso.

¿Se está volviendo loco el cerebro de Donovan? La repetición sin fin, monomaniaca, de la misma frase, indica una disminución de la coordinación intrasíquica, un impedimento en la combinación lógica del pensar.

Es alarmante esta repetición estereotipada de expresiones fonéticas. La mente enferma se imagina que escucha el mismo sonido monótono, la misma melodía interminable. Considera

la misma situación, reproduce el mismo esquema mental, repite las mismas palabras hasta que su significado adquiere un simbolismo que culmina en mensajes sobrenaturales, en expresiones providenciales. La mente enferma acepta rápidamente todo esto y lo interpreta conforme a sus propios sueños y deseos.

Si el cerebro de Donovan se vuelve realmente loco y continúa influyéndome a pesar de mi resistencia, este caso puede ponerse difícil de controlar. El cerebro tiene tal poder sobre mí que quedo a veces completamente indefenso. Debo imaginar un recurso de emergencia para paralizarle en último momento. ¡Debo encontrar una solución y pronto!

## 5 DE DICIEMBRE

Hoy regresé al Hotel Roosevelt. Me siento bastante bien, pero aún debo caminar con el yeso a cuestas. Me molesta menos que antes.

El cuerpo humano es capaz de adaptarse a las condiciones más inverosímiles.

## 6 DE DICIEMBRE

Nathaniel Fuller.

El nombre se repetía con frecuencia en los mensajes de Donovan. Había dos Nathaniel Fuller en el listín telefónico. Uno era encargado de una gasolinera del boulevard Olympic. El otro, un abogado que vivía en la calle Hill.

Estaba seguro de que el cerebro se refería al abogado.

Telefoneé a la oficina de "Fuller, Hogan y Dumbar" y pedí una cita. El secretario de Fuller me preguntó referencias. Pero no pude decirle de qué se trataba porque ni yo mismo lo sabía.

—¿Quién le recomendó al señor Fuller? —me preguntó.

Mencioné a W.H. Donovan y de inmediato se puso muy amable. Pocos segundos más tarde tenía a Fuller al aparato.

Me pidió que me presentara a cualquier hora de la tarde. No me preguntó nada. Parecía un buen abogado.

Hacía un día cálido, típico del verano en aquella zona. Tomé un taxi. Hacía muchos años que no me sentía tan descansado y feliz. Ya no padecía ésa tensión nerviosa que no me dejaba ni dormir ni respirar tranquilo y que me perseguía hacía ya tanto tiempo.

Empecé a fantasear con unas vacaciones posibles. Quería descansar. Quizás en New Orleans para la Navidad. Quizá llevaría a Janice conmigo. Me asusté al fijarme más en mis pensamientos. Repentinamente estaba incluyendo a Janice en mis planes y me olvidaba de nuestras discusiones y malos entendidos. ¿Trataba de apartarme inconscientemente de Donovan? ¿Me estaba asustando de mi experimento? Debía observarme con cuidado y no permitir que mi subconsciente interfiriera mis actividades.

Me anuncié por intermedio de la muchacha que había en la recepción del despacho de Fuller. Tomó el teléfono de prisa y poco después apareció Fuller. Era bajo de estatura, se vestía con un traje bien cortado y llevaba cuidadosamente peinado el cabello gris.

Envuelto en yeso, mi aspecto debía ser extraño, pero no manifestó ninguna sorpresa y me llevó directamente por una puerta con un aviso que decía: "Biblioteca. Silencio, por favor".

El silencio que nos envolvió en seguida tenía algo de anormal, como si las paredes fueran a prueba de sonido. Era media tarde, las persianas estaban bajas y la sala iluminada con luces de neón que dejaban nuestros rasgos en la penumbra. Era una luz excelente para que Fuller pudiera examinar a satisfacción las expresiones del rostro de sus clientes.

Me ofreció asiento y se sentó al frente mío, junto a una larga mesa de conferencias.

—¿Donovan le envió? —me preguntó de modo agradable, natural.

Me miró con aire de amigable indiferencia.

—Sí. Mencionó su nombre antes de morir.

—¿Qué le dijo? —murmuró Fuller.

—Entiendo que usted fue uno de sus abogados, —le dije—. Me dijo que podía hablarle

con franqueza cada vez que necesitara de su consejo legal.

—Lo necesita ahora? —me preguntó y me miró a la cara—. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero que se haga cargo del caso de Cyril Hinds.

Se reclinó en la silla y encogió las piernas.

—Hinds es culpable de asesinato en primer grado y se trata de uno de los casos más crueles de que he sabido en mis veinte años de profesión.

Miraba la mesa y hablaba con lentitud. Quería ganar tiempo.

La habitación podía tener micrófonos ocultos. Las luces de neón podían estar allí para obtener fotografías en secreto.

Había varios dictáfonos y un magnetofón funcionando. Era posible que conservara cada palabra que yo pronunciara por si alguna vez servía para algo.

—Estoy dispuesto a pagarle cincuenta mil dólares, además de sus honorarios normales, si consigue la libertad de Hinds —le ofrecí.

Se quedó en silencio, meditando. No se tomaba en serio mi ofrecimiento y trataba de encontrar un medio de librarse de mí sin ofenderme. La suma era completamente desproporcionada a la importancia del caso.

Mi atuendo, barato y algo avejentado, no daba la impresión de pertenecer a un hombre capaz de pagar cincuenta mil dólares a un abogado.

Miré el vidrio de la mesa y nuestras miradas se cruzaron como en un espejo. Quizás era un truco suyo. Me molestó el detalle.

—En libertad. ¿Quiere decir que el jurado debe perdonarle, declararle inocente? —me preguntó para ganar tiempo. Buscaba la campanilla.

Tomé un fajo de billetes y lo deposité sobre la mesa.

Retiró la mano de la campanilla.

Intranquilo, intentó discutir conmigo. Trataba de averiguar más sobre mi personalidad.

—¿Me podría indicar el motivo por el cual le interesa ésto, doctor Cory? —me preguntó.

—Suponga, si quiere, que lucho contra la pena capital.

Era una base para discutir. Hay mucha gente en este mundo. Muchos son capaces de sostener sus convicciones utilizando su dinero.

—Comprendo. Quiere que se libre a Hinds. Un ejemplo. Es posible que le libremos de la horca. Más tarde nos ocuparemos de ponerle en libertad.

—Me ha entendido mal. —le dije—. Quiero que se declare inocente a Hinds. Que el jurado le declare inocente.

—Se contradice con su primera afirmación. Según ella, a usted sólo debiera interesarle la salvación de su vida —me contestó Fuller bastante inquieto.

No conseguía averiguar exactamente lo que yo pretendía.

—No he venido a discutir con usted —le contesté.

Sabía que el cerebro quería la inmediata libertad de Hinds.

—¡Pero si no cabe duda de que ese hombre es culpable! —exclamó Fuller—. Nunca me hago cargo de casos sin esperanza.

Me levanté. Hice ademán de marcharme.

Fuller me dijo rápidamente:

—Debe darme algunos días para estudiar el caso. Espero encontrar algún medio. Pero si no lo encuentro, no me haré cargo de este caso.

—Estoy seguro de que lo encontrará —le respondí.

Me acompañó a la puerta.

—¿Tendría inconveniente en depositar esa suma a buen recaudo hasta que el caso termine? —me preguntó.

—Por supuesto que no —le dije—. Telefonéeme mañana por la mañana al hotel Roosevelt y tendrá el dinero.

Me detuve en la recepción.

—¿Me puede conseguir permiso para conversar con Hinds?

—Por supuesto. Supongo que será pariente suyo —me preguntó Fuller amablemente.

—No, —le contesté.

Fuller fingió no sorprenderse.

—¡Debió ser un buen amigo suyo!  
—A decir verdad, —le respondí—, nunca he visto a Hinds en toda mi vida. He sabido de él sólo hace unos días.  
Esta vez sí que se sorprendió Fuller.

## 8 DE DICIEMBRE

Hoy partió Sternli a Reno para visitar a la señorita Geraldine Hinds. Le dije a Sternli que Donovan, antes de morir, me pidió me pusiera en contacto con esa mujer y también con un lampista de Seattle.

Sternli se asustaba cada día más. No lograba entender cómo escribía a veces igual que Donovan y cómo otras veces sacaba dinero de una cuenta ajena. ¿Y cómo explicar esta ilógica actuación a una persona que nunca había conocido?

A Sternli le gustaría separarse de mí.

## 9 DE DICIEMBRE

Fuller me telefoneó esta mañana. Había hablado con el jefe de la prisión del condado para conseguirme permiso para visitar a Hinds.

Fuller no pudo explicar mi relación con el acusado. Por lo tanto ese funcionario quería entrevistarse conmigo antes de darme el permiso.

Después de estudiar el caso, Fuller opinaba que sólo había un camino para conseguir lo que le solicitaba. No quería hablarme de eso por teléfono. Me dijo que vendría a verme al hotel.

El optimismo de Fuller me pareció forzado. Estaba profundamente convencido de que, si no fuera por el dinero que le ofrecí, Fuller jamás se habría hecho cargo de ese caso. Antes de colgar me recordó que depositara el dinero en el banco.

Estoy seguro de que el cerebro está pensando con claridad. No puede estar loco como llegué a temer: sus instrucciones son precisas y parecen lógicas. El único elemento raro sigue siendo esa frase insistente que se me repite especialmente mientras duermo. A veces me sorprende de día sin previo aviso. No he logrado entender la sensación de miedo que me acompaña cuando la siento.

La identificación del cerebro conmigo ha aumentado. Si penetra en lo que resta de mi cerebelo es posible que consiga ponerme en contacto yo con él. Es posible que empiece a sentir mis sensaciones táctiles, visuales, olfativas, gustativas. Aún no puedo probar ésto, pero creo que el cerebro vive, por mi intermedio, la vida completa de un ser humano normal.

Si mi teoría es acertada, el cerebro de Donovan será capaz de conversar con otras personas: mi oído se unirá con sus centros nerviosos y mi lengua, dirigida por su órdenes, completará el cuadro de los elementos indispensables para mantener una conversación inteligible.

El cerebro utiliza mi sistema motor como los instrumentos que controla un buzo desde dentro de su escafandra. Donovan puede ver el mundo a través de mis ojos y es posible que me vea a mí mismo incluso cuando me miro en el espejo.

## 10 DE DICIEMBRE

De paso hacia el Palacio de Justicia, me detuve en un estanco y compré doce cigarros habanos.

Hacía años que no fumaba. No me gusta el sabor frío y húmedo. Cumplí las órdenes y los compré, sin embargo.

Encendí uno de inmediato, pero no sentí el gusto. Traté de tirarlo, pero mi mano me lo impidió y tuve que continuar fumando lentamente, como si gozara profundamente.

Fumaba, con la mano izquierda, cosa rara, pues siempre fumé con la derecha.

¡Donovan era zurdo!

Si conseguía averiguar que cigarros fumaba Donovan, tendría parte de las pruebas que necesitaba. ¿Había perdido el sentido del gusto? La noche pasada experimenté súbito desagrado al comer carne y pedí que me trajeran una cena a base de vegetales exclusivamente. No les encontré gusto a nada. ¿Donovan era vegetariano? Debo averiguarlo. Sternli tiene que saberlo.

Aspiré profundamente el humo del cigarro. Era como hacer inhalaciones con vapor de agua. ¿Recibía el cerebro de Donovan estas sensaciones en vez del mío? Quizás mi estado esquizofrénico era ya tan agudo que mi sensibilidad física estaba muriéndose debido a que el cerebro, dueño ya de mis órganos más íntimos, anulaba todas mis sensaciones tanto de olfato como de gusto.

La penetración del cerebro, lenta pero irresistible, estaba envolviendo todos los rincones de mi cerebelo.

Algún día se apoderaría completamente de todas mis actividades. Los impulsos directivos de mis actos se generarían en Washington Junction y mi cuerpo recorrería el mundo dirigido por control remoto.

De este modo, en el futuro, los seres humanos podrían ser gobernados por un cerebro escogido y superior, tal como robots dirigidos desde una estación central.

La cárcel del condado ocupa los seis pisos superiores del Palacio de Justicia. Es un gran edificio cuadrado entre Broadway y Temple.

Entré en la habitación que tenía el letrero "Relaciones Públicas". Un empleado me llevó nueve pisos más arriba hasta el despacho del jefe de la cárcel.

El ascensorista usaba el perfecto uniforme gris de los funcionarios públicos y llevaba puesta la estrella de seis puntas de la policía.

Una puerta de barras de hierro impedía el paso en el noveno piso. Un gendarme la abrió y revisó atento a los pasajeros del ascensor.

El empleado de relaciones públicas debió advertir mi curiosidad, porque empezó a darme toda clase de datos como si fuera un guía turístico. Me informó de que aquí había unos dos mil prisioneros, de que esta era la mayor cárcel de condado de todo el mundo. Había unos mil ochocientos hombres y doscientas mujeres, me dijo lleno de orgullo.

Salimos y atravesamos un corredor que conducía al despacho privado del jefe de la cárcel. Pasamos por una antesala cuyas paredes estaban tapizadas de fotografías de la granja del sheriff. Allí pasaban los prisioneros dedicados a trabajos forzados en cumplimiento de sus condenas.

El jefe era un hombre de unos cincuenta años, vestido elegantemente con su uniforme verde gris. Parecía esperarme. Nos dejó el ayudante y el jefe esperó que la puerta se cerrara tras él.

Se levantó entonces y se acercó a un segundo escritorio que parecía nuevo o sin usar todavía. Era de pesada madera negra, labrado detalladamente. Seguramente lo tenían para impresionar a los visitantes. Había encima un jarrón azul con una dalia. En la pared de atrás un gran reloj eléctrico con el nombre del relojero impreso. Un regalo, de seguro, en agradecimiento por servicios prestados. Las paredes estaban adornadas con fotografías de oficiales y de sus esposas. Era la habitación en que un hombre ha pasado la mayor parte de su vida.

El jefe se sentó, meditabundo, en una silla de respaldo alto.

—Me telefoneó el señor Fuller —dijo—. Me pidió que le permitiera visitar al señor Hinds.

Me miró por detrás de sus gafas. Daba la impresión de un profesor incómodo dentro de su uniforme.

—Sí. Le pedí al señor Fuller que me consiguiera una entrevista con usted —le contesté.

—El señor Fuller es el abogado criminalista que tiene más éxito y que cobra más caro en todo el estado. —me habló el jefe—. Me pregunto qué le habrá impulsado a tomar un caso sin esperanza.

—¿Ha confesado Hinds? —le pregunté.

—Oh, no. Los de su clase no confiesan, —respondió tranquilamente el jefe—. Pero Hinds no tiene dinero. Según entiendo, usted tiene gran interés en este caso. ¿Ha sido usted

quien contrató al señor Fuller?

Me sonrió con benevolencia. No me cupo duda, entonces, de que nuestra conversación se estaba grabando en algún lugar, quizás en la habitación contigua.

—Soy patólogo —le contesté—. Me interesan extremadamente los casos como el de Hinds. ¿Hay algún impedimento para que hable con él?

El jefe pensó el asunto. Estaba un poco desilusionado. Esperaba que le contestara sus preguntas. Pero como Fuller no le había dicho nada, no había razones para que yo fuera más locuaz que, mi abogado.

—Sé que no es pariente de Hinds, —dijo el jefe.

Había hecho sus averiguaciones.

Nos quedamos sentados en silencio hasta que volvió a hablar.

—En esta prisión odian bastante a Hinds. Nos da mucho trabajo. Le tuve que confinar aparte de los demás por un par de días. Golpeó a un oficial. Esto no se hace en mi prisión. Los oficiales son corteses y amistosos. Todos los demás prisioneros, solidariamente, han reprobado a Hinds.

El jefe levantó la vista y sonrió levemente con el aire de un profesor contento de su curso.

—Mis muchachos desprecian la cobardía. No les preocupa la crueldad. Incluso no les importa un crimen masivo. ¡Pero este modo cobarde de matar!

Se preparaba para darme una conferencia sobre psicología criminal. Los carceleros, tal como los médicos, están sobrecargados de casos y necesitan expandirse. Raramente he encontrado un doctor que no escriba. Los carceleros son igualmente parecidos.

Debí escucharle amablemente porque podía oponerse a que visitara a Hinds.

—¿Le conoce bien? —me preguntó como por casualidad.

—No —le contesté, feliz de que no me preguntara si había visto alguna vez a Hinds.

—Bueno, él tampoco le conoce a usted. Esto convierte su petición en algo poco habitual.

El jefe sonrió.

—Estoy escribiendo un libro sobre psicopatología —le contesté para darle una razón que pudiera aceptar.

—¿Conoce los cargos?

Como no le contestara, se explicó:

—Atropelló voluntariamente a una mujer con su coche. ¡Adrede!

Estudió mi rostro inexpresivo y agregó:

—Lo peor del caso es que volvió, marcha atrás, para repasarla y destrozarle el rostro. Después se marchó. Pero le cogimos. El coche dejó impresas claramente las marcas de los neumáticos.

—¿Era su novia? —le pregunté.

—No. ¡Era su madre!

El jefe continuó en un tono patético, como si esta revelación le resultara demasiado brutal incluso para él, un hombre acostumbrado a las crueldades humanas.

—Por supuesto, Hinds no recuerda haber matado a nadie. Dice que venía de una fiesta y que estaba algo bebido. ¡Curiosa coincidencia que matara entonces a su madre!

—¿Y el motivo? —volví a preguntarle.

El jefe se alzó de hombros. Como cuidador de un extraño conjunto de prisioneros, se suponía que era imparcial. Pero parecía experimentar especial antipatía hacia Hinds.

Después de cierto tiempo, la atmósfera de una cárcel afecta tanto a los guardianes, como a los presos. Los guardianes, después de varios años de trabajo, empiezan a ver el mundo con otros ojos. La verdad y el error adquieren solamente significado abstracto y se les desarrolla una comprensión aguda sobre los motivos de los crímenes.

Sólo el que ha trabajado con las manos puede comprender a los trabajadores. Sólo el que ha navegado conoce a los hombres que aman el mar. Cada juez debiera ejercer aprendizaje en una cárcel antes de convertirse en juez. La justicia no debe enseñarse sólo teóricamente.

Pero en el caso de Hinds, tanto los prisioneros como los guardas condenaban al

asesino.

—¿Podré ver a Hinds? —inquirí.

El jefe se levantó y tocó una campanilla. Luego comenzó de nuevo a hablar:

—Tuve que separarle de los demás para que no le mataran. Nunca había visto tal antagonismo entre ellos. Le habrían envenenado la comida si hubieran podido.

Entró un oficial y saludó correctamente.

—Lleve al doctor Cory al piso quince. Y preséntele a Hinds.

El hombre repitió el saludo y salimos.

Entramos al ascensor y la puerta de hierro volvió a cerrarse.

—Al quince —dijo el oficial al ascensorista.

Me miró de reojo, como si le molestara que fuera a visitar a Hinds.

Llegamos. La puerta se abrió a una gran sala en la cual había mesas con unos paneles de diez pulgadas de alto que separaban a los prisioneros de los visitantes.

—Espere aquí. Tengo que traerle desde el piso diez —me dijo el oficial con un gruñido.

En el décimo piso tienen a los asesinos.

Me senté en el banco y leí lo que decía la división: "Este lado para los defensores".

Al otro lado decía: "Prisioneros".

La habitación estaba bastante llena de gente. Los prisioneros, con pantalones vaqueros, entraban, se sentaban y hablaban en voz baja. Los abogados no se sacaban el sombrero. Todo el mundo parecía tener mucha prisa.

El lugar zumbaba de voces. Los rostros palidecían a la luz amarilla.

El policía regresó con Hinds.

Le dejaron en libertad de movimientos junto a la puerta de hierro. El que le acompañaba me señaló con ademán lúgubre. Se volvió rápidamente, como si el contacto de Hinds pudiera infectarle.

Hinds avanzó buscándome. Miraba solamente en dirección a mí, pero debía percibir el antagonismo que su presencia despertaba en el resto. Las voces continuaron zumbando, algo más fuertes. Pero todo el mundo dio la espalda a Hinds.

Se me acercó y me miró inexpresivamente.

—Me llamo Patrick Cory, —le dije a través de la mesa.

Le alargué la mano. Hinds ignoró el gesto. Se sentó al otro lado y me contempló como si yo fuera el prisionero y él el visitante.

Era un muchacho de buena presencia, de unos veinticinco años, bien constituido, fuerte, atlético. El pelo rubio lo tenía peinado liso hacia atrás, los ojos de un azul muy claro y limpio. Pero la boca era dura. Casi no se le veían los labios. No tenía ningún rasgo suave en el rostro. Era el prototipo del joven descontento. Esos que, con un extraño concepto del valor, no aprecian demasiado la vida humana.

El muchacho mantendría su cinismo hasta la horca misma. Se reiría durante todo el camino a la sentencia. Actuaría conforme a su papel hasta el final. O perdería repentinamente su modo altanero y despectivo en un segundo, para caer en el colmo del terror. En un instante podía convertirse en un cobarde llorón.

Si hubiera decidido fingirse loco, seguramente habría podido llevar adelante su papel hasta volverse realmente loco y tener que ser internado en un manicomio.

Pero tal como estaba, se consideraba un héroe y, con un orgullo superior a su voluntad de vivir, trataba a todo el mundo despectivamente. Era un fanático sin causa. Y no tiene objeto discutir con un fanático.

—Quería preguntarle si usted conoce a un tal Roger Hinds —le dije.

Esperaba una apertura diferente. Desconfiaba de mí. Me creía un elemento más entre los trucos que la ley podía usar para hacerle confesar.

—Bueno —me respondió dudando—, tuve un tío de ese nombre. Se ahorcó. Debe ser él.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Antes de que yo naciera. Pero recuerdo que mi madre hablaba a veces de él.

No le conmovía nombrar a su madre.

Nos quedamos en silencio un instante. Hinds se contemplaba las manos, finas y

blancas y con grandes uñas.

No me sentía controlado por el cerebro y podía preguntar cuanto se me ocurría para satisfacer mi curiosidad.

—¿Entonces conocía a Warren Horace Donovan?

—No personalmente —contestó Hinds—. ¿Es el tipo que se mató hace unos días en avión? ¡Lo leí en los periódicos!

Seguía mirándose las manos, sin inmutarse con mis preguntas. Maniobrábamos como dos boxeadores, cada uno a la espera de que el otro bajara la guardia.

—Estoy aquí para ayudarle en todo lo que pueda.

De inmediato se resintió.

—No necesito ayuda. Si quieren colgarme, de acuerdo, que lo hagan. Pero no podrán doblegarme. Me están tratando pésimamente, pero no me importa.

Se mantenía fuerte, odiando a todo el mundo.

—El señor Fuller va a defenderle —le espeté.

—Eso me dijo. Dicen que es un pez gordo. ¿Quién lo habrá contratado?

Me miró interrogativamente, pero le volvió rápido la expresión amarga. Quería estar a sus anchas. Si sabía que alguien le ayudaba, su resistencia disminuiría. Invertía la causa y aparentaba tener la razón.

—No pueden hacer nada por mí. No atropellé voluntariamente a la vieja. No pueden probarlo. Incluso ese gran abogado no puede hacer otra cosa que decir la verdad.

Repentinamente se sonrió.

—Le enviaron para hacerme hablar. Continúe ¡dígales que no la atropellé voluntariamente!

Repetía las mismas frases para afirmar su inocencia. No quería que le defendieran. Creía que la ley era impotente si él no confesaba.

—¡Si es inocente le dejarán en libertad! —le animé.

—Tienen que hacerlo. Tengo muchas cosas que hacer. ¡Pero no me gustaría salir ahora!

Apretó la fina boca y le resaltaron los músculos de las mandíbulas.

—Dígales que no me doblegarán. Incluso si me vuelven a poner en el agujero y me apalean y me dan comida podrida y vuelven en mi contra a todos los muchachos que hay aquí. Conozco sus trucos. ¡No pueden herirme! ¡Y pagarán caro por todo esto! ¡Esperen a que salga de aquí!

Se levantó. La entrevista había terminado en cuanto a él se refería. Había manifestado todo su desprecio por el mundo a través mío.

—Incluso si me cuelgan no tendrán el gusto de verme palidecer —terminó en voz alta.

Regresó donde el gendarme, erguido, sabedor que todos en la sala le contemplaban.

El ascensor me llevó abajo.

Ese muchacho es asesino sin duda alguna.

Pero le introdujeron mal en la vida y nadie se ocupó de frenar las fuerzas que podían descarriarle. No se le puede condenar absolutamente, aunque tampoco hay ninguna razón para jugarse entero en su defensa.

Volverá a matar a quienquiera que se cruce en su camino.

¿Pero qué tenía que ver Donovan con este muchacho? Si Cyril Hinds fuera hijo ilegítimo suyo, su conducta se explicaría más.

Fuller debe saber la verdad.

## 11 DE DICIEMBRE

El empleado de la recepción me entregó una nota por la cual se me invitaba a cenar en casa de Howard Donovan, en Encino, el 13 a las siete de la tarde.

Seguramente iré a visitarle y a escuchar todas las preguntas que no quiero oír.

¡Sabía que Howard volvería a aparecer!

Me telefoneó Schratt. Me dijo que Janice estaba de nuevo en Washington Junction.

Cuando le pregunté por qué había regresado, bromeó diciéndome que él y Janice eran buenos amigos y se estaban aprovechando de mi ausencia para verse a solas.

El cerebro estaba muy bien, me dijo. Seguía aumentando de tamaño y de potencial eléctrico.

Mientras Schratt esperaba en el teléfono mis instrucciones, mis temores inconscientes repentinamente se manifestaron. Le ordené que mantuviera al cerebro en su peso actual, que no le alimentara demasiado. Tenía la boca de repente muy seca y apenas pude hablarle.

—Comprendo —me respondió Schratt extrañamente.

Colgué de inmediato, molesto conmigo mismo. ¿Estaba reconociendo mi miedo naciente? No se podía explicar de otro modo mi orden. Schratt debía haberlo notado.

El miedo es una reacción natural de todos los organismos que tienen armas para defenderse. Pertenezco a esta clase y no hay razón para que me maldiga. El miedo es algo innato.

Me sentí agotado. En vez de llamar a Fuller para referirle mi visita a la cárcel, me tendí a descansar.

Tomé píldoras para dormir. No quería recibir mensajes de Donovan.

## 12 DE DICIEMBRE

El teléfono sonó a las diez de la mañana y respondí todavía bajo la influencia de la droga. Había descansado bien por la noche. Ni siquiera me turbó, por primera vez en muchas semanas, esa extraña frase "Entre la niebla..."

Un tal señor Pulse me llamaba desde la recepción. Fuller le había enviado. Pensaba que era más conveniente conversar en mi habitación. ¿Podría subir?

Le pedí que esperara un poco, enchufé la máquina de afeitar y me permití el lujo de afeitarme cuidadosamente. Después me vestí, relajado, por primera vez en mucho tiempo y me miré al espejo.

De súbito, mis reflejos se me opacaron. La sensación duró sólo un momento. Pero entonces ya el cerebro de Donovan se había apoderado de mí y con más fuerza que nunca.

Me miré en el espejo y me estudié cuidadosamente como si nunca antes hubiera visto mi imagen. Respiré hondo, moví los hombros sin sentir, en realidad, mi cuerpo. Me apreté las muñecas con las manos, pero, a pesar de que se me enrojecieron, no experimenté ninguna sensación.

Atravesé la habitación sin caminar como yo mismo, pero cojeando un poco de la pierna izquierda. Cogí un habano y empecé a fumar.

Como siempre, me daba cuenta de lo que estaba haciendo, pero, por primera vez, me sentía prisionero dentro de mi propio cuerpo, sin poder hacer otra cosa que lo que me ordenaban.

Recordé las etapas por las que había pasado durante mi experimento con el cerebro de Donovan. Al principio me concentraba en sus órdenes y me forzaba para entenderlas. En la segunda fase ya las comprendía perfectamente y actuaba de acuerdo con ellas. Finalmente permití, de hecho, que el cerebro me controlara completamente el cuerpo. Hasta ahora podía resistir. ¡Pero ya he perdido completamente el control!

El cerebro podía hacer caer mi cuerpo enfrente de un coche, tirarlo por la ventana, dispararme una bala en la cabeza con mis propias manos. Solo podría gritar de desesperación en mi encierro, pero hasta las palabras que dijera serían las que el cerebro quisiera escuchar.

Me envolvió una ola de terror cuando caí en la cuenta de que era igual que un hombre encerrado en una máquina que le moviera los brazos y piernas independientemente de su voluntad.

Pasó la horrorosa sensación. Otra vez me sentí libre. Sentí el humo del cigarro en la boca, pero no su aroma ni su sabor. Cesé de colear y se me acabó la opresión en la región de los riñones, como si saliera de un ataque de nefritis.

El cerebro de Donovan, al tomar posesión de mi cuerpo y de mi sistema nervioso,

reproducía las condiciones de su propio cuerpo. Así, me hacía sentir dolor en los riñones, cojear y tener los mismos gustos en comida Y tabaco. ¡Pronto empezaría a beber!

Recordé que el señor Pulse me estaba esperando y llamé al empleado para que le hiciera subir.

Pocos minutos después entró un hombre enorme, que llenó el umbral con su corpulencia. Pulse tenía más de dos metros de estatura. Usaba el pelo largo como un músico de una comedia victoriana, y la doble papada le aumentaba el tamaño del rostro: Me miró afablemente con sus ojos desorbitados.

Se presentó a sí mismo y se introdujo en la habitación como un verdadero hipopótamo. Se sentó y la silla desapareció debajo de él.

Fue directo al grano.

—Juzgarán a Hinds la próxima semana —me dijo—. He estudiado el caso.

Debí hacer un esfuerzo para escucharle. Su voz era extrañamente contrastante con la enormidad de su cuerpo. Hablaba de modo tenue, como temeroso de retumbar. La hipertrofia de la tiroides le estaba produciendo presión sobre el nervio laríngeo recurrente y esto le disminuía el timbre de la voz.

Me explicó sus hallazgos.

—Los jurados se están dejando influir mucho por la impresión que tienen del acusado y mucho menos por los hechos mismos. Un hombre de modales más suaves y refinados recibiría un castigo más leve por el mismo crimen que otro, como Hinds, que no se molesta en montar un espectáculo adecuado. Me agrada que no tengamos ninguna mujer en el jurado. Se guían demasiado por sus simpatías.

No se le alteró un sólo músculo de la cara. Pero gesticulaba ampliamente con las manos para reemplazar así su falta de expresividad.

Pulse parecía haber estudiado a fondo el caso de Hinds y esbozó de inmediato un plan para salvarle. No mencionó a Fuller para nada.

Había trescientos jurados posibles. Pulse me explicó que se escogían al azar entre las listas de votantes y luego se exponían en las paredes del tribunal. De esos trescientos, más de doscientos no se interesarían en componer el jurado. Se les podía descartar de inmediato.

Había que investigar al resto.

Pulse abrió su cartera y extrajo una lista.

—Ya ve —murmuró— suelo trabajar para los tranvías del sur. Tenemos información detallada sobre cada posible miembro del jurado. Demasiado a menudo se producen quejas injustas contra esa compañía, la mayoría motivadas por accidentes, y si un amigo del querellante queda en el jurado, la cosa se pone de color hormiga. Por eso hacemos listas lo más completas posible y en ellas está casi todo el mundo.

Al decir esto último se sonrió mostrando dientes blancos como de mujer.

—¿Trabaja todavía para los tranvías del sur? —le pregunté.

—Oh, no. No pagan bastante ¡Pero tengo una copia de sus listas!

Ya había localizado a los que no convenía que sirvieran de jurado en este caso. Quedaban unos sesenta y siete disponibles.

Entre ellos había veintiocho jubilados, antiguos funcionarios públicos, ex militares, todos interesados en ganarse los tres dólares diarios que se le pagaban a un miembro del jurado.

—El fiscal gusta de hombres de esta clase. Saben la rutina y el defensor no es fácil que les confunda. ¡Los conocemos a todos! Bueno, es posible intentar una gestión con ellos.

A Pulse le caían pequeñas gotas de sudor por la frente. Bajó aún más el tono de voz.

—¡Pero los demás requieren un trabajo delicado! Tengo pocos fichados en mi lista y debo enviar a mis hombres para averiguar la vida privada de todos esos otros posibles jurados. La mayoría de la gente tiene algo que ocultar.

Descubrió los cigarros sobre la mesa. Sus ojos protuberantes manifestaron, por fin expresivamente, cierto interés.

—Sírvase usted mismo, por favor, —le dije.

De inmediato agarró un habano con la mano. Por primera vez manifestó cierta emoción.

—¡Upman! —exclamó—. Un dólar cada uno!

Y continuó hablando en tono impersonal, pero su actitud ya era más cordial.

—Le doy un ejemplo. La última vez uno de los jurados, desconocido para nosotros, era un empresario, casado, de cerca de cincuenta años. Tenía una hermosa secretaria que le ayudaba en el trabajo. Averiguamos que tenía relaciones íntimas con la muchacha. Bueno, se sorprendió cuando le dijimos lo que sabíamos. No le habría gustado nada que el asunto saliera a relucir en el juicio. Aceptó, entonces, los dos mil quinientos dólares y uno más quedó de nuestra parte.

Aspiró el humo complacido.

—A los que quedan así de nuestra parte les llamamos "píldoras en caja", —me explicó—. Esto no quiere decir que sobornemos al jurado, pero muchas veces hay miembros indecisos y el dinero les ayuda a tomar la decisión que hace falta. Evita, también, que condenen a un inocente y se hagan partícipes de un asesinato legal.

Pulse, divertido, me guiñó un ojo y me preguntó de súbito:

—Bueno, en caso que tuviéramos que hacer una gestión semejante con cada uno de los veinte jurados, ¿está dispuesto a hacerse cargo de los gastos?

—Debo hablar primero con el señor Fuller —le contesté.

Pulse se mordió los labios.

—El caso sólo puede tratarse conmigo porque soy anónimo y, en cambio, su abogado es una figura pública. ¿Me comprende?

Hablaba con indiferencia.

A Fuller no le gustaba mezclarse en el soborno de jurados. No quería saber nada de esos arreglos.

—Mis honorarios serán de cinco mil dólares y nada puedo adelantar ni garantizar sobre la conducta de los jurados —agregó Pulse y se refugió tras una cortina de humo del habano.

No me importaba nada que una cantidad del dinero de Donovan pasara a los bolsillos de este gordo, pero, por una vez, quería provocar alguna explosión de emociones humanas en ese rostro.

—¡El precio es muy alto si no hay garantías de éxito! —protesté.

Pulse se encogió de hombros.

—La acusación es de homicidio en *primer* grado y todo el caso es muy delicado. Piense en lo fácil que se le presenta al fiscal del distrito. Cyril Hinds nunca trabajó en nada en toda su vida. Se reunía en salas de juego con gente de dudosa reputación. Debía dinero a todo el mundo y se lo robaba a su madre. Y su madre limpiaba el suelo de los hoteles. ¡Y las crueles circunstancias de su muerte! Bien, ¿acaso esto le parece ennegrecer gratuitamente la personalidad del homicida con recursos fáciles?

—¿Y por qué mató a su madre? —le pregunté.

Pulse no se sorprendió tampoco con esta pregunta.

—Debiera conocer el caso mejor que yo. Si no, no entiendo para qué estoy aquí. Hinds le robaba el dinero a la vieja. Sabía que ella pensaba denunciarle a la policía esta vez. Era el poco dinero que había ahorrado para su sepultura. La gente hace esas cosas. Han vivido pobremente durante toda la vida, pero desean un funeral de primera. Quizás habría acudido a la policía. Para evitar eso, Hinds la esperó en los alrededores del hotel hasta la hora de la salida. Entonces la atropelló. Sin duda que será de este modo como el fiscal presentará el caso. Atropello y huida con intenciones de asesinar.

Pulse se puso de pie, como conmovido por su relato.

—Cuarenta mil dólares no es mucho si se tiene en cuenta la dificultad del caso —dijo.

Le acompañé a la puerta.

—¿Lo quiere en billetes? —le inquirí.

—Por supuesto —me respondió.

Pero se detuvo y se quedó mirándome. Los ojos casi se le salían de las órbitas.

—¿Acaso es su hijo?

—¿Le parezco tan viejo? —le pregunté, asombrado.

Pulse puso cara de extraña consternación.

—Por un momento me lo pareció.

13 DE DICIEMBRE

Esta mañana fui al hospital para que me quitaran el yeso.

Los actores, a veces se adhieren pesos en las manos y en los pies para conseguir mayor soltura de movimientos. Cuando se sacan los pesos, experimentan la misma sensación de flotar, de volar, que experimenté cuando me liberaron del yeso.

Tomé un baño, el primero en varias semanas y me sentí feliz y libre. Dejé las ropas grandes y me puse uno de mis viejos trajes.

Mi espalda, tiesa en un comienzo, recuperó poco a poco cierta soltura.

Encontré la llave que me diera Sternli en uno de los bolsillos de mi traje. Fui al Banco Mercantil de California. El cajero pálido y de bigotes desapareció en busca del director apenas me vio entrar.

Este hombre se había resignado a respetar la extraña clase de cliente que yo era y me condujo de inmediato a la cámara blindada de los depósitos.

Después de mover la combinación hasta situarla en el número 114.474, abrí fácilmente la caja con la llave.

Estaba vacía. Sólo había dentro un sobre. Me lo puse en el bolsillo.

Lo abrí en la calle.

Era un recibo por mil ochocientos treinta y tres dólares y dieciocho centavos. Escrito por Donovan. La fecha: 7 de febrero, 1901. En San Juan, California.

Di vuelta al papel. Pero no me dio ninguna pista para explicarme la razón por la cual Donovan lo guardara tan cuidadosamente.

San Juan, un pequeño pueblo de unos cincuenta mil habitantes es el Sitio en que Donovan empezó sus negocios.

Guardé el papel en mi cartera. Sternli podría aclararme el punto apenas volviera. Recibí esta mañana un telegrama suyo. Decía haber localizado a Geraldine Hinds.

El chofer de Donovan me esperaba en la recepción. Por inspiración o por contacto telepático (no lo supe entonces) le saludé efusivamente por su nombre:

—¡Hola, Lonza!

Mc miró desconcertado. Nunca me había visto. Después me sonrió ampliamente, como si se tratara de una broma mía.

Partimos por el boulevard Ventura, hacia el norte, hacia Encino. Me recliné cómodamente. Fumaba un cigarro sin sentirle el gusto.

Se me borraron los límites entre mi conciencia y la de Donovan. Hablé, pero era Donovan quien me hacía hablar. Caminaba y parecía ser yo mismo quien lo hacía. ¿Eso era verdad? Debía concentrarme para averiguar si era Donovan o yo quien movía mis manos. Pero pensaba con claridad. Siempre.

Entramos en Encino por una gran puerta de hierro. Me pareció conocida.

Cruzamos un gran parque lleno de lagunas artificiales y vacías pajareras. El jardín se veía abandonado, como si a la muerte de su dueño las flores no hubieran vuelto a florecer.

El coche se acercó a una espaciosa construcción de estilo español, de grandes patios y extensas galerías. La mayoría de las ventanas estaban cerradas o tenían bajas las persianas.

En el gran hall todos los muebles estaban cubiertos con telas que les protegían del polvo. Una sola lámpara brillaba en un nicho. La casa se veía tan desierta como los jardines.

El chofer me llevó a la biblioteca. Allí ardía un gran fuego que formaba sombras oscilantes sobre todas las paredes. Me esperaban Howard Donovan y su hermana. Además, cosa que me sorprendió, les acompañaba Fuller, el abogado.

—Hola, Cory —dijo Howard.

Se acercó precipitadamente y me apretó la mano con fuerza. Pero se detuvo mirándome interrogativamente. Me miraba la mano.

—Lo siento —le respondí y arrojé el cigarro al fuego—. Me olvidé. Debí tirarlo afuera.

—¿Es un Upman, verdad? —me dijo Howard—. Mi padre solía fumar los mismos. ¡Me imagino que el olor debe hacerle arder la nariz!

Me tomó del brazo, amistosamente.

Fuller apenas me saludó, se retiró al fondo de la habitación y se dedicó a mirar libros.

La señora Chloe Barton me saludó sin darme la mano.

Howard se fue al bar.

—¿Quiere un trago, doctor?

—Gracias, no bebo —le contesté.

—Sólo cuando no le ven —me dijo sonriendo de modo cortante y pensando, sin duda, en su padre.

Hablaba tal como lo haría un fiscal de distrito que quiere que el acusado se sienta cómodo antes de empezar el interrogatorio.

Chloe se instaló aparte, observándome. Se le notaba entretenida, pero en tensión, como neurótica. Se mantenía extrañamente tiesa. Me preocupaba la expresión de sus ojos negros. Me miraba intensamente, como bebiendo cada palabra que yo decía. Me irritaba esa intensidad.

Daba la impresión de estar a punto de un ataque de histeria.

Me sorprendieron los cambios de su rostro. Parecía carecer ya de carne. La piel iba directamente sobre los huesos. Me sonreía continuamente, pero esas sonrisas tenían más de muecas.

Cambiamos unas cuantas impresiones, cosa que no disminuyó la tensión del ambiente.

—¿Quiere un whisky, Fuller? —gritó Howard a través de la habitación.

Esa pregunta parecía estar destinada a ocultar sus pensamientos.

—Gracias, aún no termino éste —murmuró Fuller y continuó hojeando libros.

Howard se me sentó al lado y me golpeó jovialmente en las rodillas.

—¿Qué tal ese hombrecillo, Sternli? —me preguntó.

Era el primer disparo del ataque. Fuller cerró el libro de un golpe y se acercó a nosotros. Chloe se llevó las manos a las mejillas de modo muy poco natural. Tenía las manos excesivamente finas. Los huesos se transparentaban claramente bajo la piel.

—¿Sternli? Está muy bien —dije con total indiferencia.

—Es un buen hombre y tiene una memoria admirable. ¡Le habría dado trabajo si no estuviera casi ciego! —se apresuró a explicarme Howard.

—He hecho que un oftalmólogo le revise los ojos.

No quería ofender al dueño de casa, pero mi respuesta tuvo ese efecto y Howard enrojeció. No esperaba que le retaran.

Me daba la impresión de que el cerebro se estaba divirtiendo con ésta escena mientras yo la contemplaba distanciado y sin emocionarme. Sabía *todas* las preguntas y respuestas por anticipado, como si escuchara un relato muy conocido donde cada complicación resulta más entretenida porque ya se conoce de antemano.

Howard continuó hablando, pero era muy claro lo que pretendía.

—Así que mi padre le habló de Sternli antes de morir —dijo.

Fuller, junto a la ventana, manifestó impaciencia. Le molestaba la manera obvia que tenía Howard de abordar los temas.

—Oh, no. Ya le dije que no me habló nada. Supe de Sternli leyendo las revistas.

Encendí otro cigarro y miré de reojo a Fuller. Mi respuesta contradecía lo que le dije a él (que Donovan me pidió que le visitara), pero el abogado no hizo el menor gesto para contradecirme.

Howard se puso impaciente. No estaba acostumbrado a avanzar tan lentamente. Se le contorsionó el rostro al decirme:

—Deje de fingir, Cory. ¿No se cansará de una vez?

Se levantó y caminó irritado. El olor del habano aumentaba su desagrado.

—Por favor sea más preciso —le animé.

Fuller intervino entonces. Se me acercó.

—El señor Donovan ha estado haciendo averiguaciones sobre usted, Cory. Podemos dejar los disimulos.

—No me cabe duda de que ha enviado detectives detrás de mí. ¡Es parte de la tradición familiar! —les respondí sonriendo.

—Soy viejo amigo de la familia —habló Fuller, en guardia—. Cuando usted me dijo que el señor Donovan le había enviado a mí, era mi deber informar a Howard y a su hermana, pues

usted se estaba contradiciendo. Howard me informó antes que su padre no dejó testamento ni habló con nadie antes de morir.

Ya estaba seguro de mis cincuenta mil dólares. Seguramente pensaba conseguir otros tantos hablando con Howard. Era como Yocum, siempre a la pesca de más dinero. Pero Yocum estaba tocado por su conciencia y Fuller carecía por completo de tales complicaciones. —Usted, como abogado, está obligado a guardar secreto sobre los asuntos que se le confían y yo soy uno de sus clientes —le advertí—.

—Conozco muy bien mis deberes, doctor Cory —me contestó Fuller en tono levemente firme y más bajo.

—¿Entonces por qué los ha olvidado? —le pregunté.

—¿Por qué gasta tanto dinero en ese asesino? —me acusó Howard en tono teatral.

—¿En qué asesino?

—¡En ese Cyril Hinds, o como se llame!

La cara de Howard estaba más seria que la de un juez.

—¿No sabe por qué? —le pregunté sorprendido.

—No... pero sé que está usando el dinero de mi padre.

Me señaló acusadoramente con su grueso dedo índice. Me reí. Howard se quedó sin habla. Miró a Fuller en busca de ayuda.

—Por favor, déjeme hablar un minuto —pidió el abogado con suma prudencia—. Usted tiene treinta y ocho años, doctor Cory. Estudió medicina en Harvard. A los veintinueve años se casó con una muchacha de posición relativamente acomodada. Practicó algunos años en Los Angeles, pero nunca ganó mucho dinero. Después se retiró a Washington Junction a vivir de lo que había ahorrado y después del dinero de su mujer.

—Exacto —le afirmé—. Esa es la historia de mi vida.

Fuller continuó pacientemente:

—De súbito, parece poseer fondos ilimitados... Deja sus experimentos y se traslada a Los Angeles, se interesa en gente que nunca antes ha visto, como Hinds y Sternli...

Reunía los hechos en tono cortante, como si se tratara de los elementos de un crimen.

Le interrumpí.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con usted o con el señor Howard Donovan?

Howard no pudo quedarse callado.

—¿Recuerda lo que hablamos en Phoenix? ¡Me negó que hubiera hablado con mi padre y me negó que supiera dónde tenía escondido el dinero!

Le miré con fijeza y en silencio, fríamente. Perdió el control y se puso lívido. Gritó:

—¡Es mi dinero y me lo está robando!

—Es una acusación muy peculiar y tendría que probarla —le reté.

Me divertía la escena, aunque al fondo de la conciencia me comenzaba a inquietar.

—¿Dónde consiguió el dinero que está tirando por todas partes?

Me levanté y me acerqué al escritorio. Sentí con claridad la opresión en los riñones al sentarme.

—¡Quizás el señor Fuller pueda inventar alguna razón por la que me vea obligado a contestarle!

La voz de Fuller sonó suave, nada agresiva.

—Podemos arreglar amigablemente todo esto, doctor Cory. El señor Donovan está dispuesto a darle el diez por ciento de todo el dinero que su padre dejara en testamento. Además, no le molestaría a propósito del dinero que usted ha estado gastando hasta la fecha.

—¿A propósito de ninguna suma? —le pregunté— mirándole recto a los ojos.

Se dio cuenta de que me refería a los cincuenta mil dólares que le había dado, pero ni siquiera pestañeó.

—Por supuesto —me respondió amigablemente.

—De acuerdo. ¿Quiere poner esto por escrito? —continué. Percibí la expresión angustiada de Howard. Y la sonrisa sibilina de Fuller. El rostro de Chloe brillaba blanco en la semioscuridad, como una mascarilla mortuoria.

—Firme esto en primer lugar.

Fuller sacó un papel del bolsillo y me lo puso enfrente.

Era una declaración en que yo afirmaba haber utilizado dinero de Donovan. No me molesté en leerlo.

Tomé la pluma con la mano izquierda y escribí:

"Dinero recibido a cuenta de la colección de sellos. W. H. Donovan.

Estampé la rúbrica oval en torno al nombre.

Howard se acercó para tomar el papel. Miró la frase y la letra. Los ojos se le salieron casi de las órbitas. Quedó mudo. Movía los labios sin poder articular palabra. Se le doblaron los dedos y dejó caer el papel al suelo.

Fuller le miró más de cerca.

—¿De qué se trata? —preguntó alarmado.

Se inclinó para recogerlo. Pero Chloe se levantó de su asiento, pisó el papel con el pie y lo recogió primero.

De súbito, se aferró la garganta con las manos y estalló en carcajadas histéricas. Se le retorció el rostro y manchas de color le aparecieron por las mejillas. Reía incapaz de respirar hasta que el rostro, los labios y las orejas se le pusieron cianóticos. Se le dilataron totalmente las pupilas y dejaron de reaccionar con la luz.

Me precipité de inmediato sobre ella, le sostuve el brazo derecho con la mano y la golpeé con fuerza cerca de la clavícula izquierda. Noté que los ojos le volvían a la normalidad, volví a golpearla dos veces en la cara, fuertemente, y la levanté.

Cesó de reír. Pudo respirar de nuevo. Cayó en mis brazos, como esperaba. La llevé rápidamente a un diván y la dejé allí tendida.

Howard me miraba petrificado.

Chloe empezó a llorar descontroladamente. El cuerpo se le estremecía convulsivamente.

—¡Consiga rápido un sedante! —le ordené a Howard, que recuperó el control bajo mis palabras.

—Debe haber alguno en la habitación de Chloe —murmuró.

Ya no estaba agresivo. Corrió hacia la puerta.

Me volví a la paciente. Seguía gimiendo.

Me quedé hasta que Chloe Barton se quedó dormida. Después le dije a Howard que no la moviera y que llamara a su médico cuando despertara. Me escuchó mirándome como a un fantasma. Y no estaba lejos de la verdad.

Fuller me llevó a casa en su coche. No dijo nada en el camino. Sólo que vería a Cyril Hinds para darle algunas instrucciones. Pero no mencionó su traición.

Apenas llegué a mi habitación llamé a Schratt por teléfono. Estaba agotado, tenía los nervios destrozados. No quería dejarme vencer por la tensión. Incluso volvía a repetírseme sin descanso, como si alguien me la gritara al oído, esa frase infernal: "Entre la niebla..."

Le ordené a Schratt que dejara de alimentar al cerebro. Se opuso.

—Curioso que la idea venga de ti, Patrick —me dijo—. ¡Una vez me trataste de estrangular por querer mezclarme en el asunto y ahora me pides que termine con el experimento!

—¡No tengo miedo! —le respondí—. Quiero continuar, pero necesito descansar unos días. ¡También soy humano!

—¿Estás seguro? —me preguntó. Su voz baja me dio rabia.

—¡Deja de alimentar a ese cerebro! —le grité en el fono. Después de pensarlo un instante, Schratt me contestó fríamente:

—No. ¡No pienso interferir en este experimento!

Me molestó su obstinación. Parecía irracional.

—¡Te ordeno que dejes de alimentar al cerebro en las próximas veinticuatro horas! —le dije y pronuncié lentamente cada palabra para dar más peso a mi orden.

—No puedo aceptar esa orden, Patrick. ¡Debemos continuar!

Le grité algo en respuesta, y me dijo:

—Janice regresa a Los Angeles. ¡Quizá la necesites ahora! Colgó.

Me senté, exhausto. ¿Qué le sucedía? ¿Cómo se atrevía a desobedecerme.

¡Tengo que partir a Washington Junction de inmediato! Pero no me moví. Estaba

paralizado. Me quedé tendido en la cama varias horas. Se me mezclaron los pensamientos. Se me convirtieron en una masa incoherente. Me quedé dormido.

## 18 DE DICIEMBRE

Sonó el teléfono a las ocho de la mañana. Me desperté.

Me sentía bien, en pleno control de mí mismo. Schratt tenía razón al negarse a obedecerme. ¡No podía perder el control! Ahora le agradecía su tozudez.

Howard Donovan me llamaba. Chloe, decía, no quería que su propio doctor la atendiera. Me pedía a mí. ¿Podría ir de inmediato? Temía que le diera otro ataque si yo contestaba negativamente.

—Me he tomado la libertad —me explicó—, de enviar mi coche a recogerle.

Le prometí ir.

Me llamó Pulse. También quería verme urgentemente.

Le dije que estaría en el hotel a la hora de comer.

Llegó el coche de Howard Donovan y me llevó a Encino.

Howard me estaba esperando fuera de la casa. Estaba pálido y desencajado, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Me murmuró unas palabras que no entendí al saludarme. Me llevó arriba, a la habitación de Chloe. Se mantuvo a distancia, como si temiera acercárseme.

No entró al dormitorio de Chloe.

Las cortinas estaban a mitad de las ventanas y la luz del sol caía en ángulo recto sobre las colchas de seda del amplio lecho de estilo español. El rostro de Chloe descansaba sobre una almohada de seda amarilla. Me miró tranquilamente, como si ya no le quedaran emociones.

Le habían servido el desayuno en una mesita junto a la cama. La plata brillaba y tenía un jarrón con flores. Pero los alimentos estaban intactos.

—Hola —me saludó.

Temblaba un poco al hablar.

—¿Se siente bien? —le pregunté y acerqué una silla a la cama.

Los ojos de Chloe, grandes y negros, oscurecían el resto de su rostro. Sacó la fina mano por debajo de las sábanas y me tocó las mías con gesto vergonzoso. Tenía los dedos helados y el pulso seguramente por debajo de las sesenta pulsaciones. Necesitaba inyecciones de cafeína.

—¿Quién es usted? —me preguntó tranquilamente.

—El doctor Patrick Cory —le respondí.

Continuaba mirándome.

—La noche pasada —susurró—, usted me asustó. Habló tal como mi padre. Cojeaba del pie izquierdo. Escribió su nombre tal como él. ¡Y dijo cosas que sólo el y yo conocemos!!

Sonrió. Ocultó su inquietud bajo la galantería que sólo la buena educación es capaz de producir.

—¿Cómo supo sobre la colección de sellos? ¡Mi padre no se lo pudo haber contado! —dijo.

—Debo haberlo leído en algún periódico o en alguna revista —le contesté, pero me negó con la cabeza.

—No.

Se puso a pensar. Después empezó a hablar consigo misma. Se había olvidado de mí.

—Sé que mi padre no ha muerto. Sabía que volvería a aparecer, igual que antes o bajo otra apariencia. ¡Le estaba esperando!

Volvió bruscamente la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos.

—Estoy segura de que dijo la verdad cuando le preguntamos si mi padre le había dicho algo. ¡Pero ahora está actuando por medio de usted!

Tenía una explicación para el fenómeno. Suponía que yo la iba a aceptar y comprender.

—¿Quería mucho a su padre? —le pregunté.

—Le odiaba —me contestó—. Y creía que la justicia ya no existía en el mundo. Dios mismo me parecía injusto.

Estaba exaltada. Otra vez se le dilataban peligrosamente las pupilas. El mundo exterior no dejaba ninguna imagen en su retina. Escuchaba una voz que sólo ella podía oír.

—¡Usted dio orden a Fuller para que defendiera a Cyril Hinds sin saber por qué! —me dijo con voz triunfal.

Repentinamente empezó a reír locamente. Temí otro ataque. Pero no aconteció.

—¡Mi padre quiere salvar a Cyril Hinds de la horca, para quitar una vida a la muerte en reemplazo de la que antaño entregó a la muerte! Tal como se cambia una lata de conservas por otra o tal como se devuelven diez dólares que se pidieron en préstamo. Cuando tenía siete años me dio una lección sobre la vida, una lección en la cual se resume su filosofía: La lucha por el dinero es la lucha por la vida. El hombre rico vive tan amarrado como muchos otros más pobres, pero su vida equivale a la de todos éstos juntos. Con la ayuda de ayudantes pagados, de esclavos, sirvientes, secretarios y sicofantes, hace en poco tiempo lo que un pobre puede tardar años en hacer. La vida de un rico es cien años más larga que la de un pobre. Con el dinero se vive por encima de los demás. El dinero es la vida misma.

Ya sabía por qué me habla llamado con tanta urgencia. Las cosas raras que hice la noche pasada la convencieron de que el destino me había enviado.

Durante toda la vida sufrió el dominio de su padre y sólo esperaba verle en decadencia. Pero su muerte repentina la privó de todo eso. No quería aceptar que ya no estaba en la vida. ¡Quería que regresara! ¡Ignoraba por completo la existencia artificial del cerebro, pero intuía que así debía ser!

Moví la mano derecha, me mordí los labios y sentí el dolor. Era yo el que estaba sentado allí, no Warren Horace Donovan.

—Mi padre se llamaba en realidad Dvorak. Se vino de un pequeño pueblo de Bohemia, en 1895. Se cambió el nombre por el de Donovan, vivía en San Juan y trabajaba en un mercado. Mi madre, Katherine, era la hija del dueño, y el mejor amigo de mi padre, era Roger Hinds, el jefe de la estación.

Chloe seguía tocándome la mano, como si necesitara ese contacto. De súbito me miró y me dijo con voz mucho más clara:

—Nunca he hablado de Roger Hinds con nadie desde que mi madre me habló de él. Ni siquiera Howard sabe de esto. He guardado el secreto porque quiero a mi madre. ¡Fue lo único que he amado en toda mi vida! ¡Sólo yo y Roger Hinds la hemos amado!

Hablaba absolutamente convencida.

La interrumpí. No quería que se perdiera en reminiscencias que se le habían transformado en peligrosas obsesiones.

—En la estación se produjo un enredo con unas navajas de bolsillo. Su padre las compró, las vendió a los granjeros y así empezó su negocio. He leído sobre ese asunto.

—Pero lo que no han dicho los periódicos es que empezó su negocio con dinero que pidió prestado a Roger Hinds, el hombre que mi madre amaba.

Hablaba con tremenda indignación, como si Rogers Hinds hubiera sido su amante y no el de su madre.

—Roger admiraba a mi padre y mi padre sabía la influencia que tenía sobre Roger. Un día, para arruinarle, le pidió una suma de dinero que le constaba que el otro no poseía.

—Mil ochocientos treinta y tres dólares con dieciocho centavos —le dije en tono indiferente.

Chloe asintió impaciente, sin manifestar ninguna curiosidad sobre el origen de mis conocimientos.

—Puede que fuera esa suma... Roger la tomó de la caja porque mi padre le prometió devolvérsela al día siguiente. Confiaba tanto en mi padre que no se le ocurrió sospechar lo más mínimo. ¡Y mi padre no le devolvió el dinero para así arruinarle!

Le temblaba la voz como si eso hubiera ocurrido el día anterior y no cuarenta años antes.

Toda las fuerzas para vivir las sacaba de su deseo de vengar a su madre y, desde la muerte de su padre, se había quedado sin nada por lo que vivir. No podía ni quería creer en su muerte.

Esperaba un milagro, estaba dispuesta para creer y refugiarse en cualquier mundo lejano del real. El suicidio requiere voluntad y decisión. Este modo de sumergirse en lo irreal producía efectos bastante semejantes y con más facilidad y agrado.

Debía ser cuidadoso para evitar que se excitara demasiado con la historia que me contaba con tanta convicción.

—¿Está segura de que lo hizo a propósito? —le pregunté.

—¡Completamente! —dijo Chloe enfáticamente.

En su mente no había sitio para ninguna clase de duda.

—Mi padre quería casarse y topaba con Roger. Esto era un golpe serio para su egoísmo. Quienquiera se cruzara en su camino debía ser destruido. Estimaba a Roger tanto como puede estimar un hombre a un amigo. Realmente le quería mucho. Pero, para su desgracia, Roger perseguía lo mismo que él. Y Donovan se sintió traicionado.

Según la versión de Chloe, Donovan ocultó deliberadamente el dinero hasta que un inspector descubrió su ausencia. Hinds, perdió su trabajo. Entonces Donovan le devolvió el dinero. Obligó a Roger a que le firmara un recibo en que se declaraba que él, Donovan, había salvado a su amigo de la prisión.

Hinds apenas se recobró de la impresión, compró un arma y disparó al rostro de Donovan. Este quedó con una cicatriz para siempre. Después, desesperado, Hinds, se ahorcó. No dijo nada a Katherine. Estaba avergonzado de la traición de su amigo.

Pocos meses más tarde, Katherine, conmovida por el constante asedio de Donovan, se casó con él. Se fueron de inmediato a vivir a Los Angeles.

Algún tiempo después supo la verdad. Donovan se la dijo deliberadamente cuando se dio cuenta que ella continuaba enamorada de Roger.

Desde este instante la amarró por el terror. La forzó a tener hijos. No le permitía abandonarle. La consideraba igual que cualquiera de sus posesiones. No podía soportar la pérdida de cualquier cosa que una vez le hubiera pertenecido.

La mujer, destrozada interiormente, vivió una vida sombría. Su único confidente era su hija. Alimentó en ella un odio tremendo hacia su padre.

Muchos de los hijos de Katherine, concebidos con tristeza y contra su voluntad, nacieron muertos. Solamente Howard, el primero, y Chloe, la última sobrevivieron. A Howard nunca le permitió su padre hacer otra cosa que cumplir sus órdenes y por mucho tiempo vivió aplastado.

Donovan nunca dio a su hijo dinero para sus gastos. Tampoco a su esposa ni a Chloe. El dinero es libertad, independiza a la gente.

Howard nunca tuvo llave de la casa. Debía tocar el timbre como un vendedor ambulante. Los servidores espían sus salidas y llegadas. No se atrevían a encubrir al muchacho porque ellos también padecían espionaje de parte de un conjunto de detectives privados.

Donovan estaba en todas partes. Utilizaba los ojos y oídos de todo el mundo para informarse. Cada persona que trabajaba para Donovan debía renunciar a su personalidad.

Howard empezó a coleccionar sellos a los quince años. Para conseguir el dinero para comprarlos, robaba objetos de la casa de su padre, cosas pequeñas como cucharas, tenedores, piezas de plata, libros.

Donovan se molestó por el interés de su hijo por esos trozos de papel pintado (se trataba de un gesto de independencia), pero toleró el asunto porque Howard le explicó que aumentaba su colección mediante intercambios favorables.

Pero llegó un momento en que el interés de Howard fue demasiado para que Donovan pudiera contener por más tiempo sus celos y empezó, por tanto, a competir con su hijo. Se compró una colección carísima.

Howard poseía algunos ejemplares que Donovan no tenía en su álbum. Este por tanto y, sin pedir permiso, se apoderó de los sellos de que carecía.

A los diecisiete años, Howard tuvo el valor de fugarse. Para financiar la aventura, robó los más valiosos ejemplares de la colección de su padre. Dejó una carta en que explicaba sus razones y voló a Europa. Se matriculó en París en la Sorbona. Estudió de firme, obtuvo el título en ciencias económicas y volvió a los Estados Unidos en busca de trabajo.

Allí perdió una posición tras otra. No se daba cuenta que su padre presionaba a los posibles empresarios para que no lo emplearan.

Donovan quería que su hijo regresara a la casa y, como siempre, consiguió lo que quería.

Howard regresó un día a su casa, hundido, desesperado. Encontró a Donovan dispuesto a recibir con los brazos abiertos al hijo pródigo. El abrazo fue simbólico. Tenía otra vez a su hijo entre sus garras.

Desde entonces Howard trabajó para su padre. Sin salario y sin posición, por lo menos oficialmente. De cuando en cuando Donovan le daba dinero como quien da una limosna a un pariente pobre. Nunca perdonó a Howard su rasgo de independencia. No sabía cómo perdonar.

Pero el hijo había heredado algo de la astucia y de la obstinación del padre. Pretendía derrotar a su padre con la única arma que poseía: el tiempo. Esperaba que su padre envejeciera. Entonces llegaría su hora. Así esperó, en silencio y con paciencia. Cada día era más fuerte y su padre más viejo.

La madre murió cuando Chloe tenía catorce años. Para gran sorpresa de la muchacha, esa muerte afectó mucho a Donovan. La muerte se había introducido en su reino y arrebatado una de sus posesiones. Según Donovan, se le había hecho una gran injusticia.

Chloe le odió mucho más desde entonces. Era para ella el asesino de su madre. Chloe quería vengar ese asesinato y encontró un medio: ensuciar el nombre de su padre.

Ya a los catorce años se procuraba aventuras con los sirvientes y siempre trataba que su padre la sorprendiera. Donovan, furioso y herido, envió a la niña a colegios que eran verdaderas prisiones, pero ella siempre encontraba medios para escaparse.

A los dieciséis años se casó con un luchador, a los dieciocho con un boxeador y a los diecinueve con el chofer de su padre.

A esas alturas se le ocurrió la curiosa idea de hacerse lo más parecida posible a su madre. Disminuyó varios kilos de peso, se hizo remodelar la nariz y empezó a ser una reencarnación de Katherine. Quería conmovier a su padre con el parecido. No tuvo éxito.

Donovan notaba perfectamente las intenciones de sus hijos y, una vez que se hacía el cuadro exacto de ellas, pensaba los contraataques. Sus decisiones se apresuraron apenas supo el diagnóstico sobre su enfermedad incurable.

Quitaría todas las armas a sus hijos. En toda su vida sólo había hecho una cosa que le causaba remordimientos: traicionar a Roger Hinds. Aparte de eso, ¿qué otro motivo existía para que alguien le odiara? Lo primitivo de su mentalidad le impidió siempre notar ninguna de sus crueldades.

Donovan se consideraba un justo en medio de un mundo traidor. Para precaverse contra una posible jubilación, Donovan apartó dinero durante toda la vida. Utilizó el nombre de Hinds en una cuenta secreta, turbado, inconscientemente por sus sentimientos de culpa. Liquidó sus posesiones y declinó su autoridad en su hijo. Nadie le tomó nada, nadie se quedó con nada suyo.

El próximo paso era pagar las deudas a Roger Hinds, el hombre que había muerto hacía ya cuarenta años.

Buscó los parientes de Hinds. Encontró unos pocos. Tenía el proyecto de dotar a cada uno con una fortuna. Seguía creyendo que dinero y felicidad son sinónimos.

Supo que un Hinds estaba preso. Vio una gran oportunidad. Podía recobrar una vida en reemplazo de la que hizo perderse antaño.

Se estrelló cuando viajaba a Reno para visitar a Geraldine Hinds. Y se agotaron sus posibilidades de jugar a ser el destino.

Chloe continuaba hablándome y yo conectaba los elementos, establecía relaciones, agregaba las partes que faltaban en los sucesos que me iba contando. Muchos puntos oscuros se me aclararon. Descubrí que estaba conociendo a Donovan como si hubiera vivido su propia vida. Me dio miedo.

Había destruido todo lo que se oponía a su voluntad. Ahora que la muerte levantaba una barrera, la sobrepasaba con su voluntad. ¡Era más poderoso que la muerte!

Lo vi con claridad. Me di cuenta de todo lo que necesitaba para mi experimento. El resto

sería análisis en frío sin más investigación empírica.

¡Debía sepultar ese cerebro a tres metros bajo tierra y terminar con su monstruosa existencia!

—Quiero que Cyril Hinds muera! —estalló Chloe en tono confuso, violento—. No debe quedar en libertad. Oh, no. Mi padre no merece ese triunfo.

Le sonreí, le tomé las manos y rogué para que mi voluntad y mis pensamientos gozaran de libertad en esos instantes.

—Sólo acontecen las cosas que deseamos —le dije—. Y, a medida que nuestra experiencia crece, nos vamos haciendo capaces de escapar de nuestras más instintivas tendencias. ¡No rinda homenaje a ese hombre con el don gratuito de su odio! Usted le ha comprendido muy bien y ha sido muy sensata respecto a él. ¡Sea sensata ahora con usted misma!

Chloe se volvió y me miró como si fuera la primera vez que me viera. Sus ojos manifestaban un deseo olvidado mucho tiempo, un deseo perdido entre tanta lucha. Se había regocijado con sus sufrimientos. Su deseo olvidado, era encontrar el gozo en la alegría.

Estaba en la encrucijada en la cual una palabra adecuada la enviaría en la dirección correcta y una inadecuada en la errónea, hacia el caos mental.

Me incliné hacia ella y la miré cara a cara con toda la fuerza que pude. Le hablé:

—Prométame irse de aquí. A Río de Janeiro, a Buenos Aires. A cualquier sitio donde la gente hable otro lenguaje y no conozca a su padre. *Usted* es la que importa. ¡Solamente usted, nadie más que usted!

Mis palabras parecieron calmar su odio y sus deseos de venganza. Se le suavizó la expresión del rostro, la expresión que poco antes era una perfecta máscara desesperada. Perdió la dureza de los labios y la violencia hiriente de los ojos.

—Déjese enseñar por los sufrimientos de la vida —le aconsejé—. Y no odiará la vida, pero, la amaré comprendiendo.

Chloe sonrió, cerró los ojos. Se relajó.

Le tuve cogidas las manos hasta que se quedó dormida, hasta que empezó a respirar regular y tranquilamente.

Y después regresé al hotel.

—Le está esperando un caballero —me dijo el recepcionista.

Yocum estaba de pie, en una esquina del recibidor.

Avanzó hacia mí con una especie de sonrisa en la cara, y con un traje brillante y de grandes hombreras sobre el cuerpo, con zapatos nuevos de cuero reluciente y un carísimo sombrero de fieltro gris en la cabeza.

—Hola, doctor —me saludó y me alargó la mano jovialmente.

—¿Qué quiere? —le pregunté cortante.

La sonrisa se le transformó en una mueca deforme.

—Sólo demostrarle como voy marchando!

La voz se le había fortalecido, se alimentaba mejor, pero las hendiduras a ambos lados de su rostro señalaban, como inequívoco reloj, el próximo fin de sus días. No le calculé más de unos cuantos meses.

—Debiera estar en un sanatorio —le aconsejé.

Yocum se encogió de hombros bajo las hombreras.

—Bueno... ¡quizás sí! Pero antes quiero divertirme algo. Ya sabe, he pasado mucha hambre durante mucho tiempo. Quiero comer antes de volver a los regímenes.

Me estudió con afilados ojos, como si yo fuera un coche de segunda mano.

—Se le ve próspero —me dijo, satisfecho. La visita tenía una intención obvia.

Le llevé a un rincón y nos sentamos. Me inspiré repentinamente. ¡Podía serme de utilidad!

Yocum cruzó cuidadosamente las piernas para no arrugar el pantalón.

Y sacó del bolsillo una fotografía amarillenta, ennegrecida en parte por el humo. Era la de Donovan en la morgue

—La encontré entre las cenizas de mi casa —me habló Yocum afectando indiferencia.

Me la mostró y volvió a guardársela en la cartera.

—¿Qué quiere que haga? ¿Que se la compre?

—No sea desagradable, doctor —me contestó amenazante—. ¡Puedo vender esta fotografía a Howard Donovan!

Me levanté sin contestarle. El pobre hombre se espantó.

—Ojalá lo hiciera —respondí.

Había tal indiferencia en el tono de mi voz, que Yocum se espantó más aún.

—No le comprendo —balbuceó desconcertado—. Hace unos días estaba dispuesto a pagar por ellas una fortuna...

Volví a sentarme.

—Estoy cansándome de usted —le dije—. Actúa como un verdadero asno que ignora que se está estrangulando a sí mismo. ¡Váyase y cuénteselo a Donovan! Imagínese que van a Washington Junction y encuentran el cerebro. ¿Y qué? Usted es el único que iría a la cárcel por chantaje!

—Oh, no. Yo no —dijo Yocum temblando—. Usted me dio ese dinero voluntariamente.

—Dígaselo al juez a ver si le creen una palabra. A propósito —le miré fijamente para intimidarle y lo logré—, sería muy buena idea hacer que le arresten y recuperar así el dinero.

—¿El dinero? —tartamudeó—. ¡Eso no puede probarlo!

El rostro se le dividió en partes que sólo se mantenían unidas por líneas profundas y grises.

—¡Usted quemó mi casa!

Trataba de atacarme para dejarme a la defensiva.

—¿Puede probarlo? ¿A quién le creerán, a usted o a mí? ¿Ya ha estado en la cárcel, verdad?

Disparaba en la oscuridad. Pero di en el blanco, al parecer.

—¡Fotografías! —murmuré—. No se condena a nadie por pruebas de esa clase.

—Deberá explicar de dónde sacó el dinero para ese traje nuevo y para ese coche que se ha comprado. ¿Cómo lo explicará? ¡Los negativos y el cerebro de Washington Junction son la única prueba!

Terminé de hablar con lentitud y recio, para que mis palabras le quedaran bien grabadas.

Volvió a coger la fotografía tembloroso.

—De acuerdo, ha ganado —me dijo inexpresivamente y la destrozó—. Olvídelo, doctor.

—¡Oh, no! ¡Volverá a saber de mí!

Me marché rápidamente sin mirarle. Quedó desencajado. Miré atrás y ya se había ido.

## 15 DE MAYO

Hace cinco meses que no escribo este relato. Desde que Yocum salió del hotel Roosevelt, nunca he sido yo el que ha actuado. Mi voluntad se ha apagado como una lámpara.

Un hombre aparentemente muerto puede ver y oír, recibir impresiones en su cerebro, pero no puede moverse ni hablar. Yo le complemento.

Estar declarado muerto y seguir vivo debe ser una de las torturas más horribles. Pero por lo menos se tiene la paz de saber lo peor. ¡Yo no sabía nunca lo qué iba a hacer mi cuerpo separado de mi cerebro!

Gritaba pidiendo auxilio mientras mi boca decía lo que yo no quena decir y mis manos hacían lo que no quería hacer. Mi cerebro estaba atrapado.

No había manera de enviar algún mensaje ni de hacer una advertencia. No existía droga capaz de darme un respiro, no podía suicidarme ni tenía modo alguno de escapar.

El cerebro de Donovan habitaba como un vampiro dentro de mi cuerpo y nadie podía notar cambios importantes en mí.

La personalidad humana es, en parte, la suma de las experiencias. El cerebro, que sólo recordaba su antigua existencia, continuaba viviendo la misma vida que llevó antes. Esta mente vigorosa, tersa, que regulaba sus actos envuelta en un cerco de hierro hecho de odio y desprecio por la vida humana, continuaba (conmigo encarcelado) ejerciendo su vida.

Aprendí a temer la luz del día y las estrellas de la noche. Me sentía volverme loco dentro de la

celda hermética en que me encontraba sellado.

Traté de hacer un pacto con Dios. ¡Si Él me permitiera salir de mi prisión! Tenía tiempo para rezar y para meditar en mis fallos. Porque, incluso cuando parecía estar durmiendo, el terror me mantenía despierto.

Medimos el tiempo en minutos y horas, en días y años y el espacio en tres dimensiones.

Pero el cerebro de Donovan existía fuera de nuestros límites concretos. Aunque inseparable del espacio, tenía un concepto propio del tiempo. Parecía conocer el futuro con parecida claridad a la percepción nuestra del pasado. Se anticipaba a los acontecimientos y los enfrentaba con métodos que yo no podía comprender porque me faltaba esa cuarta dimensión. Nunca era consciente de los sucesos inminentes.

Me veo obligado a reconocer, ahora, según mi experiencia del cerebro de Donovan dentro de mi cuerpo, que aquél es el asiento de la personalidad y éste sólo su forma accidental.

Desde este momento, yo, Patrick Cory, espectador impotente, sólo puedo llamar por su nombre verdadero a esta monstruosa entidad: Warren Horace Donovan.

Así, pues, un minuto después que Yocum saliera del hotel, salió también Warren Horace Donovan y se fue a la calle Ivar a alquilar un coche. Alquiló un poderoso sedán.

El empleado le pidió la licencia de conducir y, por razones que no averigüé sino mucho más tarde, Donovan declaró haberla dejado en casa, pero de todas maneras quería efectuar el negocio y ofreció al contado todo el dinero que fuera menester.

Firmó los papeles como si fuera Herb Yocum, de Kirkwood Drive.

Donovan condujo el coche hasta una esquina cercana al hotel y tomó después un taxi para ir a ver a Fuller. Cojeaba y le dolían bastante los riñones.

Se miró en el espejo del taxi. Estaba pálido y levemente amarillo. Tenía todos los síntomas de una degeneración nefrítica en los riñones. A Donovan se le habían amputado las piernas. Por tanto, me transmitió la misma incómoda sensación a mi cuerpo.

Subió al despacho del abogado.

Después de hacerse esperar algunos minutos, Fuller entró con actitud marcadamente hostil hacia Donovan. Pero disimulaba bastante bien, acostumbrado como estaba a esta clase de asuntos.

Donovan le siguió a la biblioteca. Se sentaron.

Fuller empezó a hablar molesto:

—Me gustaría que me explicara su extraño comportamiento de la noche pasada en casa de Howard. No comprendo esa clase de humor.

—No le estoy pidiendo su opinión sobre ninguna de mis acciones, Fuller, —le contestó ácidamente Donovan—. ¡Le pago para que saque a Hinds de la cárcel, no para que me critique!

Fuller enrojeció, pero siguió hablando en tono de conferenciante:

—Bueno, no estoy seguro de si me haré cargo de este caso. No hay esperanza. Ese hombre es un asesino, sin duda. Mejor que se lo entregue a otro abogado.

Donovan gruñó, se levantó, abrió un mueble pequeño cerca de la puerta. Adentro había un interruptor conectado a un circuito eléctrico. Donovan lo rompió y volvió a la mesa.

Fuller le observaba con el rostro congestionado. Presentía una inteligencia más que natural detrás de la extraña conducta de Donovan, pero no podía definirla.

—¿Siempre cuidadoso, verdad?

La voz de Donovan estaba plagada de amenazas. Fuller le miró con miedo apenas encubierto.

—¿Cómo lo supo?

—No tiene importancia —le interrumpió Donovan—. No quiero que graben mis conversaciones. ¡No volverá a reírse de mí! Recuerde el caso de Ralston y Trueman. No es necesario que nos volvamos a pelear.

Utilizó parecidas expresiones a las de Fuller en casa de Donovan.

El abogado palideció como si fuera a desmayarse. Parecía estar poseído de un miedo irreprimible.

Donovan continuó, sarcástico, determinado:

—Pulse trató de chantajearme. Mejor que le obligue a bajar el precio. Dígame que quiero

hablarle. ¡Inmediatamente!

Fuller estaba atónito. No se atrevió a oponerse, cogió el teléfono y llamó a la secretaria. Habló un poco más de lo conveniente. Al colgar, parecía haber recobrado el control de sí mismo.

—El fiscal nos trae, parece, un testigo sorpresa —dijo y dio una rápida mirada a Donovan, inquisitivo—. Si lo lleva a declarar, la cosa se nos pondrá más difícil.

—Entonces no le deje llevar ese testigo —le dijo Donovan tranquilamente furioso.

Fuller se inclinó sobre la mesa cubierta con el cristal. Le corrían gotas de sudor por la frente.

—No se puede corromper a la justicia —exclamó en voz baja y desesperada—. Hay cosas que usted no puede hacer. ¡No puede!

—¡Pero *usted* sí que puede! —respondió Donovan con crueldad—. Quiero la libertad de Hinds.

Era un maniático con ideas fijas. Nada en el mundo habría desviado a Donovan de sus propósitos. Pero Fuller no lo sabía. Continuó luchando.

—¿Qué intereses tiene con ese hombre? No es pariente suyo. ¡Nunca le había visto!

—Eso no le concierne. ¡Concrétese a dejarle libre!

—Pero no podemos comprar ese testigo, —habló Fuller desesperado.

—Pagaré lo que sea necesario, —respondió Donovan.

—Es una niña de sólo trece años. ¡No puedo darle dinero para que diga una mentira! No lo comprendería.

El desaliento de Fuller era digno de lástima.

Se quedaron en silencio hasta que Fuller dijo en el colmo de la desesperación:

—Es una niña de San Francisco. Se escapó de casa para ir al cine. Se escondió por ahí porque no tenía dónde dormir. Estaba escondida a la entrada de un edificio, en frente del sitio donde Hinds atropelló a la vieja. Le vio hacerlo. Le vio detenerse y volver atrás. La vieja le reconoció y le gritó «¡Cyril!». Le pidió que llamara a un médico. Pero Hinds retrocedió más rápido y le aplastó la cara.

Fuller hablaba como si la prueba fuera contra Donovan.

—¿Y no fue después a la policía? —dijo Donovan.

—Tenía miedo de que la mandaran a su casa —respondió Fuller.

Hablaba suavemente, casi implorando.

—Vive en la calle Loma Y.W.C.A. —agregó,

—Entonces llévese a sus padres a otro sitio y trate de hablar con ella. O con ellos, mejor. ¿Puede hacerlo?

—Están aquí -dijo Fuller.

—¡Bien! Págueles lo que quieran con tal que se lleven a su hija fuera del Estado. Que no se la encuentre en un año. Así el fiscal se quedará sin testigo y nosotros podremos respirar. En cualquier caso, una chica que huye de su casa no es un testigo de fiar. Es histérica y capaz de imaginarse cosas inexistentes.

—¡Pero oyó que la vieja le decía Cyril! —insistió Fuller.

Donovan se levantó impaciente.

—¡Puede haberlo leído en los periódicos! ¿Debo decirle cómo puede introducir elementos de duda en todo esto? ¿Acaso soy yo el abogado defensor? Ya veo que me veré obligado a hacerme cargo personalmente de este asunto.

Se fue a la puerta. Fuller le siguió.

—Trate que la niña sea devuelta a sus padres. Es usted un idiota, Fuller. ¡Se está durmiendo!

Donovan se marchó.

Fuller no se atrevió a contestarle nada.

Yo, testigo mudo de toda la escena, quería gritar algo... Fuller tenía que oírme. Pero no tenía boca para hacerme oír. No era nada más que un cerebro en un recipiente.

Pulse, que venía a la sala de espera, tropezó con Donovan y le susurró, alerta:

—Hola, doctor Cory. Venía a verle al hotel y en ese momento me telefoneó Fuller.

Miró rápidamente al abogado por debajo de sus pobladas cejas y agregó:

—Acabo de ver a la familia de la muchacha ...

—De acuerdo, continúe en sus gestiones —le interrumpió Donovan y salió de la habitación—. Venga conmigo, Pulse.

El hombrón se volvió rápidamente, asombrado de la violencia de Donovan. Siempre esperaba que le trataran con la misma cortesía que él utilizaba para aceitar sus negocios. Pero corrió detrás de Donovan y le alcanzó en el ascensor.

—¿Vino en coche? —le preguntó Donovan.

Pulse asintió, reducido a una especie de sumisión que no conseguía explicarse.

—Lléveme al alojamiento del padre de esa niña —le ordenó Donovan apenas entraron en el auto.

Pulse instaló su corpachón detrás del volante.

—La situación es muy delicada —dijo como quejándose—. El hombre es un pastor.

—He oído que la Iglesia gusta del dinero —dijo Donovan—. Incluso a Cristo lo vendieron!

Pulse quedó mudo de impresión y clavó los ojos grandes y acuosos en Donovan.

—Ojalá no mezclara la religión en este asunto. No tentemos a Dios tal como nos abanicamos con la sabiduría.

La voz de Pulse creció y resonó al decir esto último.

—Escuchadle. Acaba de hablar con un pastor de la Iglesia —se burló Donovan—. ¡Lléveme a él y verá cómo le hago tragarse el dinero! Sería el primero que no lo aceptaría. La gente religiosa da un poco más para obras de caridad. Eso es todo. ¿Es religioso, verdad Pulse?

Pulse no respondió. Se le cayeron un poco las gafas y las volvió a afirmar con un gesto de desagrado.

—¡Las cosas que haría usted por un cigarro! —concluyó Donovan despectivamente.

Esto parece que recordó a Pulse el dinero que esperaba le pagaran, porque en seguida dijo tranquila y dócilmente:

—Ya tenemos cinco jueces de nuestra parte, doctor Cory. Ya estamos muy cerca del éxito.

—Pero no lo conseguiremos mientras exista esa niña —murmuró Donovan—. Hay que deshacerse de ella de inmediato.

Le miró sin expresión, con el pensamiento sumergido en el futuro.

—¡Camine rápido! —le gritó repentinamente Donovan—. ¡Rápido, hombre!

Pulse, impulsado a moverse, apretó el acelerador y el auto se precipitó a gran velocidad por el amplio boulevard Beverly.

—Los padres de la niña viven en los apartamentos Weatherby, en Van Ness —dijo Pulse.

Donovan parecía no escucharle. Seguía con la mirada fija e inmóvil en el asiento.

Dentro de mi prisión mental, empecé a sentir un temor sin nombre, un temor que crecía a medida que nos acercábamos a Van Ness. Noté que me estaba volviendo loco: cada vez disminuía más mi poca claridad mental.

La esperanza de que podría quebrar su dominio y de que volvería a recuperar el control de mi propio cuerpo, se me disolvió en la más completa desesperación.

¡Si Schratt matara al cerebro! ¡Si rompiera el recipiente en que flotaba! ¡Si cortara la corriente eléctrica que le mantenía vivo!

Schratt debía saber lo que me pasaba. El encefalograma debía mostrar extraños signos nuevos. Y él, como científico, tenía que poder interpretarlos.

¡Pero él también, igual que yo, debía estar fuera de acción, controlado por el cerebro!

—Aquí —dijo Pulse.

Señalaba una gran casa blanca.

—Pare el coche —le ordenó Donovan—, y quítese del volante.

Pulse alzó la vista, sorprendido, pero le obedeció. Dio la vuelta al coche y entró por el otro lado. Donovan tomó el volante.

—¿Qué esperamos, doctor Cory? —preguntó Pulse, preocupado.

No podía comprender la extraña conducta de Donovan que primero le hizo andar de

prisa y ahora le hacía esperar. Donovan no contestó.

Siguió mirando al frente. Debía tener una expresión siniestra. Y Pulse no podía menos que asustarse.

—¿Por qué no entramos a ver al padre de la niña? Puedo presentárselo a usted y quizá consiga convencerle.

No hubo respuesta. Pulse se movió, incómodo, en el asiento. La calle estaba desierta.

Apareció una pareja desde el apartamento. Una mujer mayor, vestida de negro y una niña pequeña de unos trece años.

Repentinamente, Donovan entró en acción, aceleró a fondo y el coche saltó adelante. Subió a la acera. Se precipitó exactamente contra las dos mujeres.

Pulse se quedó petrificado por un segundo. Gritó después desesperado. Cogió el volante con sus manos gordas y sacó al coche de la acera. El auto casi se volcó. Patinó varias veces, quedó en dirección contraria, pero, al fin, continuó hacia la avenida Melrose.

—¡Pare el coche! —gritó Pulse.

Estaba desencajado y, de súbito, tenía grandes ojeras. Donovan paró el motor.

—Casi las mató —dijo Pulse.

La impresión se le transformó, de súbito, en rabia terrible.

—¡Trató de asesinarlas! ¡Quería matar a esa niña! Se quedó sin aliento. Donovan bajó del coche.

—Debemos librarnos de ésa niña, —dijo lentamente, como un hombre en trance hipnótico.

Y se fue.

—¡Con mi coche no será! ¡Con mi coche, no! —le gritó Pulse, histérico.

Se quedó mirando a Donovan. Le caían lágrimas por las mejillas. Donovan siguió caminando. Cojeaba. Llamó un taxi y pidió que le llevara al hotel Roosevelt

Se hundió en el asiento. Respiraba con dificultades, miraba al frente y se apretaba la cintura, a la altura de los riñones, con las dos manos.

Llamó al taxista.

El conductor detuvo el coche.

Donovan bajó. Se fue a un almacén y compró un cuarto de ginebra. Se puso la botella en el bolsillo. Regresó al hotel.

Vi a Janice al entrar en el hotel. Donovan también la vio, pero pasó junto a ella sin dar la menor señal de reconocerla.

Janice se volvió bruscamente hacia él. Dio algunos pasos para acercarse, vaciló y se detuvo movida por una duda incomprensible. Me miró entrar en el ascensor, seguramente confundida al verme caminando tal como un viejo enfermo.

Donovan se fue a su habitación, se sentó en la cama y esperó.

Sabía que ella vendría.

Yo rezaba para que ella no viniera.

Ya casi no podía soportar la tensión. Quería gritar, llorar, gemir. Hice un último esfuerzo de cordura, reuní todas mis fuerzas y traté de concentrarme en ella para hacerme entender.

Janice golpeó a la puerta.

—Entre, —gritó Donovan.

Janice se quedó en el umbral de la puerta, tal como en el marco de un cuadro. Miraba a Donovan con sus ojos azules. Como no le indicara que pasara, sencillamente cerró la puerta detrás de ella.

Poseía esa indefinible capacidad intuitiva para comprender cuando se está frente a acontecimientos que rebasan la vida cotidiana. Seguramente se iba a dar cuenta de que no era yo, Patrick Cory, su marido, quien estaba sentado al frente, sino Warren Horace Donovan.

—Patrick —me dijo en voz baja.

Su voz estaba marcada con la inseguridad que sentía. Se le oscurecieron tanto los ojos que apenas se le veían las pupilas.

Se mantuvo inmóvil. Controlaba valientemente el miedo que tenía, y este dominio le daba un aire distante, intocable. Nunca caería en el pánico. Mientras más horrible fuera la verdad con más valor reaccionaría. Era mayor, más fuerte, que el peligro que se le venía

encima.

Utilizaba su valor como armadura y el aire de virginidad que poseía la hacía aún más inconquistable.

Miró a Donovan con extraña intensidad.

—¿Qué quiere? —le preguntó éste.

Me di cuenta de que, por primera vez, el cerebro tenía miedo. Temblaba, desafiado por algo intangible, pero más fuerte que él mismo. La oposición al mal.

Ella apenas podía adivinar los cambios que se estaban produciendo en mi cuerpo, pero no ignoraba la influencia que el cerebro ejercía sobre mí. Nadie que no lo hubiera experimentado se podría imaginar los poderes del cerebro, pero Janice no necesitaba que se lo explicaran. Era vidente.

Traté de hablarle, de nombrarla. Quise indicarle que allí, en el escritorio, estaba el relato de mis experiencias con Donovan. Como era la esposa de un doctor, pensaría en eso, lo encontraría. Tenía que encontrarlo, leerlo, comprender que era preciso destruir al monstruo que había creado en mi laboratorio.

Grité dentro de mi prisión y, como si me oyera, se estremeció. Pero sólo por un segundo. No estaba seguro de que hubiera comprendido.

—¿Qué quiere? —preguntó otra vez Donovan. Sonrió amablemente.

—Quedarme contigo. Me parece que necesitas ayuda.

—No me persiga —le contestó Donovan—. No quiero volver a verla por aquí. Váyase a casa con su madre. Váyase donde quiera. Pero déjeme solo.

Hablaba sin inflexiones de ninguna clase, como las personas enfermas. Se dio cuenta de esto y se acercó más.

—Estás sufriendo —me dijo.

Donovan se levantó de un salto y se acercó a ella.

—Váyase de aquí —le gritó—. ¡Fuera! ¿No entiende?

Se quedó frente a ella y Janice le miró a los ojos, inquisitivamente. Como si pudiera leer la verdad en ellos.

Le sostuvo la mirada por unos segundos. Después miró a otra parte.

—¡Váyase! —le dijo.

Cerró la puerta detrás de ella al partir.

Repentinamente, me tranquilicé.

Yo sabía que ella entendía. Confiaba en mi esposa. Durante los años en que vivió conmigo, se había acostumbrado a conocerme en detalle. Adivinaba mis pensamientos antes que yo mismo estuviera consciente de ellos. Se quedaba conmigo cuando quería estar con ella y se iba y me dejaba cuando quería estar solo. Era mi sombra pensante.

Todos esos años eran la preparación, ella lo sabía, para el día en que necesitara de toda su fortaleza para hacer frente a su gran momento. Había llegado. ¿Cómo me iba a defraudar?

Hay ciertos lazos entre las personas que, al cortarse, pueden provocarles la muerte. Es posible que las personas que están unidas de ese modo se amen o se odien, pero esa extraña identificación continúa y no se puede formular de modo preciso. Se trata de algo que está más allá del tiempo y del espacio.

A menudo estas personas ignoran el lazo que las une hasta que un gran desastre, una amenaza o una situación extremadamente peligrosa quiebra las barreras de su ignorancia. En esos momentos traspasamos el mundo habitual y utilizamos armas con que antes no contábamos.

Donovan volvió a sentarse en el lecho. Abrió la botella de ginebra que había escondido debajo de la cama. Se bebió el líquido a grandes tragos. Quería emborracharse para borrar los dolores imaginarios.

Se levantó y cerró con llave. Mientras lo hacía, continuaba bebiendo.

¡Si se emborrachaba lo suficiente, yo quedaría en libertad! Entonces podría llamar a Janice. ¡Podría llamar a cualquiera para que me ayudara!

Pero, de súbito, me di cuenta que era yo el que estaba borracho, no Donovan. Vivía en mi cuerpo, pero los nervios de mi estómago influían en mi cerebro, no en el suyo. ¡La bebida

me estaba afectando a mí!

Me sentí mareado y la habitación se empezó a mover.

Donovan continuaba vaciando la botella.

Rara vez probaba alcohol. No soporto esa vaguedad de la mente, esa pérdida de control sobre el cuerpo. Ahora me daba cuenta de que se me iba bloqueando la conciencia. En medio de la borrachera empecé a temer que Janice no hubiera notado nada, no hubiera comprendido.

Donovan vaciaba la botella a toda prisa, a la espera de los efectos del alcohol. Vagamente, me di cuenta de su sorpresa cuando notó que seguía sobrio.

Después, como quien se sumerge en un estanque, perdí la conciencia.

No sé cuanto tiempo permanecí durmiendo. Me despertó la terrible sensación de la muerte inminente.

¡Me senté en la cama con absoluto control de mi cuerpo!

Por primera vez en muchos días, pude moverme a voluntad. Tal como un hombre que, depositado en la "morgue", despertara, viera que los guardianes no están, y se sintiera libre. Donovan me había abandonado.

Saqué los pies de la cama, pero estaba demasiado borracho para caminar.

Traté de arrastrarme hasta la puerta. Tenía que llamar a Janice antes de que volviera Donovan. La inminencia del peligro me daba algunas fuerzas.

Pero estaba paralizado. El alcohol me privaba de todo movimiento. Traté de incorporarme, pero me fallaron pies y brazos y caí de bruces al suelo. Golpeé en la alfombra con la cabeza. Oía a desinfectante.

Quedé postrado en el suelo. Sólo recordaba que debía moverme. Pero ya no sabía por qué. Continuaba la sensación de peligro mortal. Pero continuaba, también, pegado al suelo.

Me cogió de nuevo. El cerebro de Donovan regresaba.

El teléfono sonó mucho después. Estaba en la cama. Era plena noche.

Donovan cogió el auricular y encendió la luz. Era Schratt.

—¿Patrick? —preguntó aterrorizado. Donovan no contestó y Schratt repitió la pregunta.

—Sí, —dijo finalmente Donovan. Parecía saber lo que Schratt iba a decirle.

—Entró un hombre al laboratorio, —gritó Schratt—. Trató de atacar al cerebro. ¡Sentí que pedía auxilio. Yo estaba en cama!

Schratt se detuvo. La excitación le dominaba.

—Si —repitió Donovan.

Era una afirmación. No una pregunta.

—Está muerto, —me informó Schratt en tono convulsivo—. Instantáneamente. Apenas tocó el recipiente. Cuando entré le encontré muerto.

—Sí —volvió a decir Donovan sin ninguna emoción.

—El cerebro le asesinó. Se le detuvo el corazón, igual que en una trombosis coronaria. Tenía la palidez que sigue a la cianosis y todos los aprehensivos síntomas angustiosos de la muerte inminente. ¿Pero cómo pudo ser? ¿Murió a causa de una orden de tipo hipnótico? ¡No es posible! ¡El cerebro puede matar! ¡Es demasiado horrible!

Le falló la voz. Quedé petrificado dentro de mi cárcel mental. ¡Nadie podría matarle si él podía matar a distancia!

Donovan no colgaba. Tampoco decía nada.

—¿Estás escuchando? —me preguntó Schratt, desesperado.

—Sí —dijo Donovan tranquilamente.

—¿Quién era el hombre? ¿Cómo sabía sobre el cerebro? ¿Cómo entró en la casa? Encontré su nombre. Llevaba un carnet de conducir... ¿Le conoces? Se llama...

—¡Yocum! —dijo Donovan impaciente por terminar la frase de Schratt—. Olvídate de él. Era un pequeño bastardo negociante. Pudo quedarse en su propia casa. ¡Me alegro que haya muerto!

—¿Qué estás diciendo? —gritó Schratt sin poder creer lo que oía.

—Envíale a la "morgue". Hay que hacerlo de todos modos.

Donovan colgó. Pero alcancé a escuchar los gritos de Schratt.

Donovan apagó la luz y se tendió a descansar.

Ya empezaba a amanecer. Se notaba en la luz de la ventana.

Comprendí entonces la razón por la cual el cerebro me había dejado unos minutos en libertad. Para matar a Yocum. Tenía que defenderse él mismo y necesitó de todo su poder para hacerlo.

Después del asesinato regresó hasta mi.

Yocum pretendía destruir las pruebas de su chantaje: el cerebro. Eso fue lo que traté que hiciera cuando le amenacé con arrestarle.

No sabía que el cerebro pudiera matar sin tener manos. ¡No quería matarle!

Otra vez sonó el teléfono. Era Schratt.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Donovan, molesto.

Schratt parecía haber perdido la cabeza.

—El encefalograma tiene extrañísimas reacciones, —dijo—. Sólo quería hacértelo saber. Funciona a saltos. La energía eléctrica mental parece experimentar toda suerte de explosiones.

—Estoy cansado. Voy a dormir —le interrumpió Donovan.

Y colgó.

Estaba tan asustado que no pude pensar en nada durante vanos minutos.

¡La potencia del cerebro no tiene límites!

"El poder del cerebro. es incalculable" me había advertido una vez Schratt.

Janice podía intentar alguna acción insensata. Tal como Yocum. Schratt lo evitaría. Estoy seguro de que se mantiene en contacto con ella.

Pero si no sucedía así, esto podía significar su muerte. El cerebro se libraría de ella tal como ha destruido todo lo que se cruza en su camino.

Era preciso advertir a Janice. ¿Cómo hacerlo?

Quizás el cerebro leía mis pensamientos, los pensamientos que acontecían en el mismo cerebro que le servía de habitáculo. Quizás estaba espiándome y divirtiéndose con mi impotencia. Le debía resultar sumamente placentero el poner a prueba sus poderes con toda crueldad.

Repentinamente se me ocurrió algo horrible. Quizás deseara hacerle el amor a Janice. Ella es hermosa. ¡Y Donovan es Patrick para ella!

Si tal cosa sucedía, yo sería mero espectador. ¡Traicionado por mi propio cuerpo!

¿Estaba loco?

Tenía que tranquilizarme, pensar claro, pensar claro, ¡pensar claro! Pensar en Janice. Ella no perdería la cabeza, nunca lo había hecho. Creía en mí y no podía defraudarla. Yo, Patrick Cory, no podía doblegarme mentalmente, dejarme dominar por el miedo. Nunca me lo perdonaría. Me despreciaría.

Sólo tenía que tener paciencia. Ya llegaría mi hora. Sólo tenía que esperar y recordar a Janice que no quería que perdiera el control.

En la mañana, Donovan me sorprendió. Volvió a citar la frase misteriosa "Entre la niebla...", como si en el sueño le perturbaran también esas palabras.

Desde la muerte de Yocum el aspecto de Donovan cambió bastante. Se le endureció el rostro, se le adelgazó la boca. Los ojos le brillaban de modo inhumano. La ontogenia, su experiencia particular, estaba remodelando mis rasgos.

Le observé con curiosidad. Reaccioné repentinamente sin temor, como si todavía fuera capaz de anotar en un papel los datos que fuera recogiendo mediante observaciones científicas.

Ya pasaba por menos instantes de terror o desesperación. Me alejaba del centro de la tormenta, pero aún faltaba el peor momento.

Tal como los hombres que una hora antes de su muerte suelen estar abiertos a la esperanza y carecen de aprensiones sobre su fin inminente, así yo observaba esa imagen mía que me miraba desde el espejo. Un rostro pálido, inmóvil, de pelo grisáceo y arrugas ya muy marcadas.

¡Era yo mismo, pero, al mismo tiempo, no era yo! Ese rostro había envejecido mucho en los últimos días. No era el rostro de un hombre de treinta y ocho años, sino el de un hombre angustiado por la vejez y la proximidad de la muerte.

Donovan hablaba consigo mismo en algún dialecto eslavo que no podía entender. Terminó de vestirse, salió, subió a su coche alquilado. Aún lo tenía aparcado en la esquina detrás del hotel, en el mismo sitio en que lo dejara el día en que lo alquiló.

Condujo hacia el boulevard Beverly y después hacia Van Ness. Se detuvo a unos treinta metros de los departamentos Weatherby, se cruzó de brazos y se quedó mirando silenciosamente al frente.

Esperaba que apareciera la niña. Pretendía matarla. Otra vez.

Donovan nunca habría actuado de ese modo si hubiera estado vivo dentro de su propio cuerpo. ¿Pero qué posibilidades tenía el cerebro? Si asesinaba a la niña, yo sería quien iría a la cárcel. ¡Y a la silla eléctrica! Yo moriría, no el cerebro.

Podría continuar su vida parásita en cualquier otro cuerpo, quizás en el de Schratt o en el de Sternli. O en una mujer o en un niño. O, si lo prefería, ¡en un perro! Su poliformismo no tenía límites.

No tengo idea de si el cerebro habría considerado estas posibilidades en su enferma imaginación. Se comportaba como si solamente le funcionara el tálamo con intervención del cortex.

La gente que ha sido operada y se le ha separado el tálamo del resto del cerebro, pierde el control. Se convierten en seres imprevisibles, peligrosos. El cerebro de Donovan actuaba precisamente de ese modo.

Donovan nunca fue muy sensible en asuntos éticos, pero siempre debió someterse a las costumbres sociales. Hasta cierto punto por lo menos. Pero ahora el cerebro ya no distinguía entre bien y mal.

Sólo tenía una sola idea. Aquélla con que había muerto: hacer bien a Roger Hinds. Perseguía su objetivo sin descanso. El asesinato era sólo un medio para cumplir su finalidad. ¡El cerebro se estaba volviendo loco!

Apareció un coche de la policía seguido de otro automóvil negro. Los dos autos se detuvieron frente a los apartamentos. Dos hombres bajaron y entraron en el edificio. Volvieron pronto con la hija y la madre. Los padres habían pedido protección policial, asustados por el extraño y fallido atentado contra la vida de su hija.

El coche de la policía bajó lentamente por la calle y se detuvo junto al de Donovan.

Donovan sacó lentamente un habano y lo encendió.

—¿Vive aquí? —preguntó suspicazmente el policía por la ventanilla.

—No.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el policía.

—Fumando un cigarro —le contestó jovialmente Donovan.

Uno de los policías bajó del coche. El conductor se mantuvo alerta el caso de una emergencia.

—¿No andaba ayer por aquí?

El policía inspeccionaba el coche.

—No —dijo Donovan, sonriente.

—Era un sedán, —dijo el conductor.

—¡Su licencia!

El policía instaló su pesada bota sobre el costado del coche. Donovan sacó su cartera del bolsillo y la abrió.

—Doctor Patrick Cory, Washington Junction, Arizona. —leyó en voz alta y se le alivió el rostro—. ¿Qué está haciendo por aquí, doctor?

—Bajando a la ciudad para ver a mi abogado. Pero se me hizo tarde y me detuve a fumar un cigarro. ¿Hay algo malo en eso? —preguntó Donovan con sequedad.

—No, nada. Pero le aconsejo que siga su camino —le ordenó cortésmente el policía.

Donovan apretó lentamente el acelerador, maldiciendo en esa lengua que no lograba comprender. Advirtió, por el espejo retrovisor, que el policía le tomaba el número de la matrícula.

Había fallado el plan.

Donovan se detuvo en el boulevard Sunset. Entró en un almacén y compró una cuerda, un gran cuchillo de cocina y un baúl. Metió todo en el coche.

Otra vez me atenazó el miedo. ¿Qué quería hacer con un cuchillo y una cuerda? ¿A quién quería esconder en ese baúl?

Detuvo el coche frente al hotel.

Sternli le esperaba sentado en el recibidor. Le brilló el rostro bondadoso apenas vio entrar a Donovan y se apresuró a saludarle muy sonriente.

—¿Doctor Cory!

Entonces se dio cuenta de los cambios que hablan acontecido sobre todo en su rostro.

—¿Está usted enfermo?

Se le notaba muy preocupado por mi aspecto.

Donovan le miró indignado.

—Por supuesto que no. ¡No! ¿Por qué piensa eso? Usted sí que se ve a mal traer.

Sternli le miró estúpidamente. Estaba tan confundido que se acercó excesivamente a Donovan para asegurarse que hablaba con el hombre que creía.

Donovan le habló con impaciencia.

—¿Ha visto a Geraldine Hinds? ¿Y al lampista de Seattle?

Sternli le contestó lentamente, presintiendo que algo iba muy mal. Se dio cuenta del parecido con su antiguo jefe, parecido que no se fundaba en una similitud de rasgos, pero sí en una conducta semejante. Más sus ojos le decían claramente que estaba hablando con el doctor Patrick Cory y no con Donovan.

—Traje un informe escrito. Los dos casos son sin complicaciones.

—Démelo.

Donovan alargó la mano.

Sternli se sorprendió de la prisa de Donovan. Abrió la cartera y sacó varias páginas mecanografiadas.

—Geraldine Hinds tiene una pensión en Reno. Está relativamente bien. Pero el lampista de Seattle es muy pobre. Bueno, con un poco de dinero se les puede hacer más felices.

—Concrétese a los hechos —le dijo Donovan rudamente.

Agarró los papeles y dejó solo al viejo.

—Mándeme una hoja con el detalle de sus gastos de viaje. Me gustaría saber lo que gastó —le dijo por encima del hombro mientras salía.

Sternli se lo quedó mirando. Estaba atónito. ¡Le parecía ver el fantasma de Donovan!

Donovan fue rápidamente a su habitación con los papeles en la mano. Abrió la puerta, se instaló en el escritorio y abrió el cajón.

Se quedó helado. Faltaba mi diario.

Permaneció sentado un momento, bajó la cabeza, atendió a un mensaje que sólo él podía escuchar.

Janice, sin ninguna duda, se había apoderado del diario, tal como yo deseaba.

Ya, conocía las circunstancias y los peligros. Tendría cuidado y no se exponería inútilmente. Rezaba porque estuviera ya fuera del alcance de Donovan.

De súbito, Donovan se estremeció como si le hubiera llegado un mensaje terrible. Se acercó al teléfono como un ciego. Se sentó en la cama con las manos en la frente y habló consigo mismo en esa lengua extraña.

Sonó el teléfono. Era Fuller.

—No. Ella no ha estado aquí, doctor Cory.

—Muy bien —respondió Donovan— de modo impersonal.

—Todo va bien —agregó Fuller a toda prisa para encubrir su mentira—. Tengo preparada una gran defensa para el caso Hinds. Le veré hoy. Mañana le daré las respuestas que necesita.

—Muy bien —dijo Donovan inexpresivamente.

—Y sobre esa niña —continuó Fuller con forzado optimismo—, he descubierto que no es peligrosa en absoluto. Ya está tan asustada que el jurado no se la tomará en serio. No tiene ninguna seguridad sobre lo que vio o lo que oyó.

—Muy bien —contestó Donovan.

Me daba cuenta de que no escuchaba nada en absoluto.

—¿Por qué no viene aquí y comemos juntos? Podemos discutir varios puntos que no

quiero mencionar por teléfono. Pulse estará aquí... —Fuller vaciló.

Pulse seguramente, le había informado del intento de asesinato. Fuller debía tener preparado algo. En caso contrario habría mencionado el incidente.

—Muy bien -dijo Donovan.

—Y venga con su señora. Me gustaría conocerla.

—Muy bien —dijo Donovan y colgó.

Se, quedó como una estatua. Empezó a temblar repentinamente. Se balanceaba adelante y atrás, sin cambiar de sitio. Abría las manos y las volvía a cerrar con fuerza apretándose las palmas de las manos.

Salió de su habitación, vacilante, bajó por el corredor y golpeó a la puerta de Janice.

—¿Quién es? —preguntó ella en voz alta. ¡No había huido para salvarse!

—Ábrame —le ordenó Donovan.

—La puerta no está con llave —le contestó.

Janice se sentó en la cama. Tenía el diario en las manos, Miró a Donovan con extraña tranquilidad, como si quisiera llegar hasta su cerebro, pero no hizo amago de esconder el libro.

—Hola.

Habló tranquilamente, sin cambiar de postura. Parecía ansiosa de que él viera el diario que había tomado sin su permiso.

Esperaba que hablarían de él, pero Donovan dijo solamente:

—Quiero que venga conmigo.

Accedió. No le quitaba los ojos, de encima. La pequeña sonrisa que le bailaba en los labios demostraba que no estaba tan tranquila como aparentaba.

Cerró ostentosamente el diario. Atravesó la habitación y lo guardó cuidadosamente con llave en un cajón de su escritorio. Tomó el bolso y dejó la llave dentro.

Volvió a esperar. Quizá Donovan le diría algo.

No me imaginaba lo que Janice estaba pensando. Debía saber que era fatal seguir a Donovan, tenía que saber también, después de haber leído mi relato que era el cerebro, no yo, el que dirigía mi cuerpo. Pero por alguna razón que no conseguía adivinar, se fue directamente a lo más peligroso.

—Vamos.

Tomó el sombrero y el bolso y salió al corredor por delante de Donovan.

¡Si sólo pudiera haberle dicho que se quedara! ¡Iba directo a morir! Janice confiaba locamente en su propia fortaleza. Nadie tenía fuerza suficiente para luchar con Donovan.

Al pasar junto a la recepción dejó la llave y dijo al empleado que regresaría pronto.

Donovan se fue hacia el coche y ella le acompañó.

—¿Dónde conseguiste este Buick? —preguntó como para ganar tiempo.

—Alquilado —murmuró Donovan. Entró. Donovan partió. Torció al norte en la avenida Highland.

—¿A dónde vamos? —preguntó Janice calmadamente.

—Tengo que hablar con usted —le respondió como si eso fuera bastante respuesta.

Torció hacia los cerros en Woodrow Wilson Drive. Llegó a una calle sin pavimentar. Detuvo el coche en un terreno llano donde muchos años antes un agente había pensado construir un gran hotel.

La ciudad se veía al fondo, repartida como una gran serpiente. El viento arrastraba los gases de la ciudad, el humo de las fábricas, de los tubos de escape, los autos y los motores zumbaban lejos. Su rumor se mezclaba con el de miles de voces.

El horizonte, de color azul pálido allá donde la tierra se reúne con el mar, subrayaba la silueta de los lejanos tanques de petróleo.

Donovan detuvo el motor, volvió la cabeza lentamente, contempló el baúl que llevaba en el asiento de atrás y volvió a mirar al frente como un autómatas.

Janice siguió el movimiento de su rostro y se dio cuenta que siempre supo el peligro que corría. Pero nunca había huido de nada y tampoco rehuyó este momento.

—¿Por qué quiere matarme —le preguntó tranquilamente, casi con curiosidad.

—No permito que nadie se atraviese en mi camino —murmuró Donovan sin mirarla a los ojos—. El mundo está en mi contra. Todos están en contra mía.

No había amargura en su voz, hablaba sin emoción, como si relatara simples acontecimientos.

—Nadie está en contra suya —le dijo Janice.

Le puso la mano en el hombro, firmemente, para obligarle a mirarla.

—Siempre ha mirado equivocadamente al mundo. Toda la vida ha creído que la gente estaba en contra suya. Y eso no es verdad ¡créame! Se trata sólo de una obsesión. Usted confunde causas y efectos.

Donovan escuchaba. Por primera vez le hablaban con tanta seguridad. Estaba asombrado e interesado. Esto era lo que quería Janice: atacar a Donovan con la verdad. Continuó hablándole al monstruo en la creencia de que podía intentar un acercamiento usando la lógica.

Me di cuenta del peligro, de la inutilidad de su amable sacrificio.

—Durante toda su vida usted ha atacado primero a la gente —siguió Janice—. Y cuando se le defendieron —algunas veces para salvar la vida— usted se asombraba. Se consideraba atacado sin razón. Quienquiera que se le oponía era un equivocado. Nunca comprendí que se deben controlar los deseos personales. La vida es un compromiso mutuo. Si usted hubiera aceptado esta ley tan sencilla, una ley que permite la existencia de las sociedades, no habría sido tan infeliz. Nadie ha querido hacerle daño.

Escuchaba el discurso, pero no comprendía nada. Carecía de emociones, igual que una aplanadora que abre caminos.

Janice vaciló un momento. Miró al vacío. Intentaba, con todo el poder de su amor y de su buena voluntad, transformar a ese demente.

—Si usted tratara de amar un poco, el amor volvería a formar parte de su vida. —dijo Janice.

Veía a su marido, a mí, Patrick, sentado a su lado. Sólo creía que la personalidad de Donovan se había mezclado con la mía. Ahora quería que Donovan desapareciera y que le contestara su marido. Creía firmemente que su voluntad y la mía, unidas, podían derrotar y quebrar el invisible lazo telepático que me impedía utilizar mis propios sentidos personalmente.

Se dio cuenta de que la estaba escuchando. De súbito, comprendió también que luchaba una batalla perdida de antemano y apeló, entonces, directamente a mí:

—¡Patrick! Te puedes liberar si tienes fe. ¡Ayúdame!

Debió leer su destino en los ojos de Donovan. Este volvió a murmurar algo sin que se le escuchara claramente. Estaba desesperado y lleno no de furia contra Janice.

—¿Por qué se me opone? Quiere hacerme infeliz, tal como todos los demás han querido. Todo el mundo está en contra mía. ¡Pero usted no me detendrá!

Levantó las manos. Por un momento, Janice tembló llena de miedo.

—No —le dijo.

Pareció disminuir de estatura. Pero no se movió.

Donovan extendió las manos, pero sólo la agarró del abrigo. Abrió la puerta y saltó del auto. Corrió.

No pidió auxilio.

Se detuvo y le esperó.

Donovan la siguió lentamente.

Parecía una niña con el pelo largo suelto y agitado por el viento lleno del polvo gris de la ciudad.

Debía parecer un lunático mientras se le acercaba. En la mano derecha llevaba el cuchillo y en la izquierda la cuerda.

Janice no retrocedió. Seguía mirándole con sus ojos azules, fijamente, como creyendo que así le mantendría a distancia.

Cuando alzó el cuchillo le golpeó en la muñeca con la palma de la mano. Era enfermera y estaba entrenada para defenderse de los locos.

Grité su nombre, pero no podía escucharme. Yo, que quería detener a la bestia, tendría que ser el único testigo del asesinato.

Le hizo tirar el cuchillo, pero él la golpeó en el rostro con la soga y, mientras vacilaba, la agarró por la garganta con la mano derecha. Janice no era rival para él.

Traté de rezar. "¡Ten fe!" me había dicho Janice.

Ya no podía pensar con claridad. Estaba en un infierno ardiente, mirando su rostro pálido y delicado mientras mi mano derecha la empujaba de espaldas a tierra. De súbito, recobré conciencia. Sentí los músculos de la espalda y sentí el dolor en la mano derecha donde Janice me había golpeado. Respiraba, me movía. ¡Igual que la marea que se retira de la playa, la personalidad de Donovan retrocedía y yo, Patrick Cory, recobraba mi propio cuerpo!

Le solté la garganta. No se desvaneció. La mantuve entre mis brazos. Contemplaba su pobre rostro pálido. Me miró con los ojos aún duros y desafiantes y poco a poco fui notando como se le desvanecía el miedo.

Debió reconocermme instantáneamente. Pronunció mi nombre y me abrazó.

La levanté y la besé. Tartamudeaba sin saber lo que decía. Sólo me daba cuenta de que estaba libre.

Nos dejamos caer al polvo del suelo, los dos agotados. Siguió abrazándome. Mantuvo la cabeza apoyada sobre mi corazón, como escuchándole.

No podíamos hablar.

Lentamente recobré los sentidos y la puse en pie.

—¡Rápido! —le dije, aterrizado—. Toma el coche y sácame de aquí. ¡No vaya a volver!

Me miró a los ojos. Impulsada por su clarividencia, me dijo sonriendo tranquila:

—No volverá jamás.

Volvimos a la carretera principal.

Dejamos pasar a los coches y nos detuvimos a recuperar fuerzas. No podíamos más.

En la oficina de telégrafos más próxima, puse un telegrama urgente a Washington Junction. Llamé por teléfono.

El aparato sonó largo tiempo, pero Schratt no respondió.

## 20 DE MAYO

Tengo al frente unas cuantas páginas manuscritas por Schratt. Janice me las trajo hoy. No quería dármelas antes. Cree que ahora puedo verlas.

Cuando miro afuera por la ventana —Janice ha puesto allí mi cama, junto a la ventana— veo las palmeras del jardín del hospital de Phoenix. Los convalecientes se pasean por los senderos del jardín. Algunos se sientan al sol, otros todavía están en sus sillas de ruedas.

Dentro de poco me dejarán salir también.

Me costará un poco leer el informe de Schratt. Su escritura es jeroglífica y ha escrito a gran velocidad. Algunas veces ha olvidado citar la fecha.

Janice se ofreció para transcribirlo, pero quería verlo directamente escrito por Schratt.

Escribió:

## 22 DE NOVIEMBRE

“La inutilidad de la psicología para precisar las reacciones mentales se debe a su pretensión de explicarlo todo en términos conscientes. Las acciones de Donovan no pueden juzgarse de ese modo. Su campo mental no es congruente con su campo consciente. Todos sus procesos mentales son una imperfecta y discontinua serie de sentimientos que apuntan todos a un objetivo único.

“Es demente, por lo menos si se le mide por los cánones normales, y se le debe tratar como un lunático incurable. El método de Patrick, pensado para el estudio de una mente racional, no vale en este caso y sólo puede llevar a un desastre.

“El límite entre la locura y el genio no es fácilmente definible, pero, en mi opinión, exactamente en el momento en que el cerebro de Donovan empezó a influir en Patrick, éste empezó a cruzar esa frontera. No se le puede considerar una persona normal. Un buen

científico debe tener conciencia de sus límites y no pasar más allá de ellos hacia lo que para él es inexplorable. Sumergido en su aparente genio, Patrick ya no puede apreciar los hechos con claridad.

"Las ideas son la realidad fundamental en los experimentos, pero su utilización debe ser medida.

"Después de observar y sopesar cuidadosamente esta peligrosa experiencia, puedo asegurar que nada valioso se ha agregado al cerebro de Donovan. Sólo se han fortalecido, hasta alcanzar proporciones monstruosas, todas sus malas ideas, sus instintos criminales y sus reflejos más indeseables.

"Durante muchos años he advertido el peligro latente en el tremendo afán de Patrick en pos de experimentos arriesgados. Ya se lo he advertido con excesiva frecuencia y sin resultado. Lo único que me cabe hacer ahora es interrumpir esta experiencia antes de que sea demasiado tarde.

"La inteligencia de Patrick es superior a la mía. No puedo combatirle con argumentos ni con razones. Para detenerle, debo decepcionarle.

"Me he decidido desde el instante en que Patrick intentó asesinarme obligado por una orden de esa masa de tejido nervioso que mantiene vivo dentro de un recipiente.

"Después no me resultó difícil convencerle de que quería ayudarlo honradamente. El mismo cerebro le convenció de que partiera.

"Patrick dejó Washington Junction el 21 de noviembre.

"Estoy a cargo del cerebro. En verdad, una ironía. ¡Cuidar a mi propio asesino! Pero, en este momento, el cerebro no puede influirme ni leer mis pensamientos. Pero continúa ganando potencia y quizá dentro de muy poco no podré decir lo mismo.

"Para evitar el abandono de mis intenciones respecto al cerebro, utilizo un truco muy sencillo. Recuerdo un trabalenguas que aprendí cuando niño. Mi madre me lo enseñó para que aprendiera a pronunciar bien. Repito esas palabras constantemente, cada vez que veo que la bombilla destella y el cerebro está despierto. "Entre la niebla..."

"No es posible que me entre a la mente ningún pensamiento mientras estoy repitiendo esta frasecilla.

"He conectado un timbre a la bombilla, un timbre que suena cada vez que la lámpara se enciende. Así evito seguir escribiendo mientras el cerebro está despierto.

"La repetición estereotipada le perturba. El encefalograma muestra claramente curvas delta. Esto demuestra que el cerebro lee mis pensamientos. Mis precauciones han sido oportunas y adecuadas.

"Janice me telefoneó desde Los Angeles. Patrick ha hablado con ella. Me habló sobre su conversación y me pidió consejo. No le puedo dar instrucciones. No puedo arriesgarme a que otra mente conozca mis proyectos. Janice nunca ha gozado de la confianza de Patrick y ahora es probable que crea que yo también la abandono. Esto me da pena.

"Esta noche me telefoneó Patrick. Quiere volver a casa. Le convencí de que se quedara allá. Mi misión fracasaría si regresa.

"Debo proceder cuidadosamente para destruir al cerebro. Tengo serias dificultades pues desconozco los reales poderes del cerebro.

"Teóricamente la cuestión no es tan difícil. Sólo tendría que dejar de alimentarle, cortar la corriente eléctrica o romper el recipiente. Podría envenenarle: bastaría un grano de cianuro potásico para causarle la muerte. Pero se dará cuenta de mis propósitos y me matará primero. No sé cómo, pero si tiene ese poder, mi plan fracasaría.

"No puedo correr ese riesgo. Debo esperar, emplear el método más eficaz. Entretanto debo mantenerme como fiel servidor del cerebro. Debo alimentarle, tomarle la temperatura, leer el encefalograma.

"Su aspecto es horripilante. Es una masa grisácea, sin forma, que está creciendo hasta tocar los bordes del recipiente. ¡No me sorprendería que le crecieran ojos, oídos y boca! ¡Es monstruoso!

5 DE DICIEMBRE

"Janice llegó hoy sin hacerse anunciar.

"Estaba muy nerviosa. Me senté frente a ella, en su dormitorio, para escuchar lo que tuviera que contarme sobre la extraña conducta de Patrick. Sabía por anticipado todas las respuestas. Temí que el cerebro averiguara mis pensamientos. Hablé en voz baja y brevemente a Janice y le pedí que se olvidara de Patrick un momento. ¿Por qué no regresaba donde su madre?

"Pero ella pensaba regresar a Los Ángeles. Sabía que Patrick la necesitaría pronto. Incluso llegó a convencerme de que eso era lo más indicado, pero me guardé de decírselo.

"Estaba desconcertada. ¡Creía que me estaba poniendo de parte de Patrick y en contra suya! ¡Creía que la había abandonado!

"¿Abandonar a Janice? Era ciega o tendría que darse cuenta de la injusticia de sus palabras.

"Me preguntó muchas cosas y tuve que mentirle. No podía permitirle que sospechara la verdad. Me dejó muy pronto.

"Me quedé triste ese día, pero me consolé pensando que comprendería pronto.

### 13 DE DICIEMBRE

"La situación se ha invertido. Patrick me ha telefoneado para que deje de alimentar al cerebro. ¡Tiene miedo! Quiere que lo mate, pero es demasiado tarde. Tuve que rechazar su orden.

"¿Cómo podía decirle que sí, si eso habría significado poner en juego mi propia vida, si estaba fuera de mi alcance hacer lo que me pedía? Si el cerebro empezaba a controlarme a mí en vez de a Patrick, me vería obligado a acatar sus órdenes.

"Siempre traté de averiguar el sentido de la vida. ¡Ahora lo conozco! La vida misma me preparó ésto. Estoy pensando con claridad, con una exactitud que nunca tuve. No he perdido mi vida. No creo en ninguna religión, creo en todas, la búsqueda de Dios es una empresa personal.

"Patrick lo comprenderá un día, porque el conocimiento nace del interior del hombre.

"¡Yo he comprendido!

### 15 DE MAYO

"¡Perdí la oportunidad de matarle!

"Esta tarde entró un hombre en el laboratorio y trató de atacar al cerebro con un palo. El súbito ataque le distrajo. ¡Era mi ocasión para matarle! Debía suceder algo violento: entonces se le podía destruir.

"Me alegro de no haber intentado tocarle. Me habría asesinado tal como lo hizo con ese hombre. ¡Puede destruir la vida con sólo ordenar a un hombre que muera! Le detuvo el corazón con una orden telepática.

"El encefalograma registró la excitación del cerebro. Las líneas tomaron extremas variaciones, como si el cerebro hasta se hubiera movido dentro del recipiente.

"Telefoneé a Patrick, pero no entendió. Hablar con él era como hablar con el cerebro.

"Si conseguía producir esa explosión de energía otra vez, y otra vez dirigirla contra otro, no contra mí... Ese sería el momento! ¡No puedo fallar!

### 17 DE MAYO

"No me atrevo a sacar de la casa el cadáver ni tampoco a llevarlo a la "morgue" o al hospital. Temo que el cerebro se oponga y no puedo correr ese riesgo.

"No he dormido hace dos noches. No me atrevo a cerrar los ojos para no perder la oportunidad. Incluso la duda creciente sobre si podré o no podré conseguirlo está minando mi

resistencia.

"Patrick, con su admirable honestidad intelectual, a menudo me dijo que me consideraba un fracasado. Ahora no estoy tan seguro de que lo sea. A veces los hombres necesitamos de toda una vida para aprender una sola verdad y esta es la verdad que he descubierto. Mi verdad.

"No trates de encontrar a Dios en tus tubos de ensayo, Patrick. ¡Mira a la gente y allí le encontrarás!"

Aquí terminaban las páginas escritas por Schratt.

## 21 DE MAYO

Cuando llegamos a Washington Junction encontramos muerto a Schratt.

Ni Janice ni yo hablamos de él durante las doscientas cincuenta millas de carretera que debimos recorrer para llegar a casa. Sabíamos lo que nos esperaba.

Se sentó muy cerca de mí. Podía sentir el calor de su cuerpo. Respiraba y me hacía sentir su presencia. Sólo me bastaba contemplar su rostro tranquilo y seguro y todo temor de que volviera Donovan se me evaporaba.

Nos detuvimos frente a nuestra casa de Washington Junction y Tuttle vino corriendo desde su almacén. Se tranquilizó al verme. Tanto él como Phillips estaban muy preocupados por Schratt. Acababan de poner una conferencia con el hotel Roosevelt. Schratt le había dejado mi dirección a Tuttle con el encargo de que me avisara en caso de que él no fuera visto durante tres días. Pero les había prohibido formalmente entrar en la casa.

Le di las gracias a Tuttle y le dejé volver al almacén. Le aseguré que le llamaría en caso necesario. Partió no muy tranquilo y se detuvo a medio camino para verme entrar en casa.

Entramos por el jardín de atrás. Temía entrar al laboratorio. Quería mirar primero por la ventana y prepararme así para la violenta impresión inevitable

Junto a la carretera había un Cadillac nuevo, de Yocum seguramente.

Una de las ventanas del laboratorio estaba semiabierta, pero tenía las cortinas corridas. Había luz en el interior y un timbre sonaba continuamente.

Abrí la puerta de atrás y le pedí a Janice que me esperara fuera hasta que la llamara. Quería evitarle la contemplación de un espectáculo seguramente horroroso. Pero se negó enérgicamente y se aferró a mi brazo. No quería que entrara solo.

En la pequeña antesala yacía el cuerpo de Yocum de cara a la pared. Schratt debió depositarle allí, pero no tuvo tiempo de cubrirle con una sábana.

Schratt yacía en el laboratorio con el rostro en un charco de sangre. Tenía completamente sucia la gran cabeza y en las manos aún sostenía el cerebro. Había enterrado los dedos profundamente en la masa gris y la apretaba con toda su fuerza como si hubiera temido, al parecer, que se liberara y continuara su putrefacta vida. El recipiente de vidrio estaba quebrado, el suero sanguíneo repartido por toda la habitación, los alambres eléctricos arrancados. Sin forma y lleno de tubos de goma, el cerebro aún tenía un aspecto formidable.

Recogí a Schratt y le llevé a mi habitación. Allí le lavé las manos y la cara.

Era fácil reconstruir lo sucedido:

Cuando Donovan atacó a Janice en los cerros de Hollywood, Schratt reconoció las deflexiones neuróticas y violentas del encefalograma. Se dio cuenta de que el cerebro estaba ocupado de nuevo con un asesinato.

Aprovechó la oportunidad y se precipitó al recipiente y le separó las conexiones eléctricas.

El cerebro, de inmediato, se volvió contra su nuevo agresor y dejó a Janice. Mató a Schratt con un esfuerzo desesperado, concentrando en él toda su fuerza. Pero murió en seguida, privado como quedó de suero y de energía eléctrica.

El rostro de Schratt manifestaba todos los síntomas típicos de la trombosis coronaria. Tenía un gran corte en la frente. La gente, en esos momentos, suele quedar con la terrible expresión que sobreviene al tenerse conciencia de la muerte inminente. Pero el rostro de Schratt se manifestaba tranquilo, contento. Debí morir rápido.

Me empezó a girar la mente al contemplarle el rostro. Me volví, torturado por un dolor agudo en la frente y en los ojos. Vi que Janice me miraba asustada.

Empecé a temblar. Adelanté las manos, como pidiendo ayuda y Janice se me acercó inmediatamente.

Perdí el conocimiento poco antes que ella me alcanzara a sostener.

## 1 DE JUNIO

Me han confinado en una cama por más de cinco meses. Sufría de una reacción debida a la presión violenta a que mi cerebro estuvo sometido tanto tiempo. Ahora ya estoy en plena recuperación.

Estoy sentado en el jardín del hospital. Dicto a Janice.

Está escribiendo una carta a Chloe Barton. Voy a entregar la cuenta secreta a Chloe. Estoy seguro de que ella se preocupará de Sternli y tratará también de ayudar a los parientes pobres de Roger Hinds.

Janice me mostró un extraño recorte de periódico:

Cyril Hinds, condenado a muerte algunos meses atrás, fue ahorcado. En la ejecución, sin embargo, no se abrió la trampa. Llevaron otra vez a Cyril Hinds a su celda y repararon el mecanismo de la trampa.

El extraño acontecimiento se repitió. La trampa no se abría. No respondía a la presión del mecanismo.

Según una vieja ley, sólo se puede ahorcar un máximo de tres veces a un hombre. El verdugo no quiso correr más riesgos. Afirmó entonces la trampa con un trozo de madera y en el momento preciso la dejó caer quitando el palo con el pie.

Esta vez sí que murió Hinds.

Miraba a Janice mientras me leía la noticia. Frunció la frente. Destrozó el recorte en mil pedazos y me sonrió débilmente.

Sabía lo que estaba pensando: la indomable energía de Donovan aún ronda este mundo. ¡Por última vez había intentado liberar a Hinds de la muerte!

No se puede destruir la energía.

## 2 DE JUNIO

Higgins, el médico jefe, me visitó hoy para felicitarme por mi restablecimiento. Estoy fuera de peligro. Puedo dejar el hospital cuando quiera, me dijo.

Me preguntó si pensaba regresar a Washington Junction. Le dije que no y se quedó sentado un momento en silencio como decepcionado. Me reí y le pregunté qué quería.

A regañadientes, volvió a ofrecerme el puesto vacante de Schratt en Konapah. El Gobierno le había ordenado que encontrara un médico competente que pudiera hacerse cargo de un hospital destinado a servir a toda la región, a supervisar la población indígena y a educarla en la higiene moderna. Higgins está convencido de que soy el hombre más adecuado.

Estoy seguro de que antes había hablado con Janice.

—¿Por qué no les deja que continúen con sus supercherías? Creen en ellas. ¿No ha oído hablar de curaciones por fe?

Le hablé a Higgins con palabras de Schratt. Higgins sonrió.

—Por supuesto. No me opongo en principio a todo eso. ¡Siempre que los ungüentos estén esterilizados y se les añada alguna potente medicina!

Le pedí tiempo para pensar el asunto, pero estaba seguro de que aceptaría.

## 5 DE JUNIO

Decidimos partir a Konapah y no llevar nada de lo que teníamos en Washington

Junction. Hace tiempo, los indios acostumbraban a quemar sus tiendas cada siete años para expulsar a los malos espíritus. Seguiríamos el antiguo ejemplo. Los malos pensamientos saturan los viejos muebles. El olor de la infelicidad se les adhiere y viaja con ellos a los nuevos ambientes. Todo sería nuevo en el brillante apartamento que el Gobierno nos había reservado en Konapah. También serían nuevos nuestros pensamientos.

10 DE JUNIO

Partimos mañana. Antes de partir debo suprimir todo rastro de mis experiencias con el cerebro de Donovan.

He probado que, en ciertas condiciones, los tejidos del cerebro humano pueden mantenerse vivos. Nada más he probado, a excepción de que está fuera de nuestro alcance la creación sintética de mejoramientos mentales. La naturaleza tiene límites que no podemos sobrepasar.

El cerebro es ilimitado en su capacidad para crear instrumentos mecánicos o explotaciones químicas, pero la humanidad misma tiene que desarrollarse si se quiere crear más bondad, más honestidad, más amor.

El hombre sólo puede engendrar semejantes. Nada más.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>